



Invasión europea

**y resistencia ante
el sistema colonial**

COLECCIÓN
MEMORIAS
VENEZUELA





Invasión europea

**y resistencia ante
el sistema colonial**

© Centro Nacional de Historia, 2012
Final Av. Panteón, Foro Libertador, Edif. Archivo General
de la Nación, Ofic. Centro Nacional de Historia.
PB; Parroquia Altavista, Caracas.
Telf.: 0212 - 5095824 / 5826 / 5829 / 5831

CORREO ELECTRÓNICO
cnh@cnh.gob.ve / publicaciones@cnh.gob.ve

PÁGINAS WEB
www.cnh.gob.ve / www.agn.gob.ve

EDICIÓN
Fundación Centro Nacional de Historia

AL CUIDADO DE
Simón Sánchez

COLABORACIÓN
Génesis Torres
Eileen Bolívar

DISEÑO DE LA COLECCIÓN
Aarón Lares / Dileny Jiménez

DIAGRAMACIÓN
Carlos Arteaga

DISEÑO DE PORTADA
Gabriel A. Serrano Soto

IMÁGEN DE PORTADA
BARTOLOMÉ DE LAS CASAS. "NARRATIO REGIONUM INDICARUM PER HISPANOS
QUESDAN DEVASTARUM". 1614. COLECCIÓN LIBROS DE LA BIBLIOTECA NACIONAL.

CORRECCIÓN
Marietta García

DEPÓSITO LEGAL LF22820129004433
ISBN 978-980-7248-69-3

IMPRESO EN LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

MEMORIAS

DE VENEZUELA

La **Colección Memoria de Venezuela** se propone la edición de textos referidos a la historia venezolana y nuestra americana. Lejos del acartonamiento de los discursos académicos se recupera la posibilidad de una escritura amena y sencilla sobre temas relevantes de nuestro pasado. Difunde artículos ya editados en la revista *Memorias de Venezuela* agrupados por afinidad temática, buscando dar todavía mayor alcance a la reflexión histórica adelantada desde esta importante publicación.



CONTENIDO

PRESENTACIÓN	13
EL DÍA QUE COLÓN CREYÓ DESCUBRIR EL PARAÍSO TERRENAL. ¿PENSÓ COLÓN QUE LA FUTURAVENEZUELA ERA LA TIERRA PROMETIDA?	17
<i>Un hombre de transición</i>	18
<i>Imago mundi o la imagen del mundo</i>	19
<i>Un almirante muy ambicioso</i>	21
<i>El tercer viaje de Colón</i>	22
<i>El Paraíso Terrenal</i>	23
<i>La resistencia indígena</i>	24
<i>Un infierno de avaricias</i>	26
EL CAMINO SANGRIENTE DE EL DORADO. LA VENEZUELA DE LOS WELSER	31
<i>Los Welser o los “Belzares” entran en el Nuevo Mundo</i>	32
<i>Ambrosio Alffinger: el primer gobernante alemán</i>	34
<i>Nicolás de Federmann o el barbarroja más célebre</i>	35
<i>Jorge Hohermuth o Jorge de Spira: el demente de los Welser</i>	37
<i>Felipe de Hutten: el último exponente alemán</i>	38
<i>Conquista y colonia: el camino sangriento de el dorado.</i>	39
<i>El ocaso de una ambición trágica (1528-1556)</i>	40
LATRATA NEGRERA. EL LARGO VIAJE DE LOS BOSQUES DE ÉBANO	45
Una primera empresa transnacional	45
<i>Desde la costa de África: Un bosque de ébano atraviesa el Atlántico</i>	48
<i>Una vez en América</i>	50

<i>El infierno en la tierra</i>	53
<i>Evolución de la compra-venta en Venezuela</i>	56
<i>Aires de libertad</i>	58

EL IMPERTINENTE FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS. LA DENUNCIA HUMANISTA DEL GENOCIDIO INDÍGENA	65
<i>Doctrinero y encomendero</i>	66
<i>De Sevilla al Nuevo Mundo</i>	67
<i>Las aguas incandescentes de la conciencia</i>	68
<i>Cumaná y el método pacífico de Las Casas</i>	70
<i>Los escritos lascasianos</i>	71
<i>La denuncia perdurable</i>	72
<i>Las denuncias de Bartolomé de Las Casas: ¿Exageración o realidad?</i>	74

CIMARRONERAS Y REBELIONES NEGRAS EN LA VENEZUELA COLONIAL. LOS REFUGIOS SECRETOS DE LA LIBERTAD	77
<i>La resistencia fue desde el principio</i>	77
<i>Cumbes, palenques, cimarroneras, rochelas...</i>	78
<i>La vida en el cumbe</i>	81
<i>Abrigados con maderos en las espesuras</i>	82
<i>Armados de fusiles trabucos y sables...</i>	85
<i>Algunos levantamientos poco reseñados en la historiografía tradicional</i>	93
Glosario	95

NICOLÁS DE FEDERMAN. VALORACIONES DE UN CONQUISTADOR SOBRE LOS PUEBLOS INDÍGENAS	97
<i>El enviado de los Welser al Nuevo Mundo</i>	97

<i>Historia Indiana: una crónica mortecina</i>	98
<i>Rosarios de vidrio por joyas de oro</i>	100
<i>La traición: método de la violencia</i>	101
<i>La resistencia indígena</i>	102
<i>Entre el crucifijo y el arcabuz</i>	103
<i>La desilusión final</i>	104

DEL GENOCIDIO A LA EXPLOTACIÓN 109

Dominación y resistencia indígena en la Venezuela colonial 109

<i>La brutalidad del colonialismo</i>	109
<i>Una llamada “guerra justa”</i>	110
<i>Los “encomenderos”</i>	112
<i>La dominación cultural</i>	113
<i>Un gran eje de resistencia</i>	114

La economía cimarrona. Una alternativa de la resistencia colonial 116

Esclavitud y resistencia africana. La esclavización y la producción esclavista hasta 1810 119

<i>Esclavitud</i>	119
<i>Resistencia</i>	121
<i>Herencia africana. Una cultura resistente</i>	122

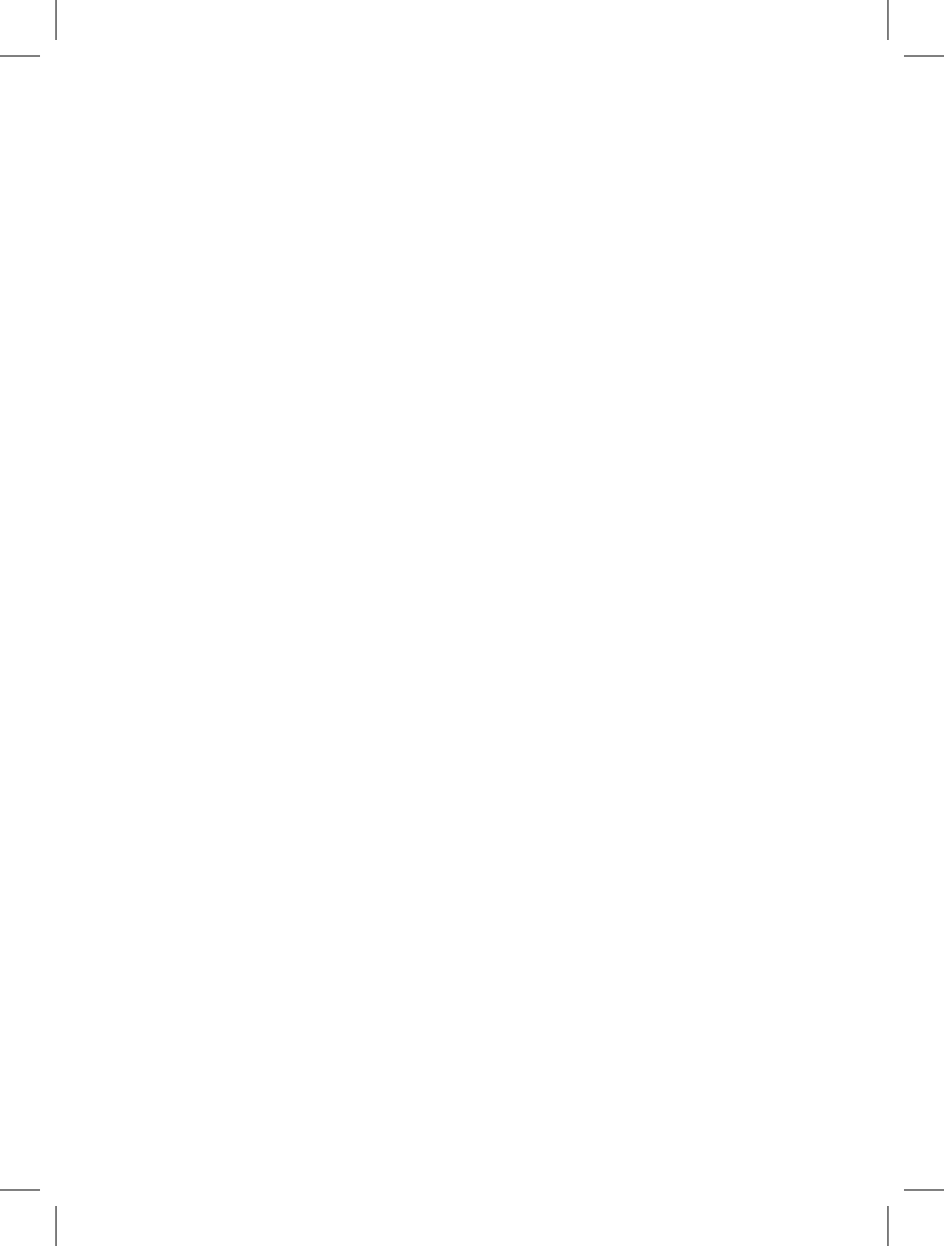
LA ARQUITECTURA DE UN PARDO EN LA CARACAS COLONIAL 127

<i>En los márgenes del Catuche</i>	128
<i>Levantar una iglesia: otra forma de rezar</i>	129
<i>Entre trámites y limosnas</i>	129
<i>El urbanizador popular: La Trinidad</i>	130
<i>El primer prócer del Panteón</i>	131

LOS MONSTRUOS AMERICANOS.	
UNA VISIÓN DEL INVASOR	135
<i>Los nuevos monstruos</i>	137
<i>Los gigantes</i>	139
<i>Los cinocéfalos o cabezas de perro</i>	139
<i>Los acéfalos</i>	140
<i>Los orejones o panotti</i>	141
LA PLAZA MAYOR COLONIAL ESPACIO	
URBANO DE PODER Y REPRESIÓN	143
<i>El espacio</i>	144
<i>El poder</i>	146
<i>La represión</i>	147
EL GRITO DE LOS COMUNEROS LA	
REBELIÓN ANDINA DE 1781	151
<i>El Socorro: "¡Arriba el Rey y muera el mal gobierno!"</i>	152
<i>La traición inevitable</i>	152
<i>El malestar llega a los Andes venezolanos</i>	153
<i>Los Andes rebeldes</i>	154
<i>El cabildo de Trujillo se opone</i>	155
<i>Capitulación de un malestar</i>	155
DE CÓMO LOS AZTECAS RELATARON	
LA INVASIÓN. TESTIMONIOS DE LA MATANZA	
EN LA FIESTA DE TÓXCATL	159
<i>El camino hacia la conquista</i>	159
<i>De la celebración a la masacre</i>	161
<i>La caída de Tenochtitlán</i>	162

LA REGIÓN HISTÓRICA MARGARITEÑA	
SIGLOS XVI-XVIII	167
<i>El poblamiento aborígen</i>	168
<i>La producción y el comercio</i>	170
<i>Las políticas borbónicas del siglo XVIII</i>	171
LA REBELIÓN DE TÚPAC AMARU II	175
<i>Sumar adeptos a la causa</i>	176
<i>El nacimiento de un mártir</i>	178
Cronología de Túpac Amaru II	180
EL COMERCIO DE LA MUERTE LA	
PESQUERÍA DE PERLAS EN CUBAGUA	183
<i>Una fiebre patológica</i>	183
<i>“Algunas veces se zambullen y no tornan jamás a salir”</i>	184
<i>La cotidianidad en “las granjerías de perlas”</i>	185
<i>Los castigos ejemplares</i>	185
<i>Explotación desmedida</i>	186

- ▲ Acontecimiento
- Personaje
- Testimonio
- ◆ Concepto



PRESENTACIÓN

A continuación presentamos diversos textos que tienen como común denominador, la nueva visión que se ofrece en torno a uno de los periodos más cruciales dentro del proceso de formación de la sociedad venezolana y nustramericana: la invasión y posterior colonización de nuestros territorios durante los siglos XVI, XVII y XVIII.

Aquí, los lectores podrán encontrar variedad de posturas que dan cuenta de los aspectos más característicos de la invasión europea en la llamada *Tierra Firme*; posiciones que mostrarán los mecanismos de violencia, crueldad, injusticia e imposición no solo de un sistema de poder ajeno al territorio, sino también de un sistema de valores que legitimó por un poco más de 300 años, una forma de vida basada en la desigualdad y la exclusión.

La época colonial se convirtió en el fiel reflejo de una sociedad marcada por la división de clases y calidades, aspectos que daban como valor predominante para la escala social, el color de la piel y el honor como condiciones necesarias para el mantenimiento del poder sobre los demás sectores existentes. Así, los europeos impusieron la esclavitud como sistema económico, la religión católica como normativa de

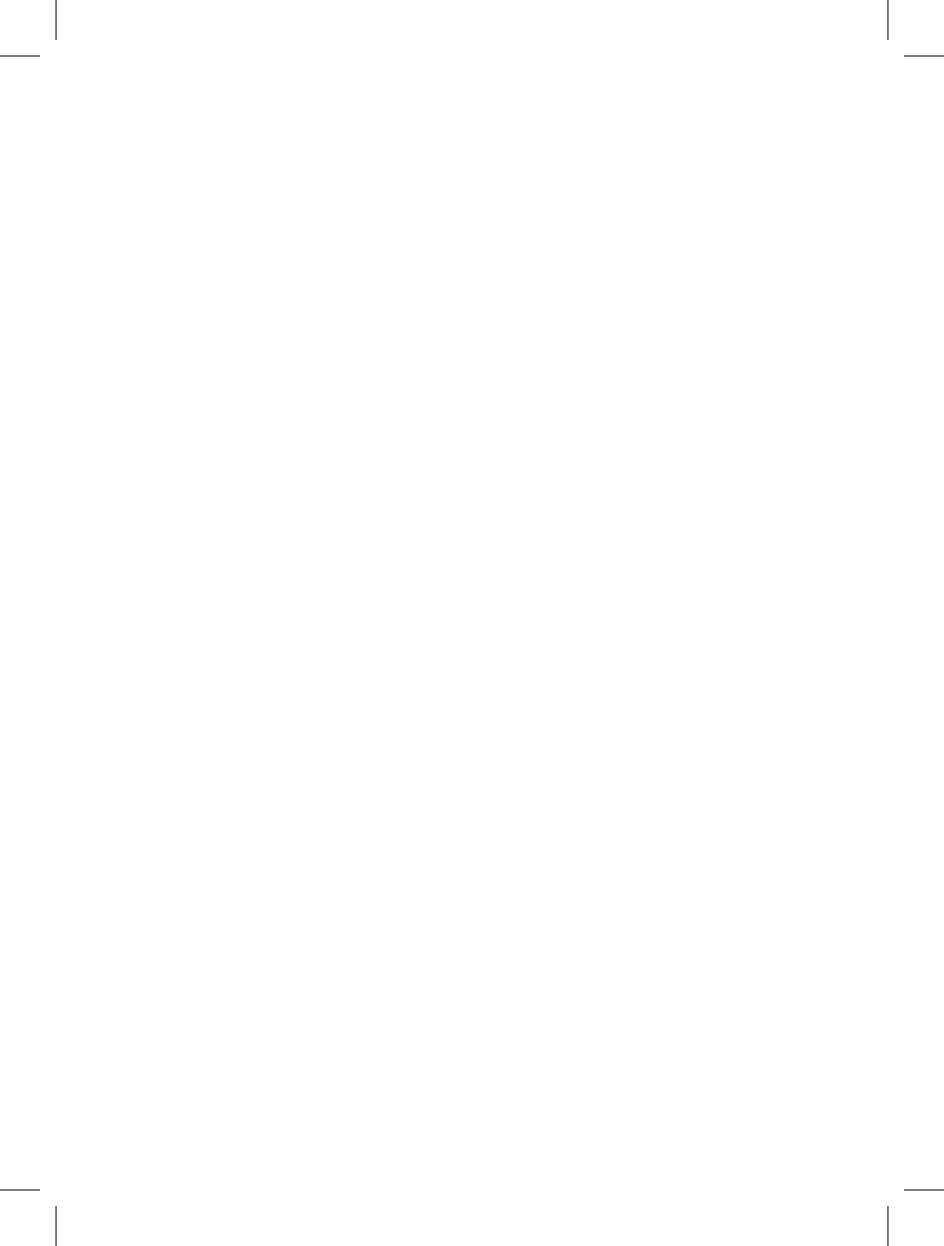
comportamiento, la desigualdad y la jerarquización de clases como dinámica social, el orden cívico como mantenimiento de las estructuras de poder, entre otros aspectos que fundamentaron las bases de un imperio durante tres siglos de nuestra historia.

Ahora bien, el aporte de esta nueva edición de la colección Memorias de Venezuela, no solo se sustenta en la descripción del sistema colonial en nuestras tierras, pues también contribuirá a la visibilización de hombres y mujeres que habían sido criminalizados tanto por el discurso del dominador como por la historiografía conservadora que reprodujo en sus textos las mismas prácticas de ocultamiento y desinterés de aquel contingente que insurgió contra este modelo de sociedad y combatió por la defensa de sus derechos. Fue una historiografía que borró de los libros de historia el aporte de la mano de obra esclavizada (tanto indígena como africana) a la producción económica colonial; además de minimizar la contribución de las costumbres culturales, que sin duda alguna, forman parte de nuestra herencia y de nuestra identidad nacional.

Una historiografía que logró encubrir por décadas, la verdadera realidad de la invasión europea, forjando así, una idea de estabilidad que sirvió como un instrumento de colonización mental y "suavizó" acciones que hacían

mella de la realidad de los primeros tiempos de la resistencia indígena. En fin, un mecanismo ideológico-eurocentrista que impuso la visión del llamado “descubrimiento” y posteriormente el “encuentro de dos mundos”. Fue así como se tejió una mentalidad, bajo la imagen y semejanza del modelo de sociedad europea, lo que permitió solapar la diversidad cultural existente antes de los tiempos de la llegada de los europeos.

Por todas estas consideraciones, la Fundación Centro Nacional de Historia, se vio en la necesidad de dedicar este número a la *invasión europea y la resistencia al sistema colonial* donde se tratarán temas que dan información acerca de las diversas formas de explotación colonial, de la trata negrera y las denuncias hechas por Bartolomé de las Casas referentes al genocidio indígena. Igualmente, se abordarán puntos dedicados a la vida colonial, al comercio, la arquitectura, los espacios públicos y privados, así como de diversos movimientos insurgentes no solo de Venezuela sino de Nuestra América. En fin, un número que pretende generar conciencia sobre aspectos que habían sido tocados anteriormente sin una visión crítica y reflexiva sobre la sociedad colonial.



EL DÍA QUE COLÓN CREYÓ DESCUBRIR EL PARAÍSO TERRENAL. ¿PENSÓ COLÓN QUE LA FUTURA VENEZUELA ERA LA TIERRA PROMETIDA?

El Almirante de la Mar Océana, Cristóbal Colón, que tendría entonces unos 47 años, desde el castillo de proa de su nave debió contemplar la asombrosa masa de agua dulce inundando las aguas salobres del Atlántico. Se hallaba en medio de la desembocadura del Orinoco, a pocas leguas de la isla de Trinidad.

Eran los primeros días de agosto de 1498. Colón había penetrado por primera vez en el futuro mar territorial de Venezuela. Pero ciertos indicios lo hicieron pensar que su viaje lo había traído a las puertas mismas del Paraíso Terrenal.

Es factible que en esos mismos días redactara su famosa “Carta a los reyes”, donde rinde un informe detallado a los soberanos españoles de su tercer viaje al llamado Nuevo Mundo, e intenta justificar sus propios esfuerzos descubridores. En esta carta se narra lo que se ha considerado por mucho tiempo como “el descubrimiento de Venezuela”.

Colón escribe:

La Sacra Escritura testifica que Nuestro Señor hizo el Paraíso terrenal y en él puso el árbol de la vida, y de él sale una fuente de donde resultan en este mundo cuatro ríos.

Y añade:

Grandes indicios son estos del Paraíso Terrenal, porque el sitio es conforme a la opinión de estos sanctos y sacros teólogos. Y asimismo las señales son muy conformes, que yo jamás leí ni oí que tanta cantidad de agua dulce fuese así adentro y vecina con la salada. Y si de allí del Paraíso no sale, parece aún mayor maravilla, porque no creo que se sepa en el mundo de río tan grande y tan hondo.

Un hombre de transición

Se ha dicho que Colón, verosíblemente de origen italiano, es un hombre de la transición entre el mundo medieval y la modernidad renacentista, entre el feudalismo y el capitalismo. Hijo de humildes artesanos, conocedor él mismo del oficio de tejedor, se hizo aficionado a los viajes a través del legendario Marco Polo, el viajero del lejano Oriente. La aspiración de Colón fue siempre encontrar la ruta más inmediata que uniera la Europa con la lejana China y el Japón,

conocidos entonces en Europa por los nombres de Catay y Cipango.

Lo que ofreció a los reyes católicos fue una ruta comercial con el Asia más extrema que le permitiera a España competir con el dominio marítimo portugués y sus rutas a través de África. Descubrir la América fue sólo un incidente intermedio en su búsqueda de la ruta a Oriente. De acuerdo a sus estudios e investigaciones, tenía la convicción de que había sólo un corto trecho de mar en dirección al Occidente. No previó que América se le atravesaría en el camino antes de llegar a Japón.

En Colón se mezcla el afán de servicio divino, bajo el argumento de la evangelización, con el afán de lucro. Colón quería asegurar su fortuna personal mediante la gloria de propagar el cristianismo. Las exigencias y pretensiones económicas de Colón planteadas a los reyes de España, y diez años antes al rey de Portugal, eran exorbitantes. Uno llega a dudar si el argumento evangelizador no era, como en tantos europeos, un pretexto o la justificación moral de una avaricia de riquezas.

Imago mundi o la imagen del mundo

No es cierto que Colón fuera el primero en afirmar la esfericidad de la Tierra. Este concepto ya era bastante corriente entre los geógrafos y navegantes de su

época. La originalidad, y la audacia, de Colón estuvo en sostener que el trecho oceánico que separaba a Europa del Lejano Oriente era mucho más corto de lo que se suponía, y que era posible alcanzar Cipango y Catay tras una navegación relativamente breve en dirección al Occidente o Poniente.

A tal punto convenció Colón a los reyes católicos de tal posibilidad, que éstos proveyeron al almirante con cartas regias dirigidas al Gran Khan de Tartaria.

La importancia estratégica de todo esto estaba en las rutas comerciales de Europa con Asia. El predominio de los turcos en el Medio Oriente había interrumpido la tradicional ruta de las caravanas. El acceso a la India, la China y Japón quedó en manos del naciente imperio de los portugueses, que desarrollaron con maestría la navegación hacia el Oriente bordeando la costa de África y enrumbando hacia el Océano Índico.

Descubrir y tomar posesión del camino más corto entre España y la China, en una ruta marítima occidental, significaba dotar al reino hispánico de un poderío comercial que lo convertiría en gran potencia del mundo.

Un almirante muy ambicioso

Los reyes católicos Fernando e Isabel concedieron legalmente a Colón las peticiones que años antes habían parecido desmesuradas al rey de Portugal, Juan II. En las Capitulaciones de Santa Fe, firmadas el 17 de abril de 1492, se le reconocía a Cristóbal Colón las pretensiones más exorbitantes tenidas por un particular en la temprana historia del capitalismo.

Reconocido como “Almirante de la Mar Océana”, este almirantazgo era perpetuo y hereditario, y válido para todos los territorios “descubiertos”. Además de este rango y posición militar, Colón y sus descendientes adquirían la condición de virreyes en las nuevas tierras, con lo cual los Colón ingresaban a la nobleza hispana. Regiría además Colón la administración política en calidad de Gobernador. Por si fuera poco, Colón reclamaba sus derechos (derechos de descubridor) sobre la décima parte de todas las riquezas adquiridas para España. Y, no bastando eso, exigía la octava parte de los bienes transportados por cada navío en todas las ulteriores expediciones.

Todo esto tenía, como el almirantazgo, carácter perpetuo y hereditario. Colón no sabía que encontraría un continente nuevo, pero apostó siempre al máximo

provecho posible, para él y para sus hijos, sacado de las tierras que fueren.

El tercer viaje de Colón

El tercer viaje de Colón tuvo en un principio un acento colonizador: los 6 navíos eran portadores de artesanos, labradores, maestros de oficios. Se quería poblar las nuevas tierras. Se llevaban simientes de cultivos. La caña de azúcar, procedente del África, quizás viajó por primera vez a la América en esas naves.

Colón había partido de Sanlúcar de Barrameda el 30 de mayo de 1498, en 6 navíos. Ya el genovés no contaba con la plena confianza de los reyes, como en los dos viajes anteriores. Estos aún valoraban sus servicios como almirante, pero desconfiaban de sus dotes de gobernante. Por lo visto en los dos primeros viajes, Colón parecía ser un tipo demasiado conflictivo para dirigir la Conquista de las Indias. Y además no había demostrado ser un gran recaudador de riquezas.

Colón se proponía esta vez explorar más hacia el Sur, en busca de la línea del Ecuador, con la esperanza de hallar las riquezas que no había encontrado en tierras de los caribes y lucayos. Dividió la expedición, envió la mitad de los buques a La Española, y prosiguió su ruta hacia el Sur con una nao y dos carabelas. Los vientos le

depararon las aguas de Trinidad, el delta del Orinoco y la península de Paria. Había llegado a la futura Venezuela, y aunque parece que no pisó tierra firme en Macuro (sólo sus hombres habrían desembarcado en la playa), Colón tocaba por primera vez la punta noreste del continente suramericano.

El Paraíso Terrenal

En este tercer viaje, Colón recorrió las costas de Trinidad, el delta del Orinoco y, cruzando la Boca de Drago, el golfo y la península de Paria, las islas de Margarita y Cubagua, llamadas más tarde "islas de las perlas".

En su carta a los reyes, el almirante da numerosos testimonios sobre "las gentes" que hallaba en su recorrido. Estos indígenas amistosos, cordiales, francos y abiertos, eran los primigenios venezolanos.

"Y luego vino mucha gente, y me dijeron cómo llamaban a esta tierra Paria, y que de allí, más al Poniente, era más poblado [...] Vinieron en canoas a la nao a rogarme de parte de su rey, que descendiese en tierra."

Pero Colón no deja de mirar fascinado los signos del oro y la riqueza: Muchos traían piezas de oro al pescuezo y algunos atados a los brazos algunas perlas. "Holgué mucho cuando las vi y procuré mucho de saber dónde las

hallaban [...] Procuré mucho saber dónde cogían aquel oro, y todos me señalaban una tierra frontera de ellos al Poniente [...] También les pregunté adónde cogían las perlas, y me señalaron también que al Poniente y al Norte, detrás de esta tierra donde estaban."

Para finalizar su carta a los reyes, Colón escribe:

Y en todas las tierras adonde los navíos de Vuestras Altezas van y en todo cabo mando plantar una alta cruz, y a toda la gente que hallo notifico el estado de Vuestras Altezas y cómo asiento habéis en España, y les digo de nuestra sancta fe todo lo que yo puedo, y de la creencia de la sancta madre Iglesia, la cual tiene sus miembros en todo el mundo, y les digo la policia y nobleza de todos los cristianos, y la fe que en la sancta Trinidad tienen.

La resistencia indígena

Se sabe que Colón llegó a la América el 12 de octubre de 1492. El 6 de diciembre de 1492, el almirante abordó una gran isla que los autóctonos llamaban Haití. Era la isla que hoy comparten la República Dominicana y la República de Haití. El almirante la bautizó "La Española" y fundó en ella los primeros asentamientos europeos en nuestro continente. La Española empezaría a ser desde entonces el centro de operaciones de la Conquista y la Colonia.

En el primer viaje, la famosa embarcación Santa María, encalló en un banco de arena en La Española y no pudo ser recuperada. Con los restos de la nave desguazada: maderas, velamen, cordaje, se construyó en diciembre de 1492 un fuerte llamado “La Navidad”, en la costa norte de la isla. Colón dejó allí a 39 hombres cuando regresó a España el 4 de enero de 1493. Al volver en su segundo viaje, en noviembre de 1493, los encontró a todos muertos, y el fuerte destruido por los indígenas de la isla.

La Española será el centro de población de los invasores europeos, sobre ella se erigirán los primeros grandes núcleos urbanos de la conquista española, pero también habría de ser el primer lugar de explosión de la resistencia de los aborígenes. La destrucción del fuerte “La Navidad” había sido comandada por un cacique de nombre “Caonabo” o “Caonaboa”, que significaba “Señor de la casa del oro”. Caonabo continuó atacando foráneos en la isla, hasta que en 1494 fue apresado por Alonso de Ojeda y ejecutado a manos de los españoles.

Ese mismo año, una alianza de cuatro caciques encendió la guerra en toda La Española y puso en peligro el poblamiento español. El mismo almirante Colón, en compañía de su hermano Bartolomé,

venció a los insurrectos y les impuso la servidumbre, cargándolos de tributos.

En pocos años, los habitantes originarios de las islas del Caribe habrían sido totalmente exterminados.

Un infierno de avaricias

En La Española Colón hallará, en contraste con el paraíso mítico que le sugirieron las aguas dulces y copiosas del Orinoco vertiéndose en el océano, el infierno real de la avaricia y la intriga de los primeros colonos europeos en América.

Luego de fondear las costas orientales de Venezuela puso rumbo a La Española. Los conquistadores estaban descontentos con la escasez de oro y riquezas. Una fracción se había sublevado. Colón trató de conseguir finanzas vendiendo a 300 indios como esclavos en España. Los reyes enviaron un comendador a poner orden en la isla en 1500. Éste dispuso apresar al almirante y lo envió encadenado a la península, con lo que finalizó lastimosamente el tercer viaje de Cristóbal Colón.

¿Creyó Colón de veras haber descubierto el Paraíso Terrenal, la confluencia milagrosa de los cuatro grandes ríos del mundo, o era esto pura retórica teológica para halagar a los reyes?

¿O llegó a pensar Colón que estos cristianos de La Española, devorados por el ansia y la crueldad, que lo desconocían y encadenaban, eran en verdad enviados del Dios verdadero al Nuevo Mundo, para traer a él sus bondades?

Todavía concederían los reyes a Colón un cuarto viaje, mucho más discreto que los anteriores, en 1502, con la prohibición sutil de que no se inmiscuyera en los asuntos administrativos de La Española. La presencia de Colón en la isla resultaba definitivamente peligrosa. En esta última expedición el almirante recorrió parte de Centroamérica.

Colón regresaría enfermo a España, en el intento de hacer valer sus derechos, su almirantazgo, su virreinato, su gobierno y sus regalías perpetuas. Nunca le fueron reconocidos en la práctica. Murió en Valladolid, el 20 de mayo de 1506. Por lo que se sabe, sus restos viajaron a Santo Domingo, en La Española, luego a La Habana, y luego de vuelta a Sevilla. Aunque los dominicanos afirman que aún se encuentran en su isla los despojos mortales del Almirante de la Mar Océana.

◆ IMAGO MUNDI

En el libro *Imago Mundi* (la imagen del mundo), del francés Pierre D'Ailly, un prestigioso manual de geografía de la época, Colón había leído: Hay en el Paraíso una fuente que riega el jardín de las delicias mediante cuatro ríos que llevan sus aguas. Además este paraíso, según Isidoro, Juan de Damasco, Beda, Estrabón y Pedro Comestor, es muy placentero lugar situado en ciertas regiones del Oriente, a una gran distancia por tierra y por mar de nuestro mundo habitable, es tan alto, que toca la esfera lunar y las aguas del diluvio nunca lo alcanzaron. No debéis suponer por esto, que él alcance en verdad el círculo de la luna, tal es sólo una expresión hiperbólica... Las aguas que descienden desde tan alta montaña, forman un inmenso lago. La caída de esta agua produce tal ruido que las gentes nacen allí sordas... De este lago, como de una fuente, fluyen los cuatro ríos del Paraíso. Physon dice que es el Ganges. Gyon que es el Nilo. Dicese que el Tigres y también el Eufrates. Colón había escrito una anotación a un costado: Hay en el paraíso una fuente. El paraíso es muy placentero lugar del Oriente, ubicado a gran distancia por mar y por tierra de nuestro mundo habitable.

◆ NAOS Y CARABELAS

Las “naos” no eran iguales a las “carabelas”. La nao era heredera de las naves de casco redondo medievales. Tenía vela rectangular y un alto castillo de popa. Era más grande que la carabela, que había sido desarrollada por los marinos portugueses y era el barco más avanzado para la navegación transatlántica. La carabela era de casco más fino y alargado, usaba vela triangular y su aparejo, su sistema de mástiles y velas, distinto al de la nao, le daba mayor maniobrabilidad.

LOS CUATRO VIAJES DE COLÓN

▲ PRIMER VIAJE

Salida: 3 de agosto de 1492. Retorno: 15 de marzo de 1493. Viajeros: 100 personas / Naves: 3. Territorios Encontrados: Islas Bahamas (Guanahaní o San Salvador), Cuba (Juana), Haití y Santo Domingo (La Española).

▲ SEGUNDO VIAJE

Salida: 25 de septiembre de 1493. Retorno: 11 de abril de 1496. Viajeros: 1700 personas / Naves: 17. Territorios Encontrados: Antillas menores, Islas Vírgenes, Puerto Rico (San Juan Bautista), Jamaica (Santiago).

▲ TERCER VIAJE

Salida: 30 de mayo de 1498. Retorno: 25 de noviembre de 1500. Viajeros: Numerosos agricultores, artesanos y operarios de diversos oficios / Naves: 6
Territorios Encontrados: Trinidad y Tobago, Delta del Orinoco, Península de Parí, Margarita, Cubagua y Coche.

▲ CUARTO VIAJE

Salida: 9 de mayo de 1502. Retorno: 7 de noviembre de 1504. Viajeros:¿? /
Naves: 4. Territorios Encontrados: Honduras, Nicaragua, Costa Rica, Panamá.



EL CAMINO SANGRIENTE DE EL DORADO. LA VENEZUELA DE LOS WELSER

No pasarían más de veinte meses antes de que el primer asentamiento español duradero en territorio venezolano, Santa Ana de Coro —fundado por Juan de Ampíes en 1527—, fuera reclamado intempestivamente por unos extranjeros, con la autorización de la Corona española. Venezuela había sido entregada para su exploración y explotación a un consorcio germánico.

El conquistador Juan de Ampíes venía ejerciendo desde 1511 el cargo de Factor Real en la isla de La Española. Conocido por sus buenos oficios en las maniobras expedicionarias y por su trato amistoso con los indios caquetíos —liderizados por el cacique Manaure—, Juan de Ampíes, su hijo y cuatro españoles más, construirían un pequeño asentamiento en el actual lugar de la ciudad de Coro el 27 de julio 1527.

En efecto, el aragonés basaría su esfuerzo fundacional en la Real Cédula de 1520, donde se estipulaba la población de territorios circundados o no por el Mar Caribe. Pero la premonición de que algo andaba mal la viviría una mañana de 1529, al ver que se acercaba una escuadra a la costa coriana. Eran por lo menos 300

hombres y numerosas cabalgaduras, que avanzaban al son de trompetas y tambores.

Izando banderas, el líder de los recién venidos presentó sus credenciales al fundador Ampíes con un donaire y un acento muy particular. Seguidamente, el conquistador fue puesto en prisión y vio cómo su incipiente ciudad se convertía en sede de la nueva Gobernación de la Provincia de Venezuela, por mandato supremo del rey Carlos I de España y Carlos V, Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico.

La disposición convertía a Coro en el enclave principal para las expediciones conquistadoras-colonizadoras tierras adentro de aquella Venezuela, que entonces para el europeo oscilaba en el misterio y la fiebre del oro que lo atormentaba como una llama insidiosa. Quedando destituido totalmente de su autoridad, Juan de Ampíes vio cómo un tal Ambrosio Alfínger, factor de la Casa comercial alemana de los Welser, se proclamaba nuevo Gobernador de todo el territorio firme.

Los Welser o los “Belzares” entran en el Nuevo Mundo

Poderosamente atraída estaría la casa banquera de los Welser por las crónicas doradas que del Nuevo Mundo venían llegando a Europa a principios del siglo XVI. Augsburgo es la ciudad sede de su emporio, el

cual, por sus fuertes nexos con el monarca hispano-germano, Carlos, va a entrar de la mano de la Corona española en el negocio de la minería y de la conquista, en aquellas tierras ultramarinas donde no se ponía el sol del imperio. Desde 1473, al cabo de medio siglo el poderío económico de los Welser se extendería por toda Europa y América: de Nuremberg a Venecia, de Berna a Lyon, de Sevilla a Santo Domingo, de la Nueva España (México) al Río de la Plata (Argentina).

Serán Jerónimo Sailer y Enrique Ehinger los primeros en negociar con el Emperador Carlos V su entrada en Venezuela: “Ansí mismo me hiciste relación —dice el rey en el documento de la capitulación del 27 de marzo de 1528, fruto de sus conversaciones— que junto a la dicha tierra de Santa Marta y en la misma costa está otra tierra que es el Cabo de la Vela y el Golfo de Venezuela y el Golfo de San Román y otras tierras hasta el Cabo de Maracapana (...) que vosotros os ofrecéis a pacificar y poblar (...) todo a vuestra costa y munición”. Tres años después —el 15 de febrero de 1531—, en traspaso oficial, entrarían por la puerta grande los socios de Sailer y Ehinger: Bartolomé Welser y Antonio Welser, magnates más visibles de la compañía banquera. En este jugoso negocio se les daba nada menos que el poder de explotar, poblar y gobernar aquella provincia llamada Venezuela.

Tormentosa sería la discordia con los pobladores españoles que desataría desde 1529 la presencia de los gobernadores alemanes en tierra americana, y no sólo en la provincia venezolana sino en las esferas de la Real Audiencia de Santo Domingo, radicada en la isla La Española, que era la máxima institución política, jurídica y administrativa de la soberanía española en el nuevo continente. Bajo estos gobernadores que eran mirados como extranjeros y usurpadores, luteranos y herejes, la sublevación, el desacato y la aversión estarían latentes hasta mediados del siglo XVI. Así, pues, la Venezuela de los Welser se iniciaba en la arbitrariedad de un monarca de nacionalidad híbrida, en la polémica y la contestación de los colonos españoles, y, como lo veremos, en el infortunio causado por la ciega avaricia teutona.

Ambrosio Alfínger: el primer gobernante alemán

Con Ambrosio Alfínger (1500-1533) se abre el círculo trágico de los gobernantes alemanes de Venezuela. Tildado por los cronistas de entonces como “el cruel de los crueles”, y conocido como Alfínger, llega a Coro en el año de 1529. Llevándose consigo a 180 hombres, Alfínger partiría a principios de agosto del mismo año hacia el occidente venezolano, rumbo al sur del Golfo.

El 8 de septiembre de 1529 llega a la laguna de Nuestra Señora y Xuruara, realizando lo que se conoce como la

primera fundación de Maracaibo. Se internaría también en las regiones de Pamplona y Cúcuta, obteniendo un botín de más de 30.000 pesos de oro. Después de sanarse en la isla de La Española de una severa enfermedad y tras retomar sus expediciones, Alfínger moriría víctima de su propia pericia, curiosidad y avidez, flechado en la garganta por los indios Chitareros, en territorio neogranadino, el 31 de mayo de 1533.

Los ánimos se exaltarían en Coro al saber, seis meses después, la noticia del fallecimiento del autoritario alemán. Su sustituto, Bartolomé Sailer, Teniente y Capitán General de la Provincia nombrado por Alfínger en 1531, será destituido de su cargo por los miembros del Cabildo y por presión de los pobladores. Frente a esta revuelta cívica, el Consejo de Indias y la Real Audiencia de Santo Domingo legislarían en consecuencia, estableciendo el orden y evitando los maltratos y abusos de poder que los gobernantes alemanes infligían tanto a los indios como a los españoles.

Nicolás de Federmann o el barbarroja más célebre

Considerado como el más famoso de los conquistadores alemanes, Nicolás de Federmann (1505-1542) resalta por su irrefutable afán por el oro y su ferocidad exploradora. Sin escrúpulos de ningún tipo, y a pesar de las incontables dificultades del terreno, Federmann

recorrería —entre los años 1530 y 1539— la región de Barquisimeto y las de Portuguesa, Yaracuy, Falcón, Barinas, Apure, pasando por el río Meta, hasta llegar a la actual Bogotá. Incontrolable, díscolo, caudillesco, rebelde y de sangre fría: eran rasgos visibles de su temperamento.

Nombrado Gobernador de la Provincia de Venezuela en ausencia de Alfínger en 1530, Federmann sometería, saquearía, y asesinaría a cientos de indígenas —si no le ofrecían el oro y la subyugación correspondiente— que en su camino encontrara. En su crónica titulada “Historia Indiana”, traducida por vez primera al castellano por Pedro Manuel Arcaya en 1916, relataría los sucesos de su primer viaje por Venezuela. Allí destacan descripciones etnográficas y topográficas de las poblaciones de los indios Caquetíos, Xideharas, Ayamanes, Cayones, Xaguas, Cuybas, Gauycaries, Ciparicotes y Aticares. Encontrar víveres, pillar el oro y hacer esclavos: era su técnica sólida de avance.

Luego de entrar en disputa con el conquistador español Gonzalo Jiménez de Quesada por territorios de la actual Colombia, el más célebre de los alemanes sería puesto tras las rejas por el Consejo de Indias. Fue el único en lograr salir vivo de la Provincia de Venezuela, muriendo en la ciudad de Valladolid (España) en 1542.

Jorge Hohermuth o Jorge de Spira: el demente de los Welser

Llegando a Coro con el título de Gobernador —en sustitución de Federmann— en febrero de 1535, Jorge Hohermuth vino a restablecer el poder alemán en la Provincia de Venezuela luego de que el obispo Rodrigo de Bastidas —nombrado como autoridad interina por la Real Audiencia de Santo Domingo— enfermara meses antes de la llegada del alemán. Conocido como Jorge de Spira, respondiendo a su procedencia del pueblo alemán de Speyer, también sería bautizado por el cronista Antonio de Herrera como “el demente”, pues contraería una especie de locura en el afán brutal por el oro.

Incursionó en su búsqueda de El Dorado por los llanos venezolanos con más de 350 hombres de infantería, 80 cabalgaduras, y cientos de esclavos para el transporte de provisiones. Después de tres años de caminatas continuas —haría por lo menos dos viajes exploratorios—, picados por mosquitos, sufriendo calenturas, asechados por los indígenas, por el hambre, la miseria, y devorados por la selva, Spira y sus hombres no obtendrían más que la muerte de la mayoría de ellos y unos 1.600 pesos de oro.

Despiadado en su actuar y autoritario, Jorge de Spira llevaba su vida a límites sobrehumanos, y así mismo la de toda su tropa, a fin de cumplir con su afán, dejando

en el camino la estela de la muerte. “Sostenidos siempre por la ambición y la esperanza, sin que ningún hallazgo serio les anime, ningún triunfo les halague, ninguna conquista les recompense”, dice el escritor colombiano Germán Arciniegas en “Los alemanes en la conquista de América”. Sólo la fiebre palúdica que contrajo en la selva frenó su avance ciego a través de la espesura en pos del mítico Dorado, a fines de 1540, en Coro.

Felipe de Hutten: el último exponente alemán

Contrastando con los anteriores, la figura de Felipe de Hutten (1511-1546) es la más civilizada y ecuánime de los dirigentes germanos. Siendo en principio lugarteniente de Spira a los 23 años de edad, recorrería junto con él en 1535 los llanos venezolanos por más de tres años, siguiendo la ruta establecida por Federmann, sufriendo las más escalofriantes penurias y desolaciones del trópico. Hutten fue nombrado Capitán General en 1541 tras la muerte de Spira, y designó a Bartolomé Welser como su Teniente General.

Partiría rápidamente en la búsqueda de El Dorado a principios de enero de 1541, solamente con 250 hombres, muchas cabalgaduras, y en la compañía de Pedro de Limpias, uno de los guías españoles de mayor renombre. Pasaría tres años y medio errando por los llanos y los flancos de la cordillera andina, al igual que

sus antecesores, batallando con las poblaciones de nativos que conseguía a su paso, persistiendo por los senderos del hambre y del infortunio.

Juan de Carvajal, quien había sido nombrado Gobernador y Capitán de la provincia por la Real Audiencia de Santo Domingo en 1545, y que había fijado como su sede de gobierno la población de El Tocuyo, aliado con Pedro de Limpias, armó la conjura de desarticular el poder alemán. En una fría noche de luna llena de 1546, ambos españoles sorprendieron a Hutten y a su teniente Bartolomé Welser en las serranías de El Tocuyo y, tras llevarlos prisioneros, les dieron muerte a machetazos en la plaza del pueblo.

Conquista y colonia: el camino sangriento de el dorado.

Tal como lo narra el historiador colonial venezolano José de Oviedo y Baños: "...mandó a un negro que llevaba les amarrase las manos, y con un machete fuese cortando las cabezas de aquellos nobles varones; y como el instrumento tenía embotados los filos con la continuación de haber servido en otros ejercicios más groseros, con prolongado martirio acabaron la vida aquellos desdichados". Decapitados ambos, terminaría definitivamente el círculo trágico de los gobernantes alemanes en la Provincia de Venezuela.

El ocaso de una ambición trágica (1528-1556)

Veintiocho años duraría el dominio de los Welser en Venezuela. De los nueve gobernantes y tenientes generales alemanes —Ambrosio Alfínger, Jorge Ehinger, Andreas Gundelfinger, Juan Seissenhofer, Jorge de Spira, Enrique Rembold, Bartolomé Welser y Felipe de Hutten— sólo Nicolás de Federmann lograría sobrevivir al atroz sueño de encontrar el país del oro.

El historiador Juan Friede, en su trabajo "Los Welser en la conquista de Venezuela", refiere que de los veintiocho años del período alemán, los teutones gobernarían de manera directa solamente siete, debido a las constantes expediciones que realizaban en busca de El Dorado: "... no fue propiamente un gobierno alemán, sino una sucesión de gobernadores, jueces de residencia y tenientes, en su mayoría de nacionalidad española; y que durante el tiempo en que los Welser ejercieron jurisdicción sobre Venezuela, la gobernaron de una forma efectiva sólo unos pocos años, y esto no de manera continua".

Constantes expediciones que no hicieron más que alejarse de lo estipulado en el contrato de 1528: no fundaron las dos ciudades ni construyeron las tres fortalezas, tal como se habían comprometido. Nunca intentaron ganarse el favor de la Real Audiencia de Santo Domingo ni cumplir con las cláusulas estipuladas. Los

teutones conducirían sus asuntos hacia el monopolio y el aislamiento, olvidando por completo ejecutar un gobierno activo y vigilante, productivo y justo. El final se consumó el 13 de abril de 1556, cuando la Corona española decidió dictar un decreto por el cual se declaraba a los Welser privados de sus derechos sobre la Provincia de Venezuela, la cual había de reingresar a su autoridad directa. Así se cerraría el círculo trágico de uno de los períodos más brutales de la conquista de nuestro territorio, a manos de unos hombres consumidos por las ilusorias llamas del legendario territorio dorado. Arrastrados por su propia avidez y desenfreno, los alemanes habían perdido su gran oportunidad de colonizar la América.

● LOS BELZARES

El cronista de Indias, Fray Pedro de Aguado, resume en su "Historia de la conquista de Venezuela", los estrechos vínculos financieros que unían a la Corona española y a los banqueros alemanes: "El Emperador se hallaba a esta sazón con necesidad de ser socorrido y favorecido de dineros, en el cual tiempo era famosa la compañía que decían de los Belzares por las grandes contrataciones de mercaderías que en muchas partes del mundo tenían; los cuales oyendo la fama de prosperidad y riquezas de esta provincia de Coro o Venezuela que Juan de Ampies había descubierto, y sintiendo la necesidad en que el Emperador estaba, ofreciéndose a servirle con cierta cantidad de dineros porque les diese la conquista y pacificación de esta Provincia y les hiciese señores del primer pueblo que poblasen en doce leguas de término a la redonda (...). El Emperador les concedió por remediar alguna cosa su necesidad y falta de dineros, la Gobernación con las condiciones que pidieron los Belzares."

● NICOLÁS DE FEDERMANN

“Tomamos como guías algunos indios que habíamos capturado y llevábamos en cadenas, los cuales nos condujeron a un arcabuco, hasta que perdimos el camino. Sin embargo los seguimos, pues, según sus avisos, llegaríamos al territorio de los cyparicotes por otro camino. Durante todo este día no encontramos el otro camino del que nos hablaban los guías, y llegó la noche. Acampamos cerca de un riachuelo, comiendo algo de los mandamientos o comida que habíamos traído y que pronto se nos acabaron, pues pensábamos alcanzar aquel mismo día algunos pueblos o aldeas. Hice dar tormento a los indios, quienes, sin embargo, persistían unánimemente en lo dicho. Tampoco al otro día encontramos camino alguno, y tuvimos que andar por el bosque, siguiendo el curso del sol hacia el oriente y perdiendo toda esperanza, pues nos veíamos engañados por los indios (...). Así viajamos todo aquel día sin comer y aun sin agua, salvo la que traíamos del lugar donde habíamos acampado por la mañana. Hice descuartizar a dos de ellos para atemorizar a los demás; pero de nada sirvió, pues preferían ser muertos antes que quedar nuestros prisioneros. Sólo nos habían conducido por este camino para perdernos y para que muriésemos de hambre, de lo que estuvimos muy cerca, y así vengarse de nosotros.”

Nicolas de Federmann, Historia Indiana Traducido del alemán por Juan Friede. Madrid, ARO, Artes Gráficas, 1958.

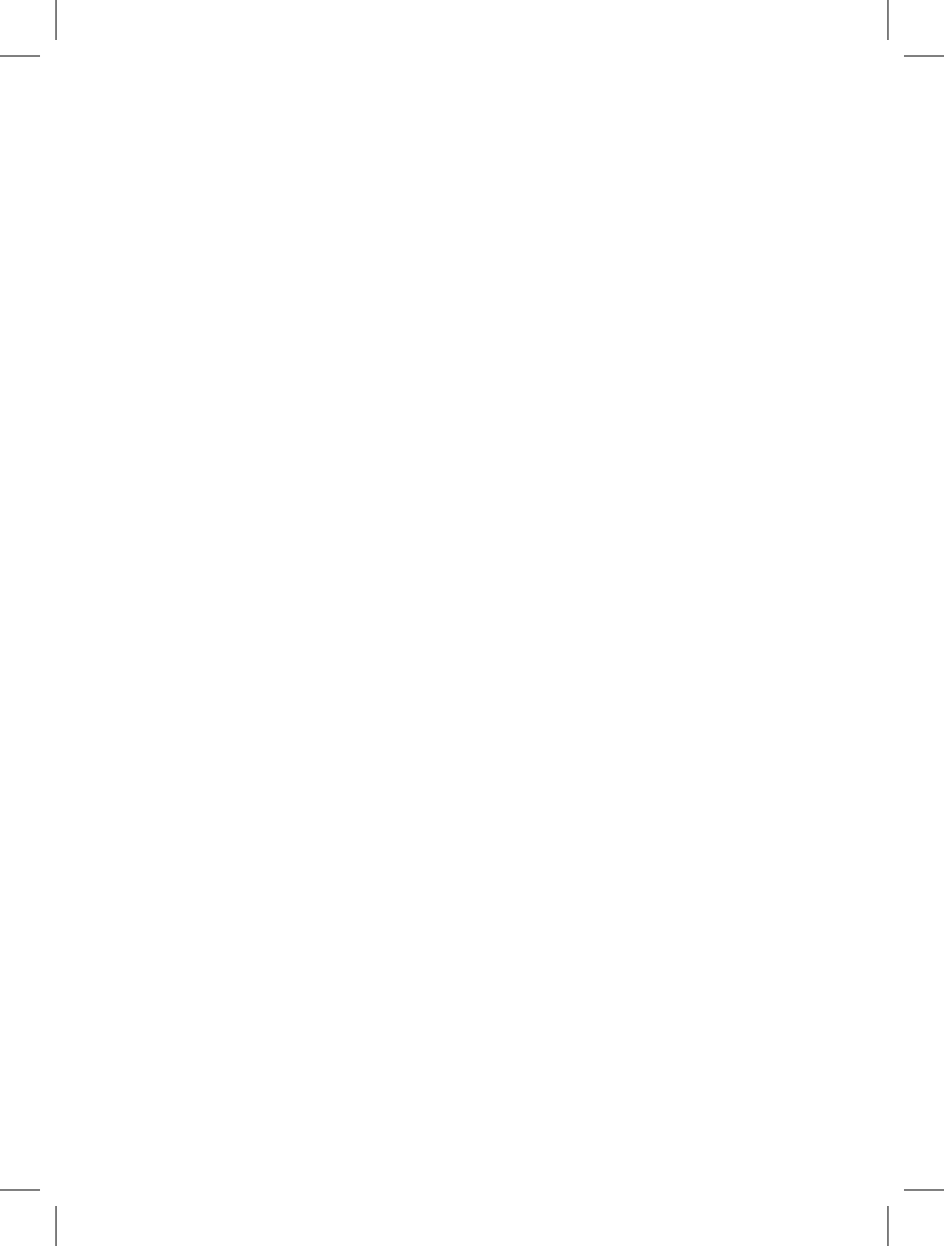
● FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS

“Han asolado, destruido y despoblado estos demonios encarnados más de cuatrocientas leguas de tierras felicísimas, y en ellas grandes y admirables provincias, valles de cuarenta leguas, regiones amenísimas, poblaciones muy grandes, riquísimas de gente y oro. Han muerto y despedazado totalmente grandes y diversas naciones, muchas lenguas que no han dejado persona que las hable, si no son algunos que se habrán metido en las cavernas y entrañas de la tierra huyendo de tan extraño y pestilencial cuchillo.” “Una vez, saliéndoles a recibir de la manera dicha, hace el capitán, alemán tirano, meter en una gran casa de paja mucha cantidad de gentes y hácelos hacer pedazos. Y porque la casa tenía vigas en lo alto, subieron en ellas mucha gente huyendo de las sangrientas manos de aquellos hombres o bestias sin piedad y de sus espadas: mandó el infernal hombre pegar fuego a la casa, donde todos los que quedaron fueron quemados vivos. Despoblóse por esta causa gran número de pueblos, huyéndose toda la gente por las montañas, donde pensaban salvarse.”

Fray Bartolomé de las Casas “Brevisima relación de la destrucción de Venezuela”.

▲ LOS VIAJES DE LOS WELSER

Tras la pista de la Casa del Sol, se fueron perfilando las principales rutas de los expedicionarios alemanes (1528-1566). Pasando de la salinidad de Santo Domingo a la aridez de Coro, de la humedad de El Tocuyo a la fría Bogotá: rutas que fueron dejando la estela mortecina de la conquista.



LA TRATA NEGRERA. EL LARGO VIAJE DE LOS BOSQUES DE ÉBANO

Una primera empresa transnacional

A partir del siglo XV se va gestando en la vasta geografía del Océano Atlántico la primera expresión de lo que los economistas del siglo XX denominarían “empresa transnacional”. Aquel jugoso negocio consolidado entre mercaderes de Europa, África y América, recibió el nombre de “comercio triangular”. Este siniestro comercio de hombres y mujeres duraría cuatro siglos, durante los cuales se traficó con la vida de al menos quince millones de seres humanos, arrancados de sus raíces y privados de su libertad para convertirlos en cimiento de un sistema económico de producción que sin ellos hubiera sido imposible: el régimen esclavista.

El descubrimiento de nuevas rutas ultramarinas y, consecuentemente, de nuevos productos que engrosarían las arcas del mercantilismo europeo, originó dos nuevas necesidades: la de nuevos artículos de consumo y la de una mano de obra adaptada para cultivar o extraer de manera intensiva estos productos, que nacían y crecían bajo el inclemente clima tropical de las tierras americanas.

La satisfacción de estas necesidades la proporcionó África. De allí provendrían los hombres y mujeres que serían unas veces comprados y otras veces cambiados por mercancías superfluas, básicamente quincallería, telas, pólvora, armas y aguardiente. Una vez “adquiridos” eran trasladados al otro lado del Atlántico en las bodegas de los barcos “negreros”, como se llamó tanto a los navíos que trasportaban los esclavos como a quienes traficaban con esta mercancía humana, bautizada con el eufemismo de “piezas de ébano”. La “exótica” mercancía era luego vendida en las costas de América, al más alto precio posible, casi siempre a través de letras de cambio intercambiada por productos tropicales que regresaban a Europa para ser expendidos en las grandes capitales como finas exquisiteces.

Mientras en los salones europeos del siglo XVIII se había puesto de moda el azul añil en trajes y casacas, el café con leche endulzado con azúcar de caña, los bombones de chocolate y el aromático placer de fumar tabaco, en las costas de África se cazaban los esclavos que formarían parte fundamental de la maquinaria de producción en las plantaciones de América. El comercio marítimo de africanos se convierte así en la forma más segura de enriquecimiento y ascenso social de estos nuevos señores, quienes justifican su acción ante cualquier cuestionamiento ético con argumentos como

el de James Boswell, un comerciante inglés del siglo XVIII: “La esclavitud salva a los negros de la masacre y la intolerable servidumbre que éstos han padecido en su propio país y les permite gozar de una mejor existencia”. Como todo gran negocio, éste no estuvo exento de los juegos de una feroz competencia. Para evitar conflictos entre sí, aquellos negreros, concesionarios de grandes compañías, o gerentes de sus propias empresas, dividieron la costa occidental africana en sectores que, según los vaivenes del poder, le iban correspondiendo a cada uno de los países involucrados.

Francia dominó la franja territorial que iba desde Mauritania a Sierra Leona. La Costa de Oro, el centro más importante durante los dos primeros siglos y medio fue disputada por los ingleses, los holandeses y los daneses. La llamada Costa de Esclavos, principal centro conformado por Gana, Togo y Dahomey, correspondió a los portugueses. El tercer gran centro, que ocupó la parte más poblada de África, entre la costa de Nigeria y Camerún, fue explotado por ingleses y franceses. El último gran centro de la segunda mitad del XVIII, disputado sucesivamente por ingleses, portugueses y holandeses, fue la costa comprendida entre Luango y Angola. De allí procedía la mayor parte de los esclavos que arribaban a Venezuela.

La llegada de los buques negreros a las riveras africanas era anunciada con una salva de cañón en homenaje al jefe local. Seguidamente, una comisión de oficiales era recibida por el “encargado de comercio con los Blancos”. Luego el capitán mismo descendía, cargado de presentes para el rey africano. Una rústica barraca construida en la playa servía de oficina para el trueque de mercancías “menores” entre europeos y africanos. Era la antesala del comercio mayor: la trata de esclavos.

Desde la costa de África: Un bosque de ébano atraviesa el Atlántico.

Encadenados por el cuello a un largo palo de madera siguen los esclavos al mercader africano o árabe, que los ha obtenido ya sea por medio de razias organizadas para la captura, ya sea porque son prisioneros de guerra. En épocas de hambruna pueden ser familias que se ofrecen enteras a cambio de alimento y vestido. Desnudos y expuestos como objetos en venta pasarán la primera revisión por parte de los compradores europeos, que examinarán su boca, sus ojos; medirán su estatura y la longitud de sus extremidades; les harán saltar, correr... El “bosque de ébano” debe someterse a los rigores de un “control de calidad”. Cualquier falla, un diente que falte, una ulceración, un defecto en los ojos o algo que delate probabilidades de menor rendimiento,

se tomará en cuenta para obtener un descuento del vendedor local. En caso de enfermedades graves o contagiosas las piezas serán desechadas.

Una vez hecha la selección suben al navío. Los hombres más fuertes son encadenados de dos en dos por los tobillos en la parte delantera, los niños y las mujeres van amontonados atrás. El recorrido por las costas de África dura de tres a seis meses, el negrero va de rada en rada reclutando esclavos. Es quizás la etapa más peligrosa: viendo cada vez más cercano el día de dejar su tierra, los prisioneros explotan en revueltas, intentos de suicidio o luchas entre tribus. Además, en tierra firme pueden ocurrir levantamientos de paisanos que ataquen el barco para rescatar a los cautivos.

Finalmente, los buques partían casi siempre con muchos más esclavos, a veces el doble, de los que su capacidad permitía. Desnudos y encadenados, hombres, mujeres y niños eran colocados en el fondo de la embarcación, apiñados como sardinas. Dos veces a la semana eran subidos al puente para recibir un duchazo colectivo y cada quince días eran rasurados para evitar la proliferación de piojos. Su alimentación consistía en arroz, maíz, ñame, yuca, y de vez en cuando una porción de frutas europeas ricas en ácido ascórbico, para evitar el escorbuto.

La prevención de motines, en los que la tripulación podía ser asesinada —y los cautivos quedar a la deriva en el océano— exigía aliviar de vez en cuando las tensiones repartiéndolo entre los esclavos aguardiente abundante y un pedazo de carne seca o de fiambre.

Con el curso del tiempo, los navíos negreros fueron acondicionados de modo más “eficiente”, para que cupieran más esclavos. Los barcos más aventajados en tal sentido fueron los holandeses: largos, altos y aireados, gracias a sus claraboyas y escotillas; perfectos para trasladar seguramente a los “bosques de ébano” hasta la otra orilla del Atlántico.

Una vez en América

Al anclar en las costas americanas era preciso guardar la cuarentena, medida sanitaria obligatoria que era aprovechada por el negrero para “refrescar” su mercancía. Durante estos días se alimentaba con mayor cuidado a las piezas. El “cirujano” —personaje clave de la tripulación— curaba las heridas y en algunos casos las maquillaba de modo que el “bosque de ébano” luciera fresco, fuerte y casi rebozante de salud. A este procedimiento se le llamaba “blanquear” a los negros. Los socios del negrero en tierra firme aprovechaban el momento para anunciar la llegada de los nuevos esclavos. Cumplido el lapso, una salva de cañón daba

por concluida la cuarentena y anunciaba la próxima exposición ante el público de la mercadería. Entonces comenzaba la “feria”.

De nuevo los africanos serían sometidos a la revisión minuciosa de su cuerpo, en una tarima que solía instalarse en el puerto. Era un ritual imprescindible para la venta de las “piezas de Indias”. Este nombre designaba la medida ideal de siete cuartas, o palmas, de altura. Si el “palmeo” de un individuo no daba la medida exacta, se completaba la dimensión de la mercancía con los “mulequines”, que eran los niños menores de 7 años, o los “muleques”, de 7 a 12, o los “mulecones”, entre los 12 y los 16 años.

La edad, la salud, el aspecto, la fuerza física, las fluctuaciones del mercado y las habilidades para el regateo tasaban el precio y el destino de los recién llegados. Un breve lapso de una semana había sido convenido por los amos para alimentar y reponer a sus nuevos esclavos del agotamiento producido por el viaje: durante los primeros siete días éstos sólo descansaban y comían. En el puerto de La Guaira había barracas de “engorde”, donde se pagaba por la “restauración” de los esclavos recién llegados.

La mano de obra africana sustituyó la mano de obra indígena, y a diezmadapor guerras, plagas y maltrato. Los sobrevivientes, reducidos a siervos en las Encomiendas, a la servidumbre doméstica en casas particulares, o a marginales ambulantes en las nacientes urbes, ya no eran útiles para el duro trabajo de la plantación. Una vez comprados, los africanos vendrían a servir, según sus cualidades y según las necesidades de cada época, en la explotación de las minas, o en las haciendas de caña, de café, de tabaco, de añil o de cacao.

Notodos y nosiempre fueron utilizados exclusivamente en la agricultura. Las mujeres y niños de África se destinaron preferiblemente al servicio doméstico. Los primeros africanos que llegaron a Venezuela en el siglo XVI se ocuparon principalmente en la extracción minera y en la pesca de perlas. En el siglo XVII muchos formaron parte de "grupos de defensa" de los colonos. También sirvieron de mano de obra en la apertura de vías de penetración; para ellos se tuvieron siempre los más duros oficios, incluido el de verdugo.

En el siglo XVIII, "siglo del cacao", proliferaron las plantaciones en las zonas bajas y costeras del país gracias a su mano de obra esclava. A mediados del siglo XVIII, con el declive del auge cacaotero, surge la modalidad de empleo como obreros o artesanos

calificados en la herrería, la platería, la construcción de tejas y otros oficios. Muchas veces esta capacitación es una iniciativa del amo, quien paga a un artesano reconocido para que enseñe su arte al esclavo, a quien después “alquilará”, obteniendo un beneficio suplementario. Éste, en el mejor de los casos, puede ser compartido con el esclavo, quien probablemente lo acumulará hasta reunir el monto que el amo ha establecido como precio de su libertad.

El infierno en la tierra

Ya el viaje trasatlántico había sido un suplicio que reducía la población de esclavos, unos habían fallecido por las pestes o por las mismas condiciones infrahumanas de la travesía, otros se rebelaban a bordo pagando con su vida. De allí en adelante era menester conservar al esclavo.

Conservarlo, como bien de producción que era, justificaba cualquier acción que impidiera su pérdida. Contra cualquier demanda de piedad en el trato a estos seres humanos, el utilitarismo económico se imponía como suficiente disculpa a la crueldad del régimen esclavista.

La más habitual e inevitable práctica fue el carimbeo, que hacía de tal modo parte indisoluble del negocio

que no se le consideró tortura. El carimbo o carimba era la marca de hierro candente que se imprimía en el glúteo izquierdo o en la parte superior de la cintura del esclavo y en el antebrazo de las esclavas. Era una forma de legalización de aquella “mercancía”, y no hacerlo favorecía el delito de la evasión fiscal. Los primeros carimbos se colocaban en la frente de los esclavos negros, pero posteriormente se reservó para distinguir a los cimarrones (esclavos fugitivos), a los rebeldes y a los ladrones de ganado. El diseño del carimbo solía llevar las iniciales de la hacienda o del dueño de la plantación.

Fray Bartolomé de las Casas dejó testimonio de los maltratos sufridos por los esclavos indígenas y africanos introducidos en Cubagua en el siglo XVI para la pesca de perlas: “Muchas veces zambúllense a la mar a su pesquería o ejercicio de las perlas y nunca tornan a salir, porque los tiburones y marrajos, que son dos especies de bestias marinas crudelísimas que se tragan a un hombre entero, los comen y matan”. Pronto fueron reemplazados los indígenas por los africanos, y ya en 1591 se dictaron disposiciones para evitar la huida de los negros rebeldes, ordenando el rey que por cada doce esclavos debía haber un español armado.

Al etnólogo Miguel Acosta Saignes le debemos gran parte de la información contenida en documentos

inéditos del Archivo Nacional y de la Academia Nacional de la Historia que nos ha permitido conocer detalles de la esclavitud en la historia venezolana. En su libro “Vida de los esclavos negros en Venezuela”, nos narra cómo en una ordenanza de 1528 se prohíbe la trata de mujeres africanas para el comercio sexual y la exposición pública de sus cuerpos en “condiciones vergonzosas”. Se establece también que todo aquel que posea más de cuatro esclavos está obligado a tener cepo y cadenas para reprimir sus faltas. En 1540, interviene nuevamente el rey para prohibir la castración de fugitivos, aunque el 4 de agosto de 1574, en vista de las acciones de los cimarrones alzados, se autoriza la horca para aquellos que duren más de seis meses en rebelión.

Las ordenanzas de 1784 prohibirán el carimbeo, pero, más que un humanitarismo, lo que moverá a los amos será el temor de provocar mayores rebeliones, en medio del fracaso de la política fiscal, aunado al contrabando y a la debacle económica. No obstante, las mismas ordenanzas recrudecen los castigos, estableciendo medidas como la mutilación de orejas para los fugados, el “desgarrete” para los reincidentes y la horca para aquellos que intenten la huida por tercera vez. Las heridas infligidas por el látigo, el cepo o las mutilaciones eran curadas con salmuera o jugo de cocuiza.

La vestimenta del esclavo no era menos humillante: consistía en calzones hasta la rodilla para los hombres y para las mujeres una simple bata, en ambos casos hechos de coleteo o yute que pronto se desgarraba convirtiendo el vestido en harapo. La alimentación del esclavo provenía de las “haciendillas” o “arboledillas”, que eran pequeños conucos destinados al autosustento de sus cultivadores, los propios esclavos.

Estas leyes de vida infernales no lograron sino la proliferación de los cumbes o cimarroneras, comunidades organizadas de fugitivos en territorios distantes de las plantaciones, que desde tempranos tiempos se habían convertido en amenaza latente para los señores hacendados.

Evolución de la compra-venta en Venezuela

Las Reales Cédulas de la Corona siempre acudieron prestas a auxiliar a los colonos: en 1526 se dispone la esclavitud de los hijos de los negros, aun cuando se hayan acogido a la institucionalidad del matrimonio. Otras cédulas de 1527 y 1541 ordenan que los negros sólo se puedan casar con negras. En 1551 se prohíbe el matrimonio entre indios y negras. En 1570 el rey ordena que los esclavos deben llegar casados y con sus mujeres legítimas.

Otro punto importante para el amo era la distinción entre negros “bozales” y negros “ladinos”. Los últimos no venían directamente de África, ya hablaban otro idioma y conocían ciertos mecanismos del sistema, lo que los hacía muy peligrosos. Muchos de ellos ya habían participado en alzamientos, por lo que se los debía aislar de los otros esclavos y mantenerlos bajo constante vigilancia.

Aunque para el siglo XVIII en Venezuela se mantiene casi intacto el ordenamiento jurídico, los esclavos han pasado progresivamente de la condición de esclavitud a la de servidumbre. Los ritmos de la oferta y la demanda van marcando este paso, lo que no significa que haya cambiado su estatus mercantil como objeto de uso y de cambio. Ya no son los colonos españoles sino la burguesía criolla quien regenta el negocio y propicia la reproducción de los negros para la satisfacción de mano de obra del mercado interno.

En el marco de este mercado se dan las más curiosas formas de compra-venta: se venden niños y embarazadas, se rematan familias enteras, se hacen transferencias y hasta trueques o pagos en especie. Especial cuidado se pone en exponer las “tachas públicas y ocultas” de los esclavos en venta. La falta de un brazo, el hábito de comer barro, haber sido cimarrón, padecer

de alguna enfermedad, pueden constituir una tacha que debe ser reportada a la hora de la venta, y muchas veces constituyen un motivo para rebajar el precio de la mercancía. Cualquier fraude al respecto servirá de argumento al comprador para demandar al vendedor.

El valor de un esclavo depende de variables como la edad. El rango de mayor valor estaba comprendido entre los 20 y 34 años; a los 40 años suele considerársele viejo. La abundancia o escasez de mano de obra esclava también influía en el precio de venta. Los esclavos eran consustanciales a la unidad de producción a la cual estaban adscritos, de tal modo que no se concebía la venta o enajenación de una hacienda sin su respectiva mano de obra esclava.

La escasez de circulante hizo derogar las prohibiciones en cuanto al uso del cacao en la permuta de esclavos, pero aunque durante las últimas décadas del siglo XVIII la importación de esclavos se solventó por la vía del pago en frutos, en el mercado interno las operaciones se realizaron en efectivo, lo que evitó la fuga de capitales del territorio.

Aires de libertad

Humboldt señala que a fines del siglo XVIII había en Venezuela más libertos e hijos de libertos que esclavos

propiamente dichos. De una población total de 728.000 esclavos, el número de libertos o manumisos ascendía a 291.000. Una Cédula Real de 1768 establecía como obligación dar la carta de libertad a aquellos esclavos que pagaran el precio de su valor adquirido.

El esclavo podía entonces comprar su propia libertad o la de su familia. Para hacer estas compras, que no siempre eran de contado, cultivaban en sus “arboledillas” productos como el cacao, con cuya cosecha pagaban su libertad. Abundaron los casos de los niños de esclavas voluntariamente liberados por el amo, sin argumentos ni filiaciones aparentes, aunque se sospechan lazos de consanguinidad. Muchos de estos niños fueron liberados en la pila bautismal al momento de recibir el agua sacramental, en una ceremonia que era frecuentemente ocasión para la “donación” al niño liberado del apellido del amo.

Otra modalidad de manumisión común fue la de liberar esclavos viejos o enfermos que constituían más una carga que un bien para los amos. No faltaron los motivos de orden “afectivo” y de “conciencia”, generalmente entre las amas —excepcionalmente los amos—, quienes habiendo tomado cariño a su servidumbre, y viendo cercana la hora de su decadencia, otorgaban el beneficio de la libertad a sus esclavos sin pedir nada a

cambio. El barón Alejandro de Humboldt, en su Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente, comenta que aquellos amos que liberaban a sus esclavos eran más comunes en la provincia de Venezuela que en ningún otro lugar. Refiere Acosta Saignes que estos actos de manumisión eran motivo de alegría y festejo en el círculo social de los propietarios.

Sin embargo, mientras esta piadosa alegría reina en las capitales, bajo la calurosa sombra de las selvas nubladas suena el tamtam de cumbes y rochelas, robando serenidad al sueño de los señores. Los negreros que tan exitosamente habían logrado arrebatarse a esta gente de su madre África, no habían logrado arrancar de sus entrañas a sus dioses, sus ritos, sus danzas, su magia y sus costumbres. En estos territorios liberados nacían otras Áfricas, ahora americanas. Nuevas culturas que, vale la pena recordarlo, eran muchas veces conformadas no solamente por negros, sino también por indios, zambos, pardos, mestizos, blancos pobres, todos ellos compartiendo el sueño libertario de un régimen social de fraternidad, de igualdad social y de justicia que ya estaba diseminado en el aire de América.

● CASTIGOS INFLIGIDOS A LOS NEGROS

“Eran castigados con el libambo –argolla de hierro en torno al cuello del negro con un vástago terminado en un cencerro-, con la gargalheira o con la golilha, sistema de cadenas de hierro que le impedía los movimientos.” El cepo consistía

en dos largos listones de madera con orificios que presionaban los tobillos, las muñecas o el cuello del castigado. Era de uso muy común en las haciendas.”

Fuente: Fernando Ortiz: Los negros brujos. 1917. Colección Libros y Folletos / Colección Antigua y Manuscritos. Biblioteca Nacional.

▲ LICENCIA PARA IMPORTACIÓN DE NEGROS A VENEZUELA.

Año 1576. Sobre ciertos negros que pide Venezuela Decís que os parece que por haber en esa provincia cantidad de minas de oro y no hay quien las labore y beneficie, se pierde mucho de nuestros quintos y derechos reales y que a la tierra sería gran utilidad fiársele quinientas o mil licencias de esclavos negros. Para entender en la labor de las minas, haréis luego lista de los que querrán esclavos fiados para las dichas minas y a qué tiempo y precios pagarán y que estos envíen poderes para obligarse. [...] Primeramente, que si su Majestad fuere servido haga usted a todos los pueblos y vecinos de esta gobernación de mil trescientas piezas de negros, las dos tercias partes varones y la otra tercia parte de hembras, en esta manera repartidos:

A la ciudad de Coro, cien piezas de los dichos esclavos.....	100
A la ciudad del Tocuyo, doscientas piezas de negros.....	200
A la ciudad de Nueva Segovia, doscientos negros.....	200
A la ciudad de Valencia, cien negros.....	100
A la ciudad de Trujillo, cien negros.....	100
A la ciudad de Santiago León, quinientos negros.....	500
A la ciudad de Nuestra Señora de Caraballeda, cien negros.....	100
Total.....	1300

Los cuales dichos negros han de ser de edad de quince a treinta años. Que los dichos negros y negras su Majestad sea servido de mandarles dar precio a cada uno de ellos de cien ducados castellanos de a trescientos y setenta y cinco maravedíes. Alonso Ruiz de Vallejo, Escribano Público Ermila Troconis de Veracochea.

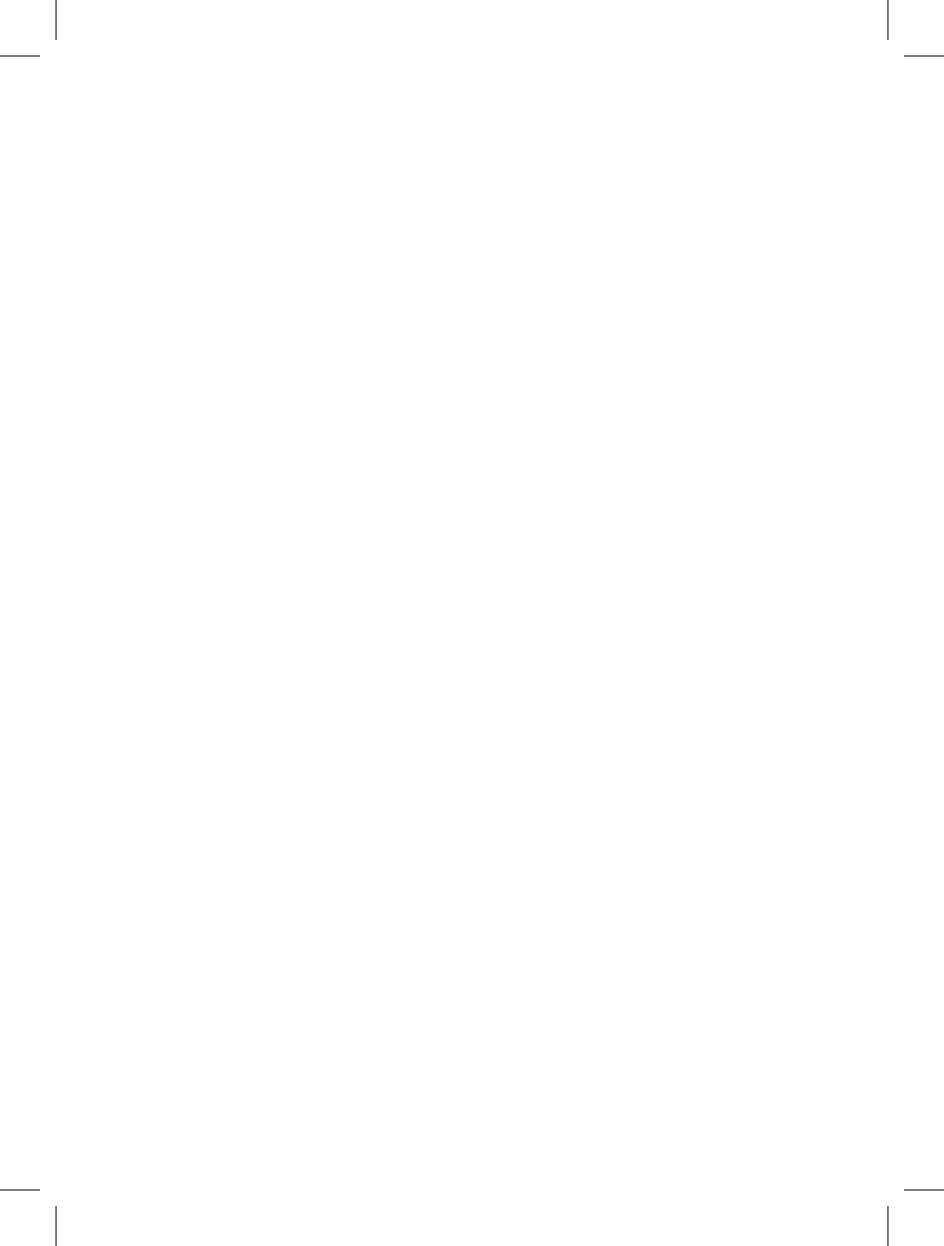
Documentos para el estudio de los esclavos negros en Venezuela. Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1969.

● MADRE ESCLAVA PIDE LA LIBERTAD DE SU HIJA.- AÑO 1715.

Señor Vicario: Petronila de las Bastidas, parda esclava del Teniente de Campo Sancho Briceño de las Bastidas, ante Vuestra Merced parezco como más me convenga y digo: Que yo me presenté ante el Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Obispo con una escritura de libertad de una hija mía que está en el Monasterio de monjas por esclava, siendo libre, y el Ilustrísimo señor Obispo manda que Vuestra Merced diese la sentencia, el cual decreto con la escritura de libertad para en poder del Notario Apostólico, por cuya razón ocurro al justo y santo obrar de Vuestra Merced y que luego se ponga en su libertad la dicha mi hija, pues ya libre no hay derecho que la hagan esclava y las dichas religiosas no dan escrito ni prueba alguna, sólo contienen a mi hija con más aprieto que a las demás que legítimamente son y así se ha de servir Vuestra Merced con vista de la escritura mandar se me entregue luego y sin dilación y que si las señoras religiosas dieran mayor justificación, estoy presta a entregarla, atendiendo a que soy esclava desvalida y sin efugios algunos, punto que ha de ver Dios por los jornales de la dicha mi hija, que protesto su demanda entregada de dicha mi hija según por ella. Por todo lo cual a Vuestra Merced pido y suplico mande se me entregue la mulatica y se me vuelva original la dicha escritura que en ello recibiría. . . Petronila de las Bastidas Ermila Troconis de Veracoechea.

Documentos para el estudio de los esclavos negros en Venezuela. Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1969.





EL IMPERTINENTE FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS. LA DENUNCIA HUMANISTA DEL GENOCIDIO INDÍGENA

Bartolomé de Las Casas (1474-1566), que cruzó 14 veces el Atlántico en sus afanes por poner límites al desenfreno de los conquistadores cristianos en las nuevas tierras de Occidente, llegó a hacerse sin duda, para muchos, un personaje indeseable. Perteneciente a la influyente orden de los Dominicos — tanto más poderosa por tener a su cargo la conducción del Santo Oficio, es decir, la Inquisición, en la Europa cristiana —, hizo valer su talento, sus prerrogativas y sus relaciones en las Cortes para emprender la tarea que ocupó toda su vida: la defensa de los derechos de los indígenas y la denuncia del genocidio americano. Gracias a sus infatigables diligencias en ambos continentes se instituiría en España el Consejo de Indias, bajo el cual serían promulgadas las Leyes de Indias, que buscaron regular — y que tal vez lograron por lo menos moderar — la vorágine sangrienta que los invasores europeos impusieron a los pobladores de los territorios equinocciales en el siglo XVI.

Detestado por los más feroces conquistadores españoles, amigo de los muchos humanistas europeos que en su misma época alzaron la voz contra las

atrocidades de la codicia invasora, aún se le ha acusado en el siglo XX de fomentar la Leyenda Negra que "satanizó" a los conquistadores hispánicos. Según sus detractores, fray Bartolomé de Las Casas, admirado por José Martí y por Simón Bolívar, habría exagerado sus testimonios con algún fin no esclarecido. ¿Pero hasta qué punto podemos creer hoy que Bartolomé de Las Casas haya exagerado sus horripilantes noticias sobre la conquista de Indoamérica?

Doctrinero y encomendero

Muy joven viajó Las Casas por primera vez al Nuevo Mundo, apenas acabando de adquirir su calidad clerical, empleado como "doctrinero" de indios y luego como capellán de expedición. Recibió la recompensa de aquellos pioneros en tierras ajenas: se hizo "encomendero". Es decir, recibió un lote de tierra en concesión, y el derecho a exigir el empleo de la mano de obra de los indios que en ella habitaran.

Hacia los últimos años de su vida, en uno de sus libros dejados inéditos, "Historia de las Indias", se recordaría a sí mismo en aquellas faenas: "...andaba bien ocupado y muy solícito en sus granjerías, como los otros, enviando indios de su repartimiento a las minas, a sacar oro y hacer sementeras, y aprovechándose de ellos cuanto más podía, puesto que siempre tuvo respecto a mantener,

cuanto le era posible, y a tratarlos blandamente y a compadecerse de sus miserias”.

Debajo de aquella silueta de conquistador y de clérigo complaciente, se venía efectuando el giro definitivo de su conciencia. “Entonces pensé en las penalidades y la esclavitud que vive el pueblo aborigen aquí [...] Y tanto más pensaba, tanto más me iba convenciendo de que todo lo que afligía y sucedía a los indígenas hasta la fecha, no era más que tiranía e injusticias. Y por tanto que iba estudiando, encontrando en cada libro, fuera en latín o español, cada vez más pruebas y motivos y teorías fundadas en apoyo al derecho de los pueblos de las Indias Occidentales y contra el salvajismo y las injusticias y los robos que contra ellos se cometen”.

De Sevilla al Nuevo Mundo

El 11 de noviembre de 1474 nació Bartolomé de Las Casas en el puerto andaluz de Sevilla, la ciudad española más próspera de entonces, centro comercial y punto de partida de los aventureros que zarpaban hacia América. Pedro de Las Casas, mercader y propietario de tierras, fue su padre, e Isabel de Sosa, descendiente de cristianos viejos, su madre. A los once años tuvo la experiencia de ver la llegada de Cristóbal Colón al puerto, en 1494, acompañado de indios y papagayos, adornados con perlas y oro fino.

Recibiría sus primeras letras bajo la tutela de su tío paterno, el canónigo Luis de Peñalosa. Más tarde, el historiador, poeta, gramático y astrónomo español Antonio de Nebrija — uno de los grandes humanistas del Renacimiento y el más renombrado de España— lo formaría profundamente en la cultura latina y en el emergente pensamiento humanista. Poco después de recibir su ordenamiento religioso, en febrero de 1502, se embarcó hacia el Nuevo Mundo bajo las órdenes de Nicolás de Ovando, en la denominada conquista de la isla La Española. Llegado a la isla, Ovando le recompensaría con tierras y siervos indios para labrar y extraer oro.

Las aguas incandescentes de la conciencia

“Me he subido aquí yo que soy la voz de Cristo en el desierto de esta isla, y portanto conviene que con atención, no cualquiera, sino con todo vuestro corazón, la oigáis [...] Decid, ¿con qué derecho y con qué justicia tenéis en tan cruel y horrible servidumbre a estos indios? ¿Con qué autoridad habéis hecho tan detestables guerras a estas gentes que estaban en sus tierras mansas y pacíficas?”. Eran las palabras del eruptivo sermón del fraile dominico Antonio de Montesinos, pronunciado el 21 de diciembre de 1511 en La Española, según narra el mismo Las Casas. Sería el primero de muchos otros que interpelarían la conciencia de los colonos. “¿No tenéis el deber de amarles

como a vosotros mismos?", era la frase que más retumbaba en la mente del encomendero Bartolomé.

Había sido testigo de los crueles métodos del Gobernador Diego Colón en La Española; y más aún, había presenciado la horrorosa masacre que el conquistador Pánfilo de Narváez y compañía —Bartolomé sería jefe militar y administrador de éste último— hiciera en la isla de Cuba. Luego de estas experiencias aterradoras, el sacerdote-colono se resistiría a ser partícipe de aquella empresa instrumentada con empalamientos, quemas, persecuciones y asesinatos atroces de poblaciones enteras.

Entre 1515 y 1520, habiendo renunciado a la lucrativa condición de encomendero, Las Casas inició su formidable empresa de denuncia y su lucha por otra forma de colonización. Ágil orador y con decidida autoridad, logró entrevistarse en la Corte con el Rey Fernando V y con el Cardenal Francisco Jiménez de Cisneros, a quienes presentó y propuso un plan de reforma de la conquista. Consideraba establecer para ciertas islas un sistema de colonización fundado en asociaciones hispano-indianas, brindando la luz del evangelio a los indios, y transformando a los mismos en tributarios pacíficos y voluntarios de la Corona.

Cumaná y el método pacífico de Las Casas

Tal fue la argumentación que el clérigo protector presentó ante Carlos V, Rey de España y Alemania, que éste aprobaría una nueva concesión para ensayar el método pacífico propuesto. Así, el 19 de mayo de 1520 se firmó en La Coruña la concesión en la cual el Padre Las Casas se comprometía a colonizar y evangelizar una faja costera de 300 leguas, desde Paria (actual estado Sucre) hasta Santa Marta (Colombia), región de Tierra Firme hasta entonces inexplorada, en la cual debía fundar tres ciudades. Consecutivamente, se declararía —aunque no por mucho tiempo— la libertad individual del indio y se erigiría el Consejo de Indias, una de las instituciones más importantes del poder español en América.

Aliado con misioneros franciscanos y dominicos, y encargándose de reclutar jóvenes frailes para la labor de adoctrinamiento que inspiraba a su empresa, Las Casas dio inicio a su proyecto en Cumaná.

Pero la raíz del mal ya estaba sembrada: en venganza por una cruenta expedición española realizada en septiembre de 1519, la población aborigen de la futura Nueva Andalucía destruyó dos misiones en Cumaná, asesinando a los frailes dominicos que las conducían. Estos acontecimientos retardarían y entorpecerían los planes de Fray Bartolomé, quien debió aceptar

compromisos con los conquistadores para restablecer el orden.

Este intento fallido de establecer colonias pacíficas en Cubagua y Tierra Firme, marcaría con el signo del fracaso todos los intentos posteriores de Las Casas para llevar a la práctica su doctrina de la conquista. Así, tendrá tiempo de meditar y preparar entre 1522 y 1527, en Santo Domingo, sus primeros escritos.

Los escritos lascasianos

El formidable esfuerzo de denuncia lascasiano se pone entonces en marcha: memoriales, cartas, tratados, historias, opúsculos teológicos, disquisiciones políticas; en fin, toda una armazón litigante dirigida a “restablecer la verdad”. André Saint-Lu, estudioso de Las Casas, observa que en el fondo de su postura ideológico-espiritual se halla perenne “el deseo muy natural de dejar plena constancia de su actuación personal [...] la aguda conciencia que tuvo hasta su muerte, de haber sido elegido para cumplir una gran misión histórica”.

Reflexiones filosóficas, teológicas, antropológicas, jurídicas e históricas nutren la copiosa literatura del fraile Bartolomé. Del único modo de atraer a todos los pueblos a la verdadera religión (1537); Brevísima relación de la destrucción de Indias (1542); Treinta proposiciones

muy jurídicas (1547); Historia de las Indias (1552); Historia Apologética (1553), son sólo cinco de sus muchos trabajos, en los que explayará su arsenal demostrativo: quería probar a la sensibilidad y a la razón europeas las cualidades humanas y culturales de los indígenas y las posibilidades ciertas de su cristianización pacífica.

En su obra “De regia potestate” afirmaría: “Desde el inicio del género humano todos los hombres son libres por el derecho natural y por el hecho de los pueblos. La libertad es igual para todos”.

La denuncia perdurable

“Cuatrocientos años hace que vivió el padre Las Casas, y parece que está vivo todavía”, dirá el poeta José Martí. En efecto, todavía persiste en la conciencia y en el pensamiento hispanoamericano el sello quijotesco que fray Bartolomé impuso en cada alegato, en cada giro polémico en defensa de aquellos pueblos oprimidos de América.

Siete años después de su muerte, ocurrida en 1566, se concretaría en parte su esfuerzo por reformar el régimen de la encomienda con la publicación de las Ordenanzas de Ovando, emitidas por el Consejo de Indias en 1573, donde se expresaba la condena de las

conquistas guerreras en el Nuevo Mundo y se exigía, en definitiva, la colonización pacífica de estos territorios. El “Apóstol de la América” —como lo llama Simón Bolívar en su Carta de Jamaica de 1815—, Fray Bartolomé de Las Casas, se convirtió para la memoria americana en el primer gran luchador por la justicia y la libertad para los pueblos dominados.

Bartolomé de Las Casas no fue un “indigenista” en sentido propio. Creyó siempre que los pueblos de Indoamérica debían conformar una unidad cultural con la Europa hispana, la cual tenía la misión y el destino de evangelizar a aquellos nuevos pobladores. Esto presuponía el reconocimiento de que los indios tenían alma suficiente para ser parte de la cristiandad.

Sus críticas a la conquista sangrienta no apuntaban, pues, a la defensa de una indianidad (cultural y territorial) sino que eran más bien una “autocrítica” de la cristianización hispana. Las Casas no abogaría por una identidad indígena, pero empeñaría al menos toda su vida en la tenaz defensa de la humanidad de los indios.

Las denuncias de Bartolomé de Las Casas: ¿Exageración o realidad?

● “En la isla Española, que fue la primera, como decimos, donde entraron cristianos y comenzaron los grandes estragos y perdiciones de estas gentes y que primero destruyeron y despoblaron, comenzando los cristianos a tomar las mujeres e hijos a los indios para servirse y para usar mal de ellos, y comerles sus comidas que de sus sudores y trabajos salían, no conformándose con lo que los indios les daban de su grado...”

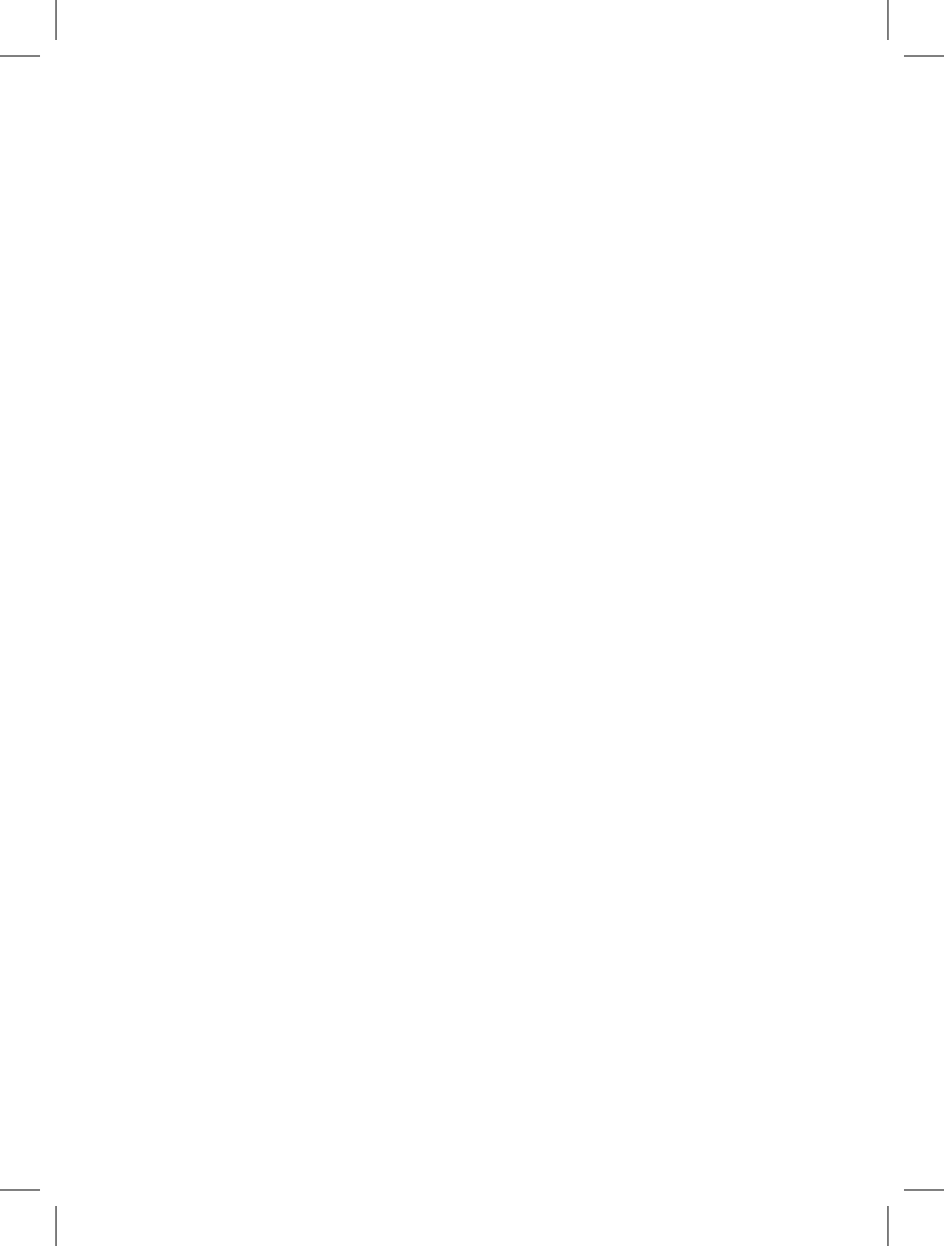
● “. . . comenzaron a entender los indios que aquellos hombres no debían haber venido del cielo. Y algunos escondían sus comidas, otros sus mujeres e hijos, otros huíanse a los montes por apartarse de aquella gente de tan dura y terrible conversación. Los cristianos dábanles de bofetadas y puñadas y de palos, hasta poner las manos en los señores de los pueblos. Y llegó esto a tanta temeridad y desvergüenza, que al mayor rey, señor de toda la isla, un capitán cristiano le violó por fuerza su propia mujer.”

● “De aquí comenzaron los indios a buscar maneras para echar los cristianos de sus tierras; pusiéronse en armas, que son harto flacas y de poca ofensión y resistencia y menos defensa (por lo cual todas sus guerras son poco más que acá juegos de niños): los cristianos con sus caballos, y espadas y lanzas comienzan a hacer matanzas y crueldades, extrañas en ellos. Entraban en los pueblos, ni dejaban niños, ni viejos, ni mujeres preñadas ni paridas que no desbarrigaran y hacían pedazos. . . Hacían apuestas sobre quién de una cuchillada abría el hombre por medio, le cortaba la cabeza de un piquete, o le descubría las entrañas. Tomaban las criaturas de las tetas de las madres por las piernas, y daban de cabeza con ellas en las peñas.”

● “Comúnmente mataban a los señores y nobles de esta manera: que hacían una parrilla de varas sobre horquetas, y atábanlos en ellas y poníanles por debajo fuego manso, para que poco a poco, dando alaridos en aquellos tormentos desesperados, se les salían las ánimas.”

● “Yo vide todas estas cosas arriba dichas, y muchas otras infinitas. Y porque toda la gente que huir podía se encerraba en los montes y subía a las sierras, huyendo de hombres tan inhumanos, tan sin piedad y tan feroces bestias, extirpadores y capitales enemigos del linaje humano, enseñaron y amaestraron lebreles, perros bravísimos, que en viendo un indio le hacían pedazos en un credo, y mejor arremetían a él y lo comían que si fuera un puerco. Estos perros hicieron grandes estragos y carnicerías, y porque algunas veces raras y pocas mataban los indios algunos cristianos, con justa razón y santa justicia, hicieron ley entre sí, que por un cristiano que los indios mataran, habían los cristianos de matar cien indios.”

Bartolomé de Las Casas: Brevisima relación de la destrucción de las Indias (1552)



CIMARRONERAS Y REBELIONES NEGRAS EN LA VENEZUELA COLONIAL. LOS REFUGIOS SECRETOS DE LA LIBERTAD

La resistencia fue desde el principio

Durante el siglo XVI se inicia formalmente el tráfico de esclavizados hacia América y con él la resistencia a tan horrible empresa.

Robustos, de mirada intimidante y serena, bajo su prieta y brillante piel, guardaban la fuerza que les impulsó a resistirse a la esclavitud desde el mismo momento en que zarparon los barcos de África, despertando angustia en los comerciantes y más tarde terror en los hacendados que, a partir de la creación de los nuevos pueblos de negros, mejor conocidos como cumbes, estarían a merced de rebeliones y levantamientos libertarios impulsados por los negros esclavizados.

El trato inhumano que recibían fue motivo de numerosas sublevaciones a la brutal dinámica económica y social a la que estaban sometidos. Una de las maneras de librarse del azote de la esclavitud era huyendo al monte, en donde formaban dichos cumbes convirtiéndose en negros cimarrones – escapados –. En estos nuevos hogares, los negros fugados recrearon en América la

vida que les había sido arrancada al ser vendidos como herramientas de trabajo.

Estas expresiones de resistencia se dieron bajo diversas circunstancias, pero en el fondo guardaban la misma esencia: la libertad. Bien sea del yugo de la esclavitud o de la amenaza ante la violación de una esposa o una hija.

La historia oficial nos ha mostrado una versión en donde las rebeliones negras fueron inconsistentes, sin mayor significación ni trascendencia. Muchas de éstas han sido catalogadas peyorativamente como expresiones de algo caricatural, folklórico, ingenuo, diabólico o simplemente delictual, carentes de propósito alguno. Este discurso no responde a otra cosa más que a sustentar la idea de que los esclavizados aceptaron pasiva y pacíficamente el sistema impuesto “por la institución esclavista y respaldada jurídicamente por la legislación colonial”. Y de esta manera darle continuidad a un discurso histórico en donde las culturas negras aparentemente no tienen una historia que contar más allá de su condición de esclavizados.

Cumbes, palenques, cimarroneras, rochelas...

Camino a la selva húmeda, generalmente durante horas de la noche, el negro esclavizado respira aires

de libertad. Esta nueva forma de vida tendrá nombre y estructura. En el caso de Brasil se les conoció con el nombre de Quilombo (campamento) y Mocambos (choza), en Colombia, Palenque y en Venezuela, Cumbes y Rochelas. Los huidos también tenían nombres de acuerdo al lugar. En Las Antillas se les llamaba Mambises, palabra originaria de la voz mbi, la cual más tarde pasaría a significar Libertad; en Brasil eran conocidos como quilombolas y en Venezuela como cimarrones, expresión derivada del nombre dado al ganado que se escapaba. Estos espacios estaban constituidos no sólo por esclavizados negros sino que también contaban con la presencia de indios, pardos y hasta blancos pobres, todos sometidos de una u otra manera a un sistema social y económico que les resultaba insoportable.

En muchos de los casos, las rebeliones contaron con el apoyo de indígenas que no formaban parte del cumbe, pero que como habitantes de las zonas aledañas a éste y en muchas oportunidades por estar identificados con la causa negra, facilitaron refugio, insumos e información respecto de la posición de los perseguidores. Tal es el caso de los indios Tomusa (Barlovento) y los Jirajaras (Edo. Yaracuy).

Mientras que el secuestro de mujeres para las labores domésticas y la procreación se hacía frecuente una vez que el cumbe estaba medianamente conformado, el secuestro de hombres fue una práctica común pero con el objeto de proteger y sustentar el nuevo hogar. Al correrse el rumor en las haciendas de un nuevo cumbe, la esperanza y los ecos de libertad comenzaban a cobrar vigor. Las huidas voluntarias se hacían frecuentes, los alzamientos y las amenazas de huida eran desafiantes. Las sublevaciones de negros, y con ellas la proliferación de dichos cumbes, ponían en grave peligro la economía colonial. Ésta dependía en gran medida de las actividades comerciales que tenían como base el trabajo de estos negros esclavizados, por ejemplo: las plantaciones de caña de azúcar y las haciendas productoras de cacao, añil y café.

La idea era librarse de los ultrajes de la esclavitud, desarrollar una agricultura de subsistencia y mantener sus prácticas religiosas sin temor a ser castigados por ello. Aún cuando relacionamos cumbes con rebeliones es importante aclarar que no siempre estos poblados constituyeron centros de resistencia armada, su organización en la mayoría de los casos, obedecía a la necesidad de establecer espacios de convivencia alejados del sistema esclavista. Sin embargo, estos nuevos poblados sí colaboraron refugiando y

alimentando a los negros cimarrones que integraban las partidas guerrilleras.

Estas huidas y rebeliones llevaron a la creación de reales cédulas (disposición legal de la Corona) que contemplaban los más crueles castigos a los insurrectos. El cepo, la maza, la mutilación de piernas y orejas, una marca a hierro candente en la frente, azotes, horca, rústicas máscaras de metal y en el mejor de los casos, el fusilamiento. La muerte era preferible a seguir bajo tan ignominiosa forma de vida.

La vida en el cumbe

Yuca, caraotas, ocumo, mapuey, plátanos, maíz y auyama. Algunos animales provenientes de las haciendas de los amos, la caza de chigüires, iguanas y dantas, conformaban la mesa del cumbe. Asimismo, aprovechaban al máximo los frutos que se daban naturalmente en la selva, tales como la guayaba, el mamón y el jobo. Aún hoy, parte de esta dieta está presente en nuestra gastronomía tradicional.

Estos métodos de subsistencia contemplaban también el contrabando, específicamente del cacao, ante la imposibilidad de desarrollar una actividad económica estable, que garantizara el mantenimiento de las familias en el nuevo poblado. Pudiéramos hablar

de un esquema mixto que, por un lado, desarrollaba actividades agrícolas y recolectoras, y por otro optaba por el robo y el contrabando, todo con el fin de garantizar la vida en el cumbe.

La dinámica social no era precisamente la que pudiéramos imaginar en un vecindario actual, recordemos las condiciones bajo las cuales se formaban estos pueblos libres. Un cumbe podía llegar a tener hasta 100 integrantes, todos identificados con una necesidad vital: la libertad. No obstante, podían vivir con un mínimo de comunicación entre un rancho y otro, lo verdaderamente significativo era la colaboración a través del trabajo y de la preservación de la paz y el respeto, importantes aspectos humanos de los que habían carecido durante su cautiverio.

Abrigados con maderos en las espesuras

El escenario geográfico ha jugado un importante papel a lo largo de la historia, en cuanto a estrategias de combate se refiere.

Los negros siempre se fijaron como lugar de cimarrones, frondas impenetrables, inclementes vorágines que trajinaban a sus perseguidores por no estar éstos familiarizados con estos espacios.

Estas características geográficas determinaron la ventaja que en muchas oportunidades tuvieron los cimarrones frente al enemigo.

Las tierras de Barlovento, por ejemplo, con sus pantanosas y frondosas selvas, ofrecían extraordinarias posibilidades de construir barricadas, los árboles fueron usados como puntos estratégicos de ataque funcionando como garitas con hombres armados de piedras, palos, flechas y en algunos casos armas de fuego.

En el caso de los Valles del Tuy, las autoridades relataban en sus informes sobre la difícil tarea de sitiar un cumbe y de enfrentar a los negros que la habitaban porque aunque "...han aplicado las más activas y eficaces providencias para la aprehensión (...) no se ha podido lograr el fin porque tienen la ventaja de acogerse a sitios espesos, casi impenetrables y desconocidos, donde sería infructuoso y aun peligroso cualquier ataque".

En todos los casos, el conocimiento del escenario geográfico determinó la ventaja sobre las fuerzas oficiales. Las grandes espesuras y ríos, las inmensas soledades propias de un territorio en donde sus habitantes originarios fueron exterminados y se encontraba ahora en una nueva fase de poblamiento de carácter colonial, brindaban facilidades naturales para hostigar y burlar

la persecución del gobierno. Los inconvenientes para desplazar sus tropas a lugares apartados, el traslado de municiones, alimento y armas, era casi imposible en medio de este hostil teatro de operaciones.

En muchas oportunidades, ante la dificultosa tarea, muchos soldados desertaban, lo que hacía más cuesta arriba el control de las cimarroneras.

En la Isla de Margarita, uno de los primeros asentamientos coloniales de extracción perlera, también se describen las dificultades de erradicar las cimarroneras a causa de los escenarios inhóspitos, estos hacían tortuosa la persecución y captura de estos cimarrones “... por la asperesa (sic) de la tierra, siendo de montaña y serranía muy agria, lejos de la ciudad, causa de haber padecido muchas hambres por ser tierra incógnita”, luego de tan extenuante búsqueda, padeciendo dolencias de todo tipo, los perseguidores daban con ellos “... en sitio de mucha defensa y fortificación...”, se trataba de las empalizadas. La estructura consistía en una suerte de cerca hecha de estacas de madera.

Las partidas cimarronas tenían amplio conocimiento del terreno que habitaban. El extraordinario empleo de armas blancas fue en un principio una de las ventajas,

por estar familiarizados con el uso de machetes y otras herramientas de este tipo. Posteriormente la introducción de los trabucos y fusiles harían de esta resistencia una verdadera guerra.

Armados de fusiles trabucos y sables...

Entre los primeros levantamientos se encuentra el del Negro Miguel, conocido en la historia oficial como la insurrección del Negro Miguel. Esclavizado africano presumiblemente venido de Puerto Rico. Miguel se alza en las Minas de Buría, cerca de Nirgua, actual Edo. Yaracuy, en 1553. El motivo de su rebelión será la explotación impuesta a partir del descubrimiento de copiosas minas de oro en aquella zona. Autoproclamándose rey, formó una comuna junto a su esposa, la reina Guiomar.

El Tocuyo y Barquisimeto, en el actual estado Lara—centros de irradiación del poblamiento colonia—serían el blanco de sus ataques. Con la ayuda de los indios Jirajaras, quienes llevaban largo tiempo en resistencia al sistema de encomiendas que les era impuesto, Miguel lograría prolongar su lucha hasta 1555, cuando luego de una tortuosa persecución, quedaría en manos de Diego de Losada la desaparición física de este primer líder libertario.

Entre 1603 y 1650 se tienen noticias de levantamientos en las zonas de la Isla de Margarita y en Valles del Tuy. En estos no se tiene conocimiento sobre algún líder conductor de las sublevaciones; aún cuando la estrategia de ataque y huida eran similares, no existió una organización definida, parecieron más bien ser producto de una explosión comunal en contra del dominio español en donde el objetivo principal era recuperar sus formas de vida. Cabe destacar que muchos de estos esclavizados venían desde islas del Caribe, pero eran africanos que aún guardaban un fuerte arraigo con su cultura originaria, motivo por el cual sus prácticas culturales tenían todavía muy presente la identidad africana.

Andrés López del Rosario, conocido como Andresote, llevó a cabo la rebelión en las cercanías del río Yaracuy y las costas de Puerto Cabello y Tucacas en 1732. Esta sublevación tuvo entre uno de sus motivos la llegada de la Compañía Guipuzcoana, nueva encargada de regular la venta del cacao, el tabaco y la introducción de esclavos en Venezuela, actividades en las que se había desarrollado un alto índice de contrabando. Sería labor de la recién creada Compañía acabar con esta práctica ilegal, medida que alteraría los ánimos de los principales contrabandistas: los holandeses. Andresote se convertiría en la palanca que permitiría a

estos contrabandistas de profesión, a cambio de armas y pólvora, obtener el preciado cacao, que además era extraído por los negros de las haciendas de los amos, evadiendo las normativas fiscales de dicha Compañía. La introducción de esclavizados se vería afectada por los constantes ataques de Andresote y su batallón a la odiada Compañía. El monopolio que imponía la Guipuzcoana causaba gran recelo también entre los comerciantes menores ocasionando gran descontento y tensiones. Sin embargo, la gran carga libertaria que surgiría de este hecho fortuito, se evidenciaría a través del entusiasta apoyo que obtuvo Andresote de sus congéneres. Nace con este movimiento opositor al nuevo actor económico y monopolizador, las primeras ansias de acabar con un sistema que les arrancaba toda dignidad y posibilidad. Para 1734 la situación se hacía insostenible y fue designada una partida con el escandaloso número de 1.500 soldados sólo para atrapar al negro Andresote.

Insurrección de 1749 en la provincia de Caracas—causada por la confusión que se generó entre los esclavos que supieron de la existencia de una supuesta ley que los amparaba.

"...se ha dado noticias de que persuadidos los esclavos de esta Provincia que hay en ella Real Cedula y orden

para que sean libres (pensado maliciosamente que se les oculta) tratan de levantarse y pedirla armados..." El plan era matar blancos en vista de que estos les ocultaban los beneficios de este nuevo instrumento legal a su favor.

Este Código no era más que la expresión de la importancia económica que constituían los negros como base del sistema colonial, ya que regulaba los tratos y los castigos que los amos de esclavitudes debían imponer a los negros esclavizados. Claro que estas regulaciones no fueron suficientes para controlar los malos tratos a los que eran sometidos los esclavizados y menos aún los cimarrones. Si bien el código contemplaba castigos a los sublevados y protección a los maltratados, su aplicación no fue la ideal. Los abusos por parte de los amos fueron incontrolables.

Guillermo Ribas: Fue una de las más prolongadas y feroces sublevaciones. El miedo cundiría en la Provincia de Caracas ante la imposibilidad de atrapar a Guillermo. Las noticias de sus acciones llegaban a los oídos de los esclavizados en las haciendas. Estos, envalentonados ante la posibilidad de recuperar su libertad, amenazaban a sus amos con huir.

Activo entre las regiones de Panaquire y Los Valles del Tuy se da a conocer como Guillermo el Negro. Fundador

del cumbe Mango de Ocoyta, formó primero su cumbe en Chuspa, desalojado de éste, levanta El Mango de Ocoyta. Desde 1771 hasta 1774, año en que muere Guillermo durante un enfrentamiento, la lucha estuvo orientada a ocupar haciendas, liberar esclavizados y enfrentar a los captores de cimarrones.

José Leonardo Chirino: Zambo libre nacido de negro esclavizado y madre indígena. Dirigente de la insurrección de negros y zambos surgida en la serranía de Coro en 1795. Sus ideales se basaban en la lucha por la eliminación de la esclavitud y por la igualdad de las clases sociales; por la supresión de los privilegios y la derogación de los impuestos de alcabala, los cuales mellaban ferozmente la economía de las clases desposeídas. Chirino trabajaba como jornalero en la hacienda de la familia Tellería y parte de su trabajo consistía en viajar hacia las Antillas; Saint- Domingue y Curazao fueron algunos de sus destinos. Se dice que estos viajes influenciaron a Chirino ideológicamente empapándolo de los preceptos libertarios que sustentaban la rebelión de negros en Saint-Domingue (hoy Haití), de manera que la insurrección de la serranía coriana contó con un elemento ideológico ausente en las demás rebeliones, como lo fue la influencia de la rebelión de Haití en 1791 la cual culminaría con la Revolución Haitiana y la creación de la segunda república independiente en América en

1804. José Caridad González, negro huido de Curazao, bien enterado de los movimientos revolucionarios en Saint-Domingue, se estableció desde muy joven en las costas venezolanas y su principal oficio era ayudar a otros negros antillanos a fugarse y refugiarse en tierra firme. González y Chirino idearían juntos en Curimagua (Edo. Falcón) la rebelión del 10 de mayo de 1795. Los insurrectos se calculaban alrededor de 200 hombres y mujeres esclavos y libres. Quemando haciendas, secuestrando blancos y reclutando guerrilleros, ascendieron a 300 insurrectos en menos de un día. El pánico se regaría por la serranía coriana como una gota de tinta en agua. Luego de haber oído sobre los acontecimientos que se sucedían en Saint-Domingue, las familias blancas huían hacia las Antillas holandesas en busca de refugio. El terror al negro se hizo presente una vez más ante la feroz demanda de supresión de alcabalas y fin de la esclavitud. No era posible resistir más a las inhumanas formas del sistema esclavista, no existía para Chirino y su grupo otra manera de reclamar libertad.

La rebelión fue atacada por las autoridades y en días suprimida salvajemente. Muertos a golpe de cuchillo, culetazos y decapitaciones, los integrantes de la revuelta no resistieron el embate de las fuerzas opresoras. Chirino fue capturado en agosto de 1795 y

trasladado a Caracas, condenado a muerte por la Real Audiencia el 10 de diciembre de 1796.

Esta rebelión es considerada por cierta corriente historiográfica, como la primera rebelión preindependentista sin embargo, es importante comprender el contexto en el que se desarrolla y sus actores. Si bien estuvo animada por ideales libertarios, no concentró los intereses y las ideas independentistas que la élite criolla caraqueña lograría cristalizar quince años más tarde, el 19 de abril de 1810 y el 5 de julio de 1811. Finalmente, Chirino fue decapitado en Caracas y sus extremidades expuestas en los caminos hacia Coro y Aragua como ejemplo del castigo a quienes se sublevaran.

Durante 1794 y 1795, en los valles de Barlovento, da inicio una extensa rebelión de esclavizados y esclavizadas. Junto a su compañera lideró el cumbe de Taguaza, ubicado en las montañas del mismo nombre, en la comunidad de Aragüita, actualmente ubicada en el municipio Acevedo, estado Miranda.

Pocas veces oímos el nombre de mujeres que participaron activamente en las rebeliones de esclavizados en Venezuela. Sin embargo, no eran pocas las luchadoras convencidas de su contribución en estas sublevaciones. Un ejemplo de ello lo tenemos en los

cumbes de Ocoyta, donde participó Manucha Algarín; y el cumbe de Taguaza, donde Josefina Sánchez apoyó a Miguel Jerónimo Guacamaya en la formación del cumbe.

Al respecto Jesús “Chucho” García, en su trabajo Afrovenezolanidad e inclusión en el proceso bolivariano venezolano, señala: “Más de ciento veinte mujeres africanas esclavizadas en Barlovento participaron a lo largo del siglo XVIII en las rebeliones, cumbes, conspiraciones en los valles de Barlovento, en Yaracuy y en Coro”.

Lo cierto es que tanto hombres como mujeres defendieron su derecho a la libertad. Lucharon y se resistieron durante todo el período esclavista. La resistencia fue tanto activa como pasiva. En el primer caso a través de las luchas armadas y la creación de cumbes y en el segundo caso, a través de la práctica clandestina de sus creencias y la negación a olvidar sus raíces y a perder su dignidad. En cualquier caso, la idea de libertad estuvo presente en estos individuos. Sin embargo, no sería sino hasta el siglo XIX, durante la presidencia de José Gregorio Monagas en 1854, que esta práctica inhumana conocida como esclavitud, dejaría de estar contemplada en la legalidad. Aún así el pueblo negro siguió sufriendo los embates de una sociedad que no logró entenderse con ellos como iguales y prosiguió

con una estructura social basada en discriminación y desigualdad. Actualmente la comunidad negra venezolana sufre otra fase de este mal excluyente, la carimba del racismo. Mal que se ha querido negar tras muchas excusas y mentiras, pero aquí quedan para la reflexión parte de las historias de un pueblo que desde su llegada a este continente se ha visto en la necesidad de luchar por su igualdad y libertad.

Algunos levantamientos poco reseñados en la historiografía tradicional

1583 - 1586 Cimarroneras de la Goajira- Maracaibo. Negros escapados de sus amos.

1630 Sublevación de negros perleros: Margarita y costas de Cumaná. Levantamiento por las fuertes condiciones de explotación perlera.

1628 Sedición de Nirgua. Solicitan reparto de tierras por haber reducido indígenas.

1653 Cimarrones de Caracas: Negros huidos secuestraban a negros del servicio doméstico para unirlos a las cimarroneras. Mataban gente y asaltaban los caminos.

1726 Incursiones en los hatos de Tocuyito. Robo de ganado.

1773 Sedición del negro liberto Julián Cayetano y su mujer Juana Inés-Chuao. Reclamo de reconocimiento de una arboledilla trabajada en la Obra Pía. Al no ver reconocido su pago, dirigen ataques a las haciendas.

1785 Rebeliones de negros e indios: Ataque constante a hatos y haciendas en Los Llanos.

1787 Rochelas de los Llanos: incluían blancos llamados de orilla. Atacaban las haciendas y grandes hatos.

1790 Cumbe de Caucagua: Ataque a las haciendas y zonas aledañas a ellas.

1795 Conspiración de cimarrones: Río Caribe, Carúpano, Cumaná y Cariaco. Enfrentamientos en contra de los esclavistas.

1799 Resistencia de los esclavos de Curiepe: Levantamiento de los esclavos de Don Francisco Javier Longa.

1799 Conspiración de Maracaibo: Liderada por Francisco Javier Pirela y otros mulatos haitianos. Proclaman la ley de los franceses con la cual obtendrían

la libertad y la igualdad, principios de la Revolución francesa.

● ENTRE LAS ESPESAS SELVA

Serpentea el tambor y una voz recia. La noche arropa a uno o más individuos que huyen de una hacienda en donde las marcas de los latigazos y la carimba han mellado su dignidad. Las ropas, quizá ya convertidas en harapos y alguna que otra herramienta de trabajo, serán las únicas pertenencias que acompañan al negro cimarrón en su aventura. El esclavizado ha huido de la mano despiadada del amo y del trabajo forzoso, se dispone montar un cumbe, su nuevo hogar.

GLOSARIO

◆ CARIMBA

Marca a hierro candente que se hacía a los esclavizados. En un momento sirvió de castigo, posteriormente sería usada para identificar a los esclavizados como propiedad de una hacienda.

◆ MAZA

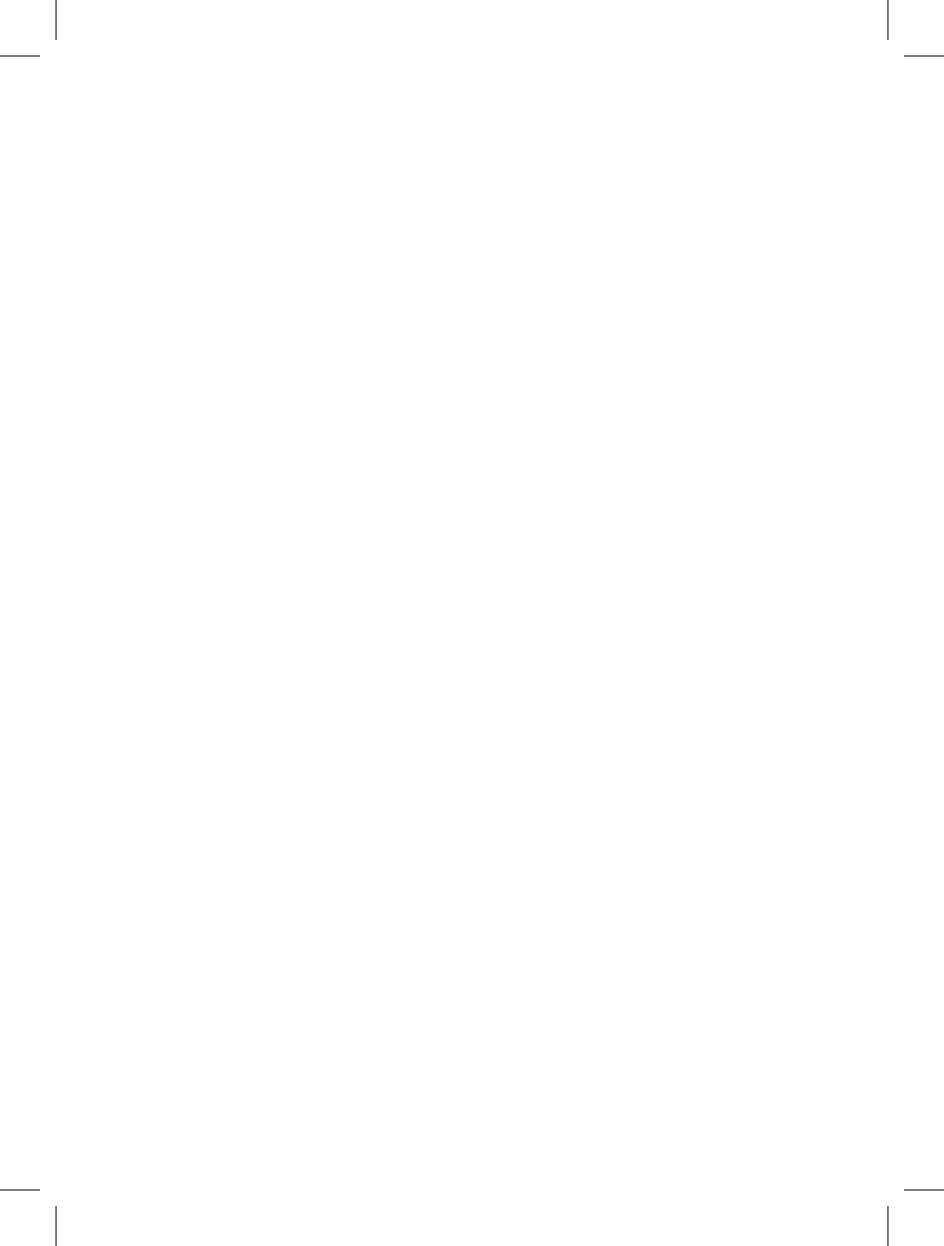
Pieza de madera maciza que se ataba con una cadena a la pierna del esclavizado como castigo, reduciendo su movilidad lo cual hacía más tortuoso el trabajo.

◆ TRABUCO

Arma de fuego usada durante el período colonial en Venezuela.

◆ SISTEMA DE ENCOMIENDAS

Método aplicado a los indígenas en donde se les obligaba a convivir con los españoles trabajando para ellos a cambio de manutención y cristianización.



NICOLÁS DE FEDERMAN. VALORACIONES DE UN CONQUISTADOR SOBRE LOS PUEBLOS INDÍGENAS

El enviado de los Welser al Nuevo Mundo

Dentro de la razzia conquistadora europea lanzada sin escrúpulos al actual territorio venezolano, la compañía alemana de los Welser juega un papel clave. El eclipse doradista del Nuevo Mundo sería el anzuelo para que esta casa banquera, con sede en Augsburgo, se metiera en aquella repartición del botín americano. La Corona española, entonces en manos de Carlos V, firmaría una capitulación el 27 de marzo de 1528 con sus primeros negociantes: Jerónimo Sailer y Enrique Ehinger. “Ansí mismo me hiciste relación –dice el rey en el documento fruto de sus conversaciones– que junto a la dicha tierra de Santa Marta y en la misma costa está otra tierra que es el Cabo de la Vela y el Golfo de Venezuela y el Golfo de San Román y otras tierras hasta el Cabo de Maracapaná (...) que vosotros os ofrecéis a pacificar y poblar (...) todo a vuestra costa y munición”.

Explotar, poblar y gobernar lo que entonces se conocía como Tierra Firme, serían las directrices principales de esta capitulación. Tres años más tarde –el 15 de agosto de 1531– y luego de que Sailer y Ehinger obtuvieran el contrato formal, entrarían los verdaderos magnates

de la compañía: Bartolomé Welser y Antonio Welser. Con la presencia alemana se abrirían, paralelamente, dos situaciones irrefutables: por un lado, se daba comienzo a una nueva empresa conquistadora; por el otro, y reactiva a aquella, el descontento y la antipatía de los expedicionarios españoles frente a la ambición y el luteranismo de los teutones. En medio de esta pugnacidad—elemento que caracterizará todo el período alemán (1529-1546) y sucediendo en el gobierno a su primer adalid, Ambrosio Alfinger—llegaría a Venezuela uno de los conquistadores teutones más famosos y sea por su afán aurífero y por sus sanguinarias prácticas: Nicolás de Federman (1505-1542).

Historia Indiana: una crónica mortecina

La oportunidad dorada para Federman llegaría en el año 1529, cuando la compañía Welser lo nombrara factor expedicionario y comercial en América, específicamente en Santo Domingo. Luego de un viaje azaroso, llegaría a Coro, actual Edo. Falcón, en marzo de 1530. Alfinger, Gobernador interino de la Provincia de Venezuela, lo nombraría Capitán General y Alcalde Mayor. De esta manera, los dos alemanes oriundos de la ciudad mercantil de Ulm, sellarían inicialmente los lazos de lealtad y sujetamiento del poder. Con ellos comenzaba la carrera codiciosa por el oro y la ruta irrefutable de la destrucción.

Estos dos elementos trágicos pendularán, de comienzo a fin, en la primera crónica de que se tenga noticia sobre la recién creada Provincia venezolana: la Historia Indiana. Escrita años después en su país natal por Federman, la Historia relatará las peripecias, excesos y demás actos de expoliación que éste fue dejando a su paso en siete meses de viaje (septiembre de 1530 – marzo de 1531) por los principales poblados indígenas ubicados entre Coro, Acarigua, Barquisimeto y los llanos de Apure: caquetios, xideharas, ayamanes, cayones, xaguas, cuybas, guayqueríes, ciparicotes y aticares.

En esta primera excursión –años más tarde partiría en otra llegando inclusive hasta la actual Colombia, donde lograría obtener un botín declarado de 3.500 pesos de oro, sospechándose que ocultaba 1.500. Fue por esta razón realmente que Alfínger lo mandaría al destierro momentáneo primero a Santo Domingo y después a Alemania. Y es que, claramente, la intención del viaje no solamente contemplaba encontrar el Mar del Sur para hallar, según su creencia, la ruta comercial con el oriente, sino también para obtener la mayor cantidad posible del preciado metal. Este mismo afán patológico abatirá a la pléyade teutona en estas tierras.

Rosarios de vidrio por joyas de oro

La técnica de avance de Federman cumplirá, en efecto, con ciertas pautas: encontrar alimentos, pillar el oro, obtener esclavos y encontrar la ruta del Mar del Sur. Para lograr todos estos propósitos era preciso hacer efectiva la comunicación con el nativo, con el indígena. Aquí con toda su carga eurocentrista, valorará este primer y crucial acto de reciprocidad. El intercambio de objetos será el guía inicial entre el europeo y el indígena. Los asadores de hierro, cuentas y rosarios de vidrio, cuchillos y tijeras, hachas y picos serán intercambiadas por las pepitas de oro: dependerá de estos intercambios preliminares la paz o la guerra.

“En todos estos pueblos o aldeas de esta provincia de Variquecimeto nos dieron muestras de buena amistad y nos hicieron regalos sin obligarles a ello, sino por su propia voluntad y por un valor de tres mil pesos de oro, que son alrededor de 5000 florines del Rhin”, apuntará. Federman aceptará someramente, y es importante resaltarlo, las virtudes humanas de los caquetíos, principales habitantes del actual Barquisimeto, pues le regalaban “voluntariamente por probar su generosidad y no por temor”. “Son gentes ricas que tratan, elaboran, y venden oro”, puntualiza. Pero, además, no dejará de describir la variedad de productos agrícolas de las naciones visitadas: maíz, yuca, batata, auyama,

especies; y además, la variedad de su caza: venados, dantas, pescado, entre otras especies animales. Bajo esta descripción, se muestra al indígena como un ser humano productivo, desinteresado, afectivo y cordial. Detrás de los trueques, el enviado de los Welser escondía su ambición atroz y su espíritu traicionero. Para que un intercambio fuese provechoso para él, era necesario que los nativos declarasen su fidelidad a la Corona y a su persona; si este paso no se cumplía, según estos preceptos, vendría la guerra y la muerte.

La traición: método de la violencia

Leer la Historia Indiana es, en pocas palabras, respirar el lenguaje de la guerra. “Asaltar”, “arrebatar”, “adueñarnos”, “destruir”, “vengarnos”, “incendiamos”, “arrestar”, “detener por la fuerza”, “hacerles mal”, “prisioneros”: he aquí una mínima muestra de la ristra bélica del conquistador alemán. La maquinaria del saqueo seráazonada, principalmente, por la supuesta “superioridad” del europeo respecto al indígena, además de la codicia y del odio, carga patológica que éstos proyectarán sin freno al llegar a estas tierras.

Veamos este fragmento: “Le hice herrar a una cadena con los demás (...) dispuse que los cercaran con los caballos y que los atacaran (...) Matamos por sorpresa a unos quinientos, pues como estábamos conversando

y tratando con ellos suavemente de la paz, no tenían ninguna sospecha de nosotros y no llegaron hacer uso de sus armas". Pero resulta interesante la manera en que Federman describe con franqueza sus actos delictivos, amparado en esta norma: "Me encontraba entre gentes cuya amistad sólo estaba segura mientras yo fuere fuerte y ellos débiles". Teniendo como insigna de ataque esta prerrogativa, no descansará en saquear todo a su paso: quemará, raptará, matará. "Aquellos indios obligaron a hacer todo esto a mis enviados, que no quisieron volver sin haber hecho nada", dirá en reiteradas ocasiones en su crónica.

La resistencia indígena

Los indígenas, sorprendidos por la perfidia del conquistador teutón, sacarían a relucir sus virtudes guerreras. Conocedores de su terreno, los nativos dominaban a plenitud las alturas y los farallones, de donde podían atacar con flechas envenenadas y sus gritos intimidantes hacían retroceder a los expedicionarios. Cuando el ataque era implacable, los hombres preferían inmolarse quemados luego de retirar tanto a mujeres y a niños hacia parajes seguros. Este es el caso de los cayones. "Sin embargo, la batalla y la derrota no sirvieron de escarmiento a los cayones. Estos quedaron acérrimos enemigos de los cristianos,

que, a vista la decidida resistencia, no se atrevieron a penetrar en su territorio”.

“Como pudimos apreciar no nos tenían miedo, pues, como he dicho, estaban conscientes de su fuerza”, refiere Federman sobre los caquetíos. “Creo que en estos 23 pueblos podrían reunirse fácilmente en medio día treinta mil indios guerreros que se dedican a la guerra y se ejercitan en ella (...) Tienen y poseen además poblaciones bien fortificadas, que no podrían ser tan fácilmente asaltados como las que habíamos conocido antes”. A su paso lo que se encontraría el alemán no será otra cosa que las manifestaciones humanas y culturales de las naciones indígenas: su carácter temerario y combatividad guerrera, sus técnicas de caza y sistemas de riego, sus lenguas y la riqueza de sus actos litúrgicos, además de todas sus manifestaciones artísticas.

Entre el crucifijo y el arcabuz

Frente a la embestida conquistadora, el indígena tenía dos opciones: decidir morir defendiendo sus territorios, o soportar las injurias y el trato inhumano del esclavismo. Para el europeo su “superioridad” estaba legitimada por el derecho divino; su fuerza, en fin, daba ventajas sobre aquellos, los cuales habían sido dotados “de escasa habilidad y valor”. Pero si esta parafernalia bélica fundamentaba la violencia, Federman practicaría, con

cierto desdén, los famosos bautizos cristianos. De esta manera, su mano sostenía de un lado el arcabuz asesino, y por el otro, el crucifijo de la fe: dos maneras invasivas, en todo caso, que el indio va a detestar y a resistir a toda costa.

“Hice bautizar a esta cacique o señor, junto con la gente que trajo, y hablarles de la fe cristiana lo que se puede suponer, pues, ¿para qué predicarles largamente y perder el tiempo con ellos? Esto tiene que hacerse lentamente, a medida que Dios, Nuestro Señor, les da su gracia, y con los jóvenes, que aún no conocen las seductoras y diabólicas ceremonias y sectas de sus padres, y no con viejos ya empedernidos”, escribirá. Tal vez este desdén proviniese del acento protestante de los teutones; protestantismo religioso que los españoles usarán en su contra en las cortes de la Real Audiencia de Indias, y motivo por el cual, tarde o temprano, los Welser dejarán irremediablemente el territorio venezolano pocos años después.

La desilusión final

Estando en las cercanías de Acarigua, actual Edo. Portuguesa, Federman y sus expedicionarios siguieron abriéndose camino hacia el sur. Sólo en esa ruta, según él, podría encontrar el Océano Pacífico. Las noticias que les llegaban prometían encontrar aquella región de

ensueño: “En esta provincia [se refiere a la nación de los Cuybas] oí hablar del otro mar, que llaman del Sur o Mediodía, que era precisamente el que pensábamos alcanzar (...) y que era la causa principal de nuestro viaje; pues allí era donde esperábamos encontrar más que en ningún otro lugar grandes riquezas de oro, perlas y piedras preciosas”. Sin embargo, tendrían que vérselas con los aguerridos guayqueríes, los cuales hicieron una ardua resistencia.

Luego de resistir numerosos ataques y de tener la mayoría de su tropa enferma, el obstinado alemán tendría que cambiar de planes. Con sus propios ojos veía, en efecto, un gran terreno anegadizo en el horizonte, producto de las constantes inundaciones; lo que él creía que era el Pacífico, era en realidad el Arauca. Atrapado y temeroso, sin municiones y sin pertrechos adecuados, decide la retirada hacia la costa falconiana. Sólo después de recibir un flechazo y de sufrir intensas calenturas que por poco le quitan la vida, Nicolás de Federman llegaría a salvo el 17 de marzo de 1530 a Coro. Así culminará su primera expedición en el occidente venezolano y su crónica mortecina.

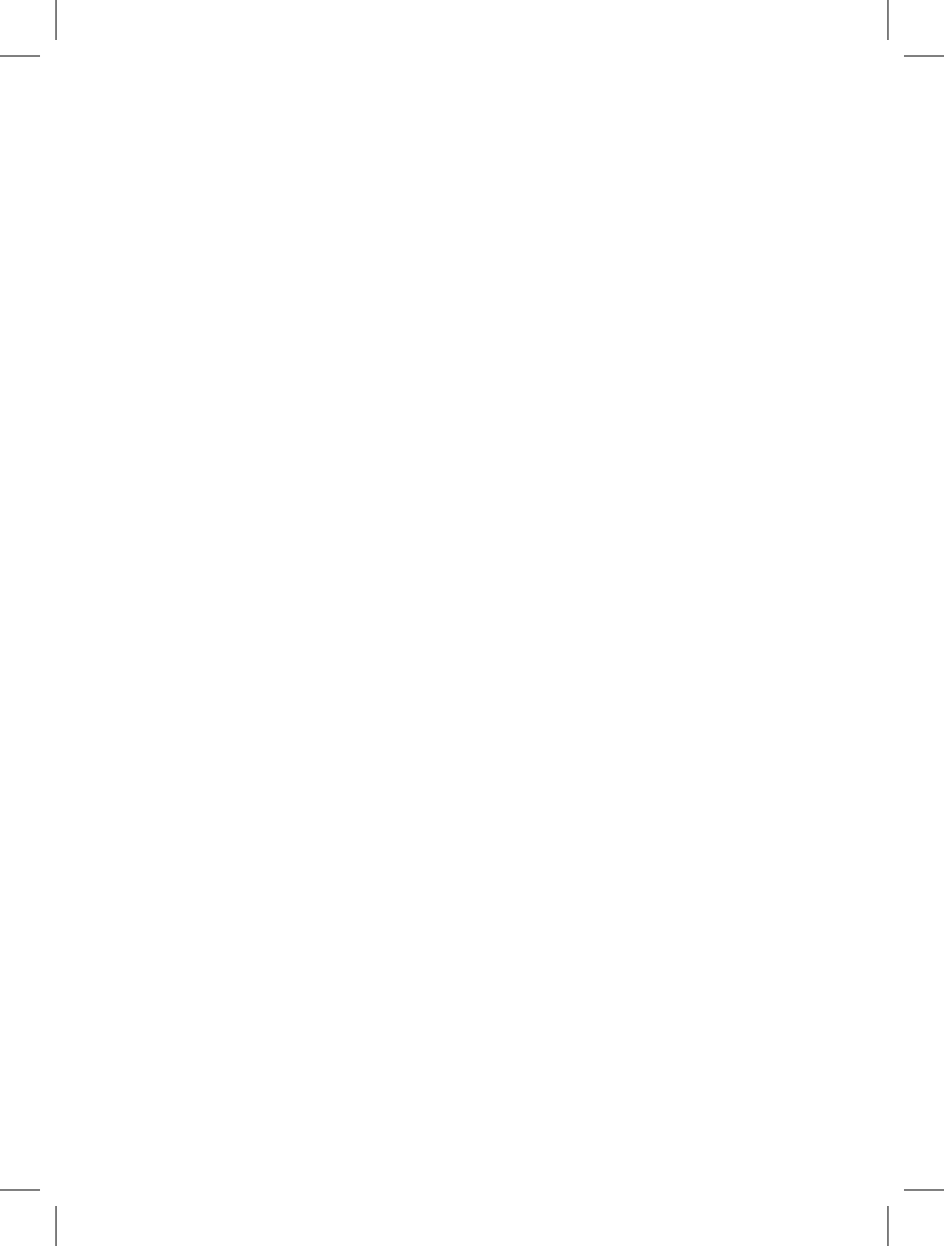
◆ EL CONTRATO DE UNA EMPRESA CONQUISTADORA

Entre las obligaciones que tenían los alemanes estaban las de fundar por su propia cuenta dos ciudades y construir tres fortalezas, así como llevar a cada una de las poblaciones 300 hombres. De la misma forma debían aportar 50 técnicos para explotar las minas de la región. Por su parte, la Corona le concedía a los alemanes el derecho de introducir yeguas y caballos en el territorio de la Provincia, los exoneraba del pago de impuestos por la sal y del almojarifazgo (impuesto pagado por la introducción de mercancía) y les daba licencia para esclavizar a los indígenas y para introducir esclavos negros que trabajarían como mineros, entre otros privilegios.

◆ EL MITO TRÁGICO DE EL DORADO

El mito de El Dorado surgió desde los comienzos del proceso de conquista del territorio americano por parte de los europeos. Planteaba la existencia de un reino indígena repleto de riquezas: desde ciudades a palacios dorados, desde lagunas y ríos donde manaba virginalmente el metal precioso. La leyenda tuvo su auge durante el siglo XVI y se multiplicó en las numerosas empresas conquistadoras venidas a América. Encontrar El Dorado conlleva a calamidades de toda índole: enfermedades, hambruna y a la muerte trágica.





DEL GENOCIDIO A LA EXPLOTACIÓN

Dominación y resistencia indígena en la Venezuela colonial

La brutalidad del colonialismo

A la llegada de los europeos a las costas de la actual Venezuela, este territorio se hallaba poblado por una gran diversidad étnica y cultural que trasciende los límites de lo imaginable para alguien que vive en el presente. Hacia la costa occidental estaban los pueblos de lengua arawak; hacia los Andes, la amplia diversidad de etnias de habla chibcha; en el Orinoco y Guayana, era patente el predominio de los Caribe, junto a otras etnias de una presencia más antigua, como los Warao y o los Pumé; hacia la Amazonía, los Caribe y Arawak compartían territorios con los Sáliva y los Yanomami. Cada una de estas denominaciones representaba a familias lingüísticas que, a lo interno, tenían una gran diversidad étnica. Así, por ejemplo, los Caribe podían ser Cumanagoto, Chaima, Yekwana o Kari'ña y lo mismo ocurría a lo interno de los Chibcha o de los Arawak.

La conquista de nuestro territorio fue una de las más tempranas del continente llamado América por los europeos. Desde la última década del siglo XV, ya en las costas orientales de Tierra Firme había presencia

de exploradores europeos en búsqueda de oro, perlas y esclavos. Ya hacia 1505, la isla de Cubagua fue el escenario de los primeros campamentos en búsqueda de perlas, que se podían obtener únicamente por medio de las habilidades de los indígenas Guaiquerí para sumergirse bajo el agua por tiempos prolongados. Estos indígenas fueron los primeros en ser testigos de la brutalidad del colonialismo.

Así, sobre la base del panorama violento configurado en las primeras décadas del siglo XVI, en el transcurso de las siguientes décadas comenzaron las expediciones de conquista y de exploración, en búsqueda del mítico El Dorado. Hacia el occidente del país, las primeras entradas de conquista sobre las poblaciones arawaks que lo habitaban, fueron llevadas a cabo por los Welser, banqueros alemanes cuya presencia en la región de Coro fue notablemente sangrienta. Hacia los Andes, la conquista fue impulsada desde la región de Nueva Granada. Hacia oriente y Guayana, la obsesión de los conquistadores estaba en explorar el río Orinoco, para buscar un camino a las tierras de las que hablaban los relatos sobre ciudades bañadas en oro.

Una llamada “guerra justa”

Además de la conquista territorial y la extracción de minerales, el interés de los conquistadores estaba

dirigido a la explotación de la mano de obra indígena por vía de la esclavitud. La obtención de esclavos estaba justificada por medio de la llamada “guerra justa”, según la cual todos aquellos habitantes que no se sometiesen a los conquistadores tenían que sufrir las consecuencias de una guerra punitiva para condenar a los sobrevivientes a trabajos forzados en minas y plantaciones hasta el momento de su muerte. Las capturas de esclavos también se hacían por medio de la promoción, por parte de los españoles, de guerras interétnicas, en las que los prisioneros acababan siendo cambiados por armas de fuego o artefactos de hierro que los indígenas no poseían. En muchos casos, los europeos terminaban por violar los acuerdos de alianzas y atacar indiscriminadamente a sus propios colaboradores.

Las reacciones y resultados por parte de las poblaciones indígenas fueron heterogéneas, pues los invasores optaron por promover las rivalidades entre pueblos diferentes para, de esa manera, poder fragmentar las resistencias y así lograr las supresiones políticas. Las alianzas entre poblaciones indígenas permitieron que las resistencias fuesen más efectivas que las agresiones colonialistas. En oriente y el Orinoco, las redes de alianzas para el comercio interétnico, lideradas por los Caribe, se convirtieron en grandes sistemas de alianzas para la guerra que tuvieron alcances geográficos que

trascendieron las capacidades de los españoles, pues articularon regiones tan distantes como la Amazonía y las Antillas Menores. En sus organizaciones internas, la verdadera autoridad de sus líderes llegaba hasta los límites de la comunidad, pero en momentos de guerras de gran envergadura, grandes grupos de comunidades se unificaban en redes de resistencia.

Los “encomenderos”

Aún así, en las regiones de la costa y de los Andes el impacto de la conquista fue mucho más fuerte y, después de casi un siglo de resistencia exitosa, los europeos lograron asentarse en centros poblacionales como Caracas, Maracaibo, Coro y Mérida. Entre finales del siglo XVI y transcurso del siglo XVII, se implantó el régimen de las Encomiendas como una forma de explotación de la mano de obra indígena, acompañada de los primeros proyectos de imposición del orden colonial. Las Encomiendas fueron una forma de esclavitud jurídicamente justificada, pero fracasada en términos de su capacidad de homogeneización cultural. Los “encomenderos”, líderes y partícipes de las expediciones de conquista, recibían como recompensa un conjunto de comunidades indígenas, con sus tierras, para hacerlos trabajar en plantaciones y minas. A cambio, los encomenderos estaban en la obligación de imponer la cultura cristiana a los indígenas,

coherentemente con los intereses de la Corona. Sin embargo, la prioridad de estos primeros latifundistas estaba centrada en la explotación de la mano de obra de forma ilimitada y no en la imposición de la aculturación, lo que permitió a los indígenas la reproducción histórica de sus costumbres, creencias y, por lo tanto, de sus construcciones de identidades para la resistencia.

La dominación cultural

A pesar de la fuerza empleada en las pocas regiones donde los españoles pudieron emplazarse a lo largo del siglo XVI, para los planes de colonización fue cada vez más evidente que los liderazgos indígenas estaban basados en el poder ejercido por los shamanes, como sabios y líderes espirituales, que también fungían como ejes de cohesión identitaria y, por lo tanto, de impulso para las alianzas bélicas. Fue así como, para la dominación política de las poblaciones indígenas, también fue fundamental la dominación cultural. De esta manera, hacia mediados del siglo XVII comienzan las incursiones de los misioneros, acompañadas de amplios contingentes armados de milicias de españoles y de criollos, a los territorios parcialmente conquistados —como los Andes— y hacia las grandes regiones que no habían podido ser sometidas, como los Llanos, oriente y Guayana.

Los misioneros usaban las negociaciones combinadas con amenazas de represión a comunidades específicas a las que obligaban a trasladarse a los sitios escogidos para establecer las misiones, que en la práctica terminaban siendo campos de concentración, supresión cultural y explotación de la mano de obra. En principio el trabajo indígena era aprovechado por los misioneros para hacer sus plantaciones, hatos, construcciones y, al cabo de una o dos generaciones, usar a sus habitantes como tropas para continuar con nuevas conquistas. Según lo establecido por la legislación colonial, después de veinte años las misiones tenían que convertirse en “Pueblos de Doctrina”, los cuales debían pasar a ser regidos por los llamados “corregidores”, que continuaban el trabajo de imposición cultural comenzado por los misioneros, pero con mayor potestad para la represión violenta y obligar a los indígenas a trabajar en las haciendas y hatos que progresivamente se iban estableciendo alrededor de las misiones. De este modo, las tierras que históricamente pertenecieron a los indígenas eran tomadas por los españoles que formaron el germen de los latifundios, para quienes, además, los indígenas se veían en la obligación de trabajar.

Un gran eje de resistencia

Hacia finales del siglo XVIII, esta nueva forma de conquista cultural y territorial había permitido a los

españoles establecer enclaves en regiones como los Llanos del Orinoco y Guayana. Sin embargo, esto no garantizó la dominación definitiva de las poblaciones que habitaban esas regiones. Los Kariña en oriente mantenían relaciones estrechas con las poblaciones caribes del sur del Orinoco, como los Yekwana, quienes frustraron los intentos por colonizar la Amazonía. Lo que al principio parecía una guerra de guerrillas, en unas décadas se convirtió en un gran eje de resistencia, que impidió la conquista armada de toda la cuenca del Orinoco. En una primera vista, las pequeñas comunidades cooperaron entre sí para programar fugas, comercio y hacer ataques puntuales a los enclaves de los españoles. Pero aunque las comunidades eran pequeñas, en momentos de grandes ataques, los grupos reducidos de veinte o treinta personas, se convertían en armadas de cientos de indígenas provistos de manacas, arcos, flechas, lanzas, hachas y mosquetes, que navegaban en curiaras, en las que había hasta cuarenta personas y que podían cubrir distancias como la que hay desde el Alto Orinoco hasta Puerto Rico y el río Esequibo.

Igualmente ocurrió con los Achagua, en los Llanos Occidentales, que mantuvieron contactos con otras poblaciones arawaks del Alto Orinoco. De este modo, las regiones fronterizas del orden colonial fueron el centro de

una superposición entre el orden político impuesto por los invasores y las grandes áreas geopolíticas que no fueron conquistadas. Desde estas últimas se crearon referentes de cohesión subalterna y de construcción de identidades que permitieron la continuación histórica de las poblaciones indígenas que vivían estos mundos contradictorios.

La economía cimarrona. Una alternativa de la resistencia colonial

El sistema económico, durante todo el período colonial, estuvo casi por completo fundamentado en la mano de obra representada por el sector de africanos esclavizados. En tal sentido, las plantaciones jugaron un papel fundamental dentro de las actividades económicas de la Provincia de Venezuela. No obstante, el descontento generalizado de este sector tendió constantemente a tomar la vía de la radicalización.

Es así como el cimarronaje se convirtió en la demostración más palpable de la resistencia ante las condiciones de vida deplorables impuestas por la condición de esclavizados. Las consecuencias que trajeron estas prácticas afectaron no sólo las arcas de los dueños de esclavos, sino también la propia distribución y ubicación de la población en el territorio venezolano.

Cimarroneras, cumbes, quilombos o palenques son tan sólo algunas de las denominaciones dadas a las comunidades de esclavos, escapados de las haciendas y casas de sus patrones, quienes se internaban en las zonas montañosas y selváticas. Estos lugares, debido a sus características geográficas, se convirtieron por lo general en el refugio perfecto para los fugitivos, aunque también albergaban a comunidades aborígenes, a blancos pobres y a cualquier hombre o mujer que viviera al margen de los principales centros poblados.

Las comunidades cimarronas se constituyeron como poblados independientes, con dinámicas propias de desenvolvimiento. Muchas de ellas sustentaron su funcionamiento en la estrecha relación y cercanía con respecto a las grandes unidades productoras agrícolas. De las haciendas y propiedades sustraían productos alimenticios, principalmente el cacao, que luego eran usados para el comercio ilegal.

La vinculación de estas poblaciones rebeldes con el contrabando fue de gran relevancia, dada su relación de interdependencia con los comerciantes holandeses. Éstos siempre estuvieron merodeando las costas venezolanas a la espera de poder adquirir por intermedio de los cimarrones lo que por los canales regulares no podían conseguir. La ubicación geográfica de los centros

cimarrones contribuyó en gran medida a estrechar esta relación, ya que su cercanía del mar facilitaba el acceso directo a las embarcaciones de los contrabandistas.

Hacia el siglo XVIII, el aumento del flujo comercial y monetario que generaron estas poblaciones trajo como consecuencia un incremento significativo en el número de asentamientos a lo largo de todo el territorio venezolano. Las cifras exactas de la cantidad de ingresos y egresos por concepto del comercio ilegal realmente son difíciles de estimar, ya que las autoridades coloniales nunca pudieron controlar el intercambio directo entre pobladores y contrabandistas. El preciado cacao se convirtió en el principal producto por comerciar y muchas haciendas se vieron empobrecidas gracias al constante robo de sus cosechas. Además, numerosos esclavos internos sirvieron de puente con los cimarrones para facilitar su hurto de los productos. La economía cimarrona en estas comunidades se convirtió en un sistema paralelo que complicó el registro formal de los flujos comerciales llevado a cabo por las instituciones encargadas de ello. Sin embargo, contribuyó notablemente en el desarrollo de estas regiones, muchas de las cuales lograron perdurar en el tiempo hasta ser hoy en día poblados que concentran en sus características las herencias africanas no sólo económicas, sino también culturales,

de sus antepasados. Los cumbes se tradujeron así en la expresión vívida de los anhelos de libertad de aquel sector ampliamente excluido de la sociedad colonial.

Esclavitud y resistencia africana. La esclavización y la producción esclavista hasta 1810

Esclavitud

La esclavitud en Venezuela comenzó desde el mismo momento de la llegada de los españoles a estas tierras. Durante los primeros años, los indígenas fueron sometidos a trabajo forzado y esto trajo como consecuencia que la población aborigen mermara considerablemente. Por tanto, para remediar la disminución de esta mano de obra, las autoridades coloniales se vieron en la necesidad de permitir el arribo de africanos a las colonias en América. Esta llegada se dio por intermedio de comerciantes no sólo españoles, sino también procedentes de otras potencias europeas como Portugal, Holanda, Francia e Inglaterra, los cuales se trasladaron hacia zonas del continente africano en busca de hombres y mujeres que vendrían a estas tierras en calidad de esclavizados. Una vez hechos prisioneros, eran llevados a las costas, para luego embarcarlos en los barcos negreros que los traerían a este continente. Desde el mismo momento de su captura, las condiciones a las cuales los esclavizados africanos eran sometidos

fueron realmente denigrantes. La insalubridad reinante dentro de estos barcos ocasionó que un porcentaje considerable de los prisioneros muriera en el traslado hacia América. Pocos fueron los individuos que lograron sobrevivir a tan calamitosa situación. No obstante, la trata negrera se convirtió en un enorme negocio que les reportó grandes ganancias a Europa.

En el caso venezolano, los primeros africanos llegados en calidad de esclavizados datan de las primeras décadas del siglo XVI, con el asiento otorgado a los alemanes apellidados Welser. Dos siglos más tarde, la Compañía Guipuzcoana también tuvo un papel importante en la introducción de africanos como mano de obra. La diferencia de precios por cada “pieza” se basaba en características como el sexo o la edad, siendo las mujeres en edad fértil bastante costosas. Aquellos en edad productiva se cotizaban caros igualmente.

Resistencia

Las dinámicas de funcionamiento que tuvieron las sociedades coloniales durante los años de dominación europea, insertaron a los esclavos en una posición de considerable desventaja en relación con el resto de los individuos que conformaron dichas sociedades. En tal sentido, el trato vejatorio y despectivo del cual fueron víctimas ocasionó que poco a poco este

sector comenzara a reaccionar, rebelándose ante el sometimiento y maltrato.

La resistencia africana al sistema esclavista se evidenció en diversos ámbitos. Por un lado, encontramos una de carácter pacífico que se puede apreciar en las peticiones de libertad que algunos esclavos realizaron a lo largo de todo el período colonial, así como también durante el período de Independencia, ante los tribunales competentes, con el fin de abandonar la condición de esclavizados a la cual habían sido sometidos. La legislación colonial ofreció a este sector, en ciertos casos, la posibilidad de ser libres, buscando evitar que tomaran caminos alternos para conseguir su objetivo. No obstante, la mayoría de estos esclavizados tomaron la decisión de irse por los caminos de la radicalización para salir del yugo en el cual vivían. En tal sentido, el cimarronaje fue la forma más común para liberarse. En ocasiones, estas prácticas representaron grandes focos de desestabilización para los propietarios, ya que los hacían víctimas del hurto no sólo de cacao, sino de otros esclavos e incluso mujeres. Otro tipo de resistencia fue la de tipo cultural, de gran importancia en la preservación de los usos, modos y costumbres de estos grupos, ante las pretensiones de aniquilación cultural y religiosa de las que eran víctimas por parte de la Iglesia.

A lo largo de todo el período colonial fueron constantes los alzamientos de esclavos. Algunos exitosos, otros derrotados, estos movimientos pusieron de manifiesto una sociedad en constante conflicto donde las tensiones entre los grupos sociales que la conformaban iban cada día en crecimiento. El estallido de la Independencia expresaría una materialización de estos conflictos sociales.

Herencia africana. Una cultura resistente

Los venezolanos conservan y practican una cultura ecléctica, la cual está cargada de rasgos productos del mestizaje resultante del proceso de colonización. No es pequeña la parte africana en esta síntesis de siglos.

Es natural encontrar en la mesa nacional sofritos de espíritu africano, condimentos característicos, el uso del ñame, la patilla, el ajonjolí, la sábila o aloe, el quinchoncho, el quimbombó, entre muchos otros elementos. En el habla es frecuente la omisión de la letra s al final de las palabras, la omisión de los acentos, la sonoridad de palabras como cafunga, bamba, chango, pinga, birongo, malembe, cachimbo, nbambá, cumbe, entre otras. También la cosmovisión del venezolano presenta rasgos heredados de la cultura africana, tales como la íntima relación de la magia, la hechicería, la medicina y la religión popular, que no pueden verse sino como un todo integral. Según esta concepción,

existe un ser supremo creador, que castiga en el aquí y el ahora, y con el que los hombres se comunican a través de los espíritus, las fuerzas sobrenaturales y los ancestros, que sirven de mediadores.

La figura del curandero o curandera, quien ataca males físicos y psíquicos, se sirve de la farmacopea indígena, de hierbas y remedios caseros para curar enfermedades, hace exorcismos y ritos de limpieza para curar. También el brujo o la bruja usa los secretos de la naturaleza y los espíritus para hacer mal. Ya desde la época colonial los amos se servían de estos servicios brindados por sus esclavos domésticos, sobre todo por las hayas o nodrizas, quienes transmitían sus secretos a los hijos de los blancos a través de sus leyendas.

La existencia de santos católicos negros, como San Benito de Palermo, San Antonio, San Juan, San Juan Guaricongo, San Pedro, son producto de las creencias africanas que se celebraban a escondidas en fechas religiosas españolas. Los esclavos no dejaron de adorar a sus deidades. En pueblos que han sido históricamente habitados por negros, se han conformado cofradías desde la Colonia, las cuales se encargan de preservar las tradiciones y transmitir el conocimiento de generación en generación.

La celebración de las fiestas de los santos, los Diablos Danzantes, la Locaina, son manifestaciones culturales que aún se mantienen. También el culto a María Lionza que, aunque proviene del chamanismo indígena, se nutre de rituales africanos como la posesión, el trance, el mediumnismo, bailes de tambor y sacrificios de animales. Igualmente el ejercicio de la santería yoruba nigeriana es una práctica cotidiana.

Los tambores, con su rítmica insistencia, marcan un legado imborrable de la cultura africana: desde antiguo acompañaron los cantos de rebelión e insurrección contra los amos. Hoy, en los festejos y bailes populares, repiten un llamado lejano que estremece y convoca la sangre.

● INDIOS TRIBUTARIOS

“Este pueblo es de indios tributarios, que desde diez y ocho años cumplidos hasta los sesenta, los solteros y los viudos pagan anualmente tres pesos cada indio, y los casados pagan cinco pesos. De estos cinco pesos percibe cuatro reales el Corregidor, un real el Protector de indios, y otro real para la Caja de Comunidad, que este Corregidor, don Ildefonso Escalona, me ha dicho lo entregará a este Cura Doctrinero para las cosas necesarias de esta Iglesia, y los restantes cuatro pesos y dos reales son para el Rey. Estos indios hacen muchos años un conuco o sementera de comunidad, para gastos que se ofrezcan en la Iglesia.”

Mariano Martí. Documentos relativos a su visita pastoral de la Diócesis de Caracas. 1771-1784. Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1989, 7 vols.





LA ARQUITECTURA DE UN PARDO EN LA CARACAS COLONIAL

El constructor del templo de la Santísima Trinidad —actual Panteón Nacional—, además del conjunto residencial popular ubicado en los márgenes del Catuche, se presenta ante nosotros como un hombre sencillo y culto, honrado y religioso, bondadoso y futurista: Juan Domingo del Sacramento Infante (1700-1780). Su obra es ejemplar por la voluntad que le imprimió a lo largo de sus ochenta años, insurgiendo valerosamente ante la estratificación racial del sistema colonial. Infante, pues, representa un valor fundamental de los pardos de aquel entonces.

Cuando el 28 de octubre de 1876 el cortejo oficial trasladaba los restos de Simón Bolívar a lo que hoy es el Panteón Nacional, el esplendor patriótico de todo un pueblo brindaba tributo honorífico a su Libertador. Aquel día comenzaba, de alguna forma, el culto al procerato y a sus más distinguidas figuras. Pero un hecho interesante resalta, aparte del peso simbólico e identitario que se sustrae del lugar inaugurado por el presidente Antonio Guzmán Blanco por decreto en 1874: el recinto original en donde la plantilla de personajes ilustres habían de reposar para la devoción del país. ¿Quién fue el responsable de construir cien años antes

y con sus propias manos, aquel recinto eclesiástico que abría las puertas al culto patriótico venezolano?

En los márgenes del Catuche

En algún día de 1700 nacería el protagonista de este reportaje: Juan Domingo del Sacramento Infante. Para entonces Caracas era un conjunto de calles y casas contiguas que no excedía los 20 mil habitantes. Al norte, desde la calle central que partía desde la Catedral se asomaban apenas las barrancas del Catuche, quebrada de agua dulce conocida desde tiempos remotos por brindar a sus moradores la generosa fruta de la guanábana. Resaltaba, en este emplazamiento norteño de la ciudad, la casona de don Fernando Rodríguez, primer marqués del Toro, y el Convento de La Merced. Doña María Leocadia de Ponte, mujer humilde y trabajadora, construiría con su joven hijo una vivienda al margen izquierdo de la quebrada, muy cerca del pie del cerro Ávila. La rectitud hogareña haría del mozo Juan Domingo un autodidacta. Aprendería a leer, escribir e incluso contar, por sí mismo. En el trabajo se inicia como mandadero y en los oficios de albañilería y carpintería. Rápidamente este pardo libre llegaría a despuntar como uno de los maestros albañiles más importantes de la ciudad.

Levantar una iglesia: otra forma de rezar

La educación cristiana abrevada en los primeros años influiría en la constitución espiritual de Infante. La fe en Dios hizo de él un fervoroso creyente y su vocación de servicio, con el paso de los años, se templaría agudamente. No se dejaría amilantar, inclusive, por la imposibilidad de hacerse sacerdote por su condición social. En el fondo de su espíritu tendría que encontrar otra forma de entregarse a Dios y al dogma trinitario; es decir, debía hallar otra forma de rezar. En la construcción estaría la salida a este afán existencial. Sabiendo que la Caracas de entonces no contaba con una iglesia dedicada exclusivamente a la Santísima Trinidad — aunque existía una capilla pequeña en la Catedral, propiedad de la familia Bolívar—, Juan Domingo se decide a comenzar, en 1740, la elaboración de un templo en los terrenos vecinos de Catuche, contando con todos sus ahorros obtenidos en duros años de trabajo como alarife. Tenía 40 años.

Entre trámites y limosnas

En 1740, Infante visita al prelado caraqueño y le presenta su proyecto al obispo Juan García Abadiano. Contento por aquella disposición, el obispo eleva el caso a las autoridades reales. Después de numerosas negociaciones con Gabriel José Zuloaga, gobernador de la Provincia de Caracas, y luego de obtener

recomendaciones calurosas, el alarife conseguiría el visto bueno de todas las autoridades civiles y religiosas; cuatro años más tarde, el 23 de julio de 1744, en efecto, le otorgan la licencia final para la construcción de un templo dedicado a la Santísima Trinidad.

El 15 de agosto de 1744, en compañía de un puñado de colaboradores, empieza la obra que lo tendría treinta y seis años en vilo hasta su muerte. Hay un punto interesante en estos primeros comienzos: Infante conseguiría ayuda de los “Grandes Cacaos” pertenecientes al mantuanaje caraqueño para la ampliación de la iglesia en los solares contiguos. El marqués del Toro concedería “ocho medios solares” de terreno y la exoneración de los tributos que pagaba como dueño de aquellos espacios: “Ésta será la limosna del Ayuntamiento”, dirá. El pardo constructor contará, en este sentido, con el favor no sólo de las figuras políticas y religiosas, sino de todo el conglomerado social de su época para este proyecto.

El urbanizador popular: La Trinidad

La bondad del maestro albañil no se quedaba en los predios meramente eclesiásticos. Aquella buscaba siempre promover la felicidad en los sectores más humildes de la Caracas colonial. Ayudar al prójimo será la otra faceta de su labor que no por constructora

dejaba de ser visionaria. Desde el mismo momento en que comenzó a construir el templo, Infante abrigaba la idea de urbanizar los terrenos realengos del norte de Catuche con familias de pocos recursos. Desde 1745 su esfuerzo caritativo empezó a desarrollar —con el favor de las autoridades municipales— un barrio popular con viviendas humildes que tendría el nombre de “La Trinidad”, la tríada divina que tanto adoraba. También echaría las bases para construir un puente que facilitara el paso a los vecinos por la quebrada del Guanábano hacia el templo. Esta iniciativa fue acogida por el gobernador y capitán general José Solano y Bote y, años más tarde, en 1770, por mandado oficial se erigió el primer plano del puente de La Trinidad, a cargo del ingeniero Manuel de Clemente y Francia. El puente será concluido en 1776.

El primer prócer del Panteón

A la edad de 80 años, Juan Domingo del Sacramento Infante fallece en 1780, entre la gloria y la admiración del pueblo que ayudó con sus propias manos. Poco antes de morir dictó su testamento; allí declaró la entrega del templo de la Santísima Trinidad, con todos sus ornamentos, al obispo de turno y le solicitaba que adjudicase una limosna a su madre, “de centenaria edad”, hasta el fin de sus días, pues él había gastado todos sus bienes en edificar la iglesia. Sus restos fueron

amortajados y depositados en la bóveda central del templo, sin siquiera pensar que cien años más tarde, los restos del Libertador Simón Bolívar lo acompañarían en aquel sitio inmortal, consagrados ambos por el sacramento de la Santísima Trinidad.

● EL VISTO BUENO DE UN VISITANTE ILUSTRE

Veamos lo que señala el obispo Mariano Martí, el 2 de agosto de 1772, en el marco de su visita a Caracas, sobre el templo de la Santísima Trinidad: “Toda de calicanto y mampostería, cubierta de bóveda, con cuatro órdenes de columnas y arcos que forman tres naves y dos pasadizos de igual longitud por delante de los altares; los cuales deben ser quince según los huecos formados en las paredes. En el frontispicio tres puertas hacia el mediodía, con buena fachada y dos torres campanarios a los lados, todavía sin concluir. Tras la capilla mayor la sacristía, con varias piezas altas y bajas de igual material que la Iglesia y cubierta de bóvedas, a excepción de un corredor, contiguo a la sacristía, de tabla y teja”. Era, en rigor, la comprobación de las virtudes laboriosas y religiosas del pardo arquitecto.





LOS MONSTRUOS AMERICANOS. UNA VISIÓN DEL INVASOR

Desde sus inicios, el proceso de invasión a América implicó ver el Nuevo Mundo sólo a través de la mentalidad europea. En palabras de Ángel Rosenblat: “el conquistador es siempre, en mayor o menor medida, un alucinado que combina las experiencias y afanes cotidianos con los recuerdos y fantasías del pasado”. A partir de esta mirada se explicarían todo tipo de conductas en los diferentes ámbitos de la vida de los indígenas e incluso podría pensarse que ésta sigue repercutiendo, siglos después, en la manera en cómo nos vemos a nosotros mismos.

Con la llegada de los conquistadores a América, en el siglo XV, resurgieron imágenes fantásticas en la mente de los europeos, producto de la visión de las sociedades de la época, donde los pueblos, llamados por ellos “no civilizados”, estarían plagados de salvajes, bárbaros, poseídos por demonios, caníbales, portentos, ostentos, prodigios y monstruos. Todas estas visiones formaban parte del imaginario medieval, el cual estaba influenciado por las tradiciones orales y representaciones visuales, plasmadas mayormente en la literatura, la cartografía, los monumentos religiosos y la pintura de ese período.

Los monstruos se multiplicaron a partir de la conquista de América, pero éstos estaban basados en experiencias de comerciantes, embajadores y viajeros que habían descrito las maravillas de otros continentes y no las del Nuevo Mundo. Entre las descripciones que tendrían mayor alcance, para entonces, encontramos las de Marco Polo y Juan de Mandeville. La manera en cómo se miró a los amerindios no sólo fue el resultado de una imaginación europea basada en mitos más antiguos aún, con raíces en Asia, África, Oriente, Oceanía y la misma Europa — principalmente en la Grecia antigua—, sino también de la mala interpretación que le dieron los conquistadores a los relatos de los indígenas americanos y que poco tenía que ver con la realidad de este continente: aquí vieron lo que, de antemano, querían ver.

En Europa la obsesión por lo monstruoso, en general, buscaría todo tipo de explicaciones para conciliar “el sueño con la razón”. Personalidades con importantes oficios ofrecerían argumentos descabellados desde el punto de vista moderno. Es el caso, en el siglo XVI, del célebre cirujano Ambroise Paré, quien escribiría en su libro “Los monstruos y prodigios” que las anomalías antropomórficas se gestarían en el vientre materno y se debían, en algunas ocasiones, a la gloria de Dios, al exceso, falta, mezcla o descomposición del semen,

a la imaginación y, en algunos casos, a la injerencia del diablo.

Los nuevos monstruos

Mientras tanto, en el Nuevo Mundo, los europeos creían haber hallado el mítico paraíso terrenal, además de no cesar en su búsqueda de El Dorado. Sobre todo al principio, siglos XV y XVI, no se hará un verdadero intento por conocer lo que se veía. Los conquistadores no sabían cómo definir la nueva geografía y a sus habitantes. Por lo tanto, muchas veces construyeron mitos a partir de otros referentes imaginarios y no desde unos reales. El resultado no pudo haber sido otro que el de uno con rasgos dantescos. Así es que podemos afirmar que al indígena americano no se le conoció, se le inventó.

Por ejemplo, entre los llamados “monstruos morales” de Tierra Firme encontramos a los sodomitas, a los asesinos rituales y a los caníbales —que en realidad realizaban canibalismo ritual con fines sagrados y no, como se creyó, para satisfacer el hambre—. Estos últimos son descritos por Cristóbal Colón en una carta a los reyes católicos donde los considera esclavizables, a causa de sus inmorales hábitos alimenticios, por ir en contra de las costumbres cristianas como único patrón aceptable, obteniendo así el consentimiento de la Iglesia. Y aunque, en 1495, Colón envió algunos indígenas a

España para que fuesen vendidos como esclavos, la reina Isabel respondió mandándolos de vuelta a América por no saber si era correcto tratar a estos hombres de esa manera. Sin embargo, y con el consentimiento de ésta, el mercado de esclavos negros crecía cada vez más.

Estos monstruos, producto de la imaginación de los europeos, más que un problema estético, implicaron la estigmatización del indígena americano como ser inferior, originando una pérdida parcial de su humanidad; justificándose así el genocidio y el saqueo del Nuevo Mundo.

Otro ejemplo de la deshumanización o monstrificación de los amerindios de Tierra Firme podemos encontrarlos en representaciones artísticas europeas de la época. En Frankfurt estuvo ubicado el taller donde el grabador Teodoro de Bry trabajó, con estética barroca, un escrito de Sir Walter Raleigh sobre la Provincia de Cumaná. Dicho grabado con leyenda deja en claro que estas imágenes reflejaban, sin tapujo alguno, concepciones más hondas sobre los indígenas —a quienes se pretendía someter— cuando describe a una mujer “horrible y espantosa”, más parecida a un “monstruo” que a una “figura humana”.

Los monstruos, como muestra de la negación cultural en América encarnaron, sobre todo en los siglos XV,

XVI y XVII, un sinfín de formas: caníbales, Amazonas, monóculos, esciápodos, acéfalos, cinocéfalos, astomis, antípodas, orejones, gentes con cola, hombres con patas de avestruz, gigantes, pigmeos, mantícoras y sirenas.

Los gigantes

Tanto en Oriente como en Europa (mundo helénico) desde tiempos inmemoriales se escuchó hablar acerca de los pueblos de los gigantes (inclusive en la Biblia se describe el lugar donde éstos habitarían). A finales del siglo XV se tienen noticias, a través de Américo Vespucio, de los primeros gigantes en América, probablemente a tan sólo unos 50 kilómetros de la costa occidental de Venezuela. Todo indica que se trataba de la actual isla de Curazao.

Las mujeres son descritas como seres que excedían claramente el tamaño del hombre promedio; mientras que los hombres, aun arrodillados, eran más altos que el propio Vespucio en pie. Sus armas no dejaban de ser igual de grandes, y debido al miedo que los gigantes infringían a los conquistadores, éstos no dudaron en embarcar sus navíos y alejarse lo antes posible de aquel lugar.

Los cinocéfalos o cabezas de perro

En América, en las costas del noreste de Cuba, Cristóbal Colón escuchó relatos de los indígenas sobre hombres

de un solo ojo (cíclopes o monóculos) con hocicos de perro, que además asumían todas las características de los caníbales. El conquistador también describe que cuando la expedición se dirigía en dirección a Haití, los indígenas que iban a bordo entraron en pánico por el miedo que sentían hacia los hombres con un solo ojo y cara de perro que allí se encontrarían. En otros escritos de Tierra Firme, fray Pedro Simón describe un monstruo de más de cuatro metros de altura con hocico y dientes muy largos.

Los acéfalos

Para finales del siglo XVI, el viajero y cronista Sir Walter Raleigh escribe en su expedición por la Guayana sobre los acéfalos o descabezados, que habitarían en las cercanías del río Orinoco. Éste relata que son un pueblo monstruoso, causante de daños a sus vecinos y se les denomina Ewaipanomas. Además, los ojos de estas criaturas estarían ubicados a la altura de los hombros de donde cae una gran cola de pelo y la boca estaría incrustada en el centro del pecho.

Si bien Raleigh intenta convencer con sus descripciones de la existencia de los acéfalos, nunca menciona el encuentro directo con alguno de ellos y refiere que en su regreso a Cumaná un español de buena fe le aseguró haberlos visto varias veces.

Los orejones o panotti

El mito de los pueblos donde habitan hombres con grandes orejas se remonta a la antigüedad. Tanto en Asia, como en Europa y África, siempre se escuchó acerca de los orejones o panotti, como eran llamados en la India.

En América es el padre Antonio Daza quien dice haber visto, en su estadía en la Provincia de California, hombres con las orejas tan enormes que las arrastran al caminar y donde cabrían de cinco a seis hombres. También fueron vistos en las islas de la península de Yucatán. Nobles incas serían asimilados como orejones debido al alargamiento de sus orejas, donde colocaban discos ornamentales.

Pero el relato más fantástico acerca de estos seres es realizado por Antonio Pigaffeta durante su travesía, con Magallanes, por el Pacífico y algunas comarcas asiáticas, quien los describe como criaturas tímidas, de muy baja estatura que van desnudos y rapados. Estas orejas le permitían acostarse sobre una de ellas y cubrirse con la otra para poder dormir tranquilamente. En otras descripciones se lee que, además de ser muy rápidos, si se sentían amenazados sus enormes orejas les permitían volar.



LA PLAZA MAYOR COLONIAL ESPACIO URBANO DE PODER Y REPRESIÓN

A partir de 1492 el Imperio español invadió el territorio americano, estableciendo centros poblados que compartieron como un rasgo distintivo y común a la Plaza Mayor; un espacio vital en la dinámica de la sociedad colonial que fungió como el escenario de violentas demostraciones públicas de poder dirigidas a asegurar una fidelidad sustentada en el terror.

Durante el proceso de invasión y colonización que, a partir de 1492, se inició en el territorio hoy conocido como América, la estructuración de los primeros asentamientos poblacionales garantizó la consolidación de los intereses de la Corona española en el llamado Nuevo Mundo. En este sentido, las ciudades se constituyeron como los puntos de apoyo para el aprovisionamiento de los invasores europeos y la planificación de los avances expedicionarios en diversas zonas del territorio. Paulatinamente, la vida en los centros poblados giró en torno a un lugar común: la Plaza Mayor. Este espacio público se estableció como el núcleo de la urbe colonial americana. La situación estratégica fue aprovechada al máximo por los representantes reales, quienes, valiéndose de la

abundante concurrencia en la Plaza Mayor, desplegaron violentos actos públicos que intentaban evidenciar las relaciones de poder a favor de los dominadores.

El espacio

Los trazados urbanos de la América originaria se caracterizaron por reunir una diversidad significativa de componentes: plazas, graderías, escalinatas, monumentos, sitios ceremoniales y edificaciones, entre otros, propios de la dinámica de cada cultura. Esto fue lo que ocurrió, por ejemplo, con Teotihuacán, Tenochtitlán y Chichén Itzá en la región mesoamericana, además de Tiahuanaco, Cuzco y Machu Picchu en el área andina. Con la invasión iniciada en 1492, la Corona española configuró nuevas ciudades, que en su mayoría compartieron elementos comunes: sistemas de calles principales, manzanas y cuadras, instituciones políticoadministrativas, iglesias, puntos de comercio y viviendas de las principales familias; todos ellos trazados y construidos a partir de la Plaza Mayor.

Así fue estipulado en una ordenanza —recopilada en las Leyes de Indias— emitida en 1523 por el emperador español Carlos V, en la cual se señalaba: “...elijan el sitio sin perjuicio de los indios y naturales o con su libre consentimiento y cuando hagan la planta del lugar repártanlo por sus plazas, calles y solares a cordel y

regla, comenzando desde la plaza mayor y sacando desde ella las calles a las puertas y caminos principales". Si bien la Plaza Mayor representó, entre 1492 y 1570, el eje central de la expansión española en América, una vez que se consolidaron las ciudades como asentamientos permanentes, se convirtió en el centro de la dinámica de la sociedad colonial, siendo sus instalaciones utilizadas para festividades colectivas, ceremonias regias y eclesiásticas, actos políticos y desfiles militares.

De igual modo, fue un lugar que sirvió para el abastecimiento de la población a través de las fuentes de agua y el mercado. A principios del siglo XIX, el viajero francés Francisco Depons señaló al referirse a la Plaza Mayor de Caracas: "Esta plaza ocupa el espacio de una manzana o cuadra, es decir, un cuadrado de trescientos pies de lado [cerca de 90 metros]. Está bien pavimentada, y en ella se efectúa el mercado de todas las provisiones. Legumbres, frutas, carnes, salazones, pescado, aves, caza, pan, loros, perezosos, pájaros. Todo se vende allí".

Ahora bien, la Plaza Mayor no sólo fue un sitio destinado a prácticas relacionadas con el comercio, la recreación o la fe, sino que además constituyó el centro de poder de las autoridades coloniales y, en definitiva, la plataforma de una política represiva que tuvo su máxima expresión

en la aplicación de castigos corporales y ajusticiamientos públicos a quienes eran condenados según la ley.

El poder

El homicidio, la herejía y la rebelión contra el rey eran considerados delitos que transgredían el orden natural de las cosas y, por su gravedad, merecían la aplicación de la pena de muerte. Para la ejecución de esta condena la población era congregada en los alrededores de la Plaza Mayor para que presenciara el ajusticiamiento. Este evento, que suponía un vergonzoso espectáculo, estaba previamente organizado por los funcionarios reales, quienes se encargaban de propagar los respectivos anuncios públicos e instalar sobre el patíbulo (tablado fijo utilizado para la ejecución) los pertrechos de la horca. Seguidamente, una vez que todo estaba asegurado, el Maestro Ejecutor de la Real Justicia (título oficial del verdugo) se encargaba de cumplir la sentencia y luego decapitaba y descuartizaba el cadáver, colocando sobre el rollo o picota (columna de piedra) los restos del ajusticiado. Otra modalidad, de la cruenta exhibición, era la colocación de la cabeza del infortunado en una jaula de hierro que se disponía sobre una vara en la entrada principal de la ciudad, como clara señal de advertencia y un eficaz mecanismo de intimidación colectiva.

La represión

En Venezuela, según los registros documentales, muchas sentencias de pena de muerte fueron conmutadas por azotes públicos o trabajos forzados. Sin embargo, los movimientos independentistas que tuvieron lugar en nuestro país, entre finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX, fueron duramente reprimidos por funcionarios que no dudaron en llevar las condenas hasta las últimas consecuencias.

De esta manera, el 10 de diciembre de 1796, la Plaza Mayor de Caracas sirvió de escenario para la ejecución de José Leonardo Chirino, quien había liderado una insurrección popular en la serranía de Coro (actual estado Falcón) el año anterior. En ese mismo lugar, el 8 de mayo de 1799, los caraqueños presenciaron el ahorcamiento de José María España, quien había sido el organizador —en compañía de Manuel Gual— de una conspiración que desde La Guaira pretendió instaurar una República en Venezuela durante 1797. Igualmente, cabe mencionar a diez de los hombres que acompañaron a Francisco de Miranda durante la expedición libertaria de 1806, apresados en Ocumare de la Costa (actual estado Aragua) y ajusticiados en la Plaza Mayor de Puerto Cabello el 21 de julio de ese mismo año.

A partir de 1810, la Plaza Mayor llegó a significar algo más que un espacio para la represión colonial. El 19 de abril de ese año los caraqueños, reunidos en este emblemático punto de la ciudad (conocido actualmente como Plaza Bolívar), rechazaron a las máximas autoridades españolas, dando inicio a una revolución que se expandió a otras ciudades del país. Una vez alcanzada la Independencia en Venezuela, y en las demás naciones nustramericanas, aquella Plaza Mayor, que había simbolizado la supremacía monárquica, pasó a convertirse en un emblema de los valores republicanos y un merecido homenaje a quienes lideraron nuestra emancipación del Imperio español.

▲ QUE ARDA EL RETRATO DEL TRAIOR MIRANDA

El 4 de agosto de 1806, en la Plaza Mayor de Caracas, se procederá a incinerar algunas de las enseñas capturadas en las goletas comandadas por Francisco de Miranda, después de su intento fallido de arribar a Ocumare. Al terminar el acto, se leerá el siguiente Bando: “Por el rey de quien dimana la justicia ejecutada en los compañeros de la traición de Francisco Miranda contra su Real Corona y la seguridad de estos Dominios, se manda que ardan en estas llamas, con el retrato del traidor, su bandera, su proclama y una de sus patentes militares apreadas entre otras cosas con cincuenta y ocho cómplices de su rebelión, para que, reducidos a ceniza, no quede memoria de unas insignias y papeles sediciosos, calumniosos y ofensivos a la lealtad española y derecho de las Naciones.” Héctor García Chuecos. “Terribles represiones del gobierno español contra los expedicionarios de 1806”

Boletín de la Academia Nacional de la Historia. Caracas, nº 130, abril-mayo de 1950.

◆ DE LA PLAZA MAYOR A LA BOLÍVAR

La Plaza Mayor de Caracas nace con la fundación de la ciudad el 25 de julio de 1567. El primer nombre con el que se le conoce es el de Plaza Pública. A través del tiempo fue llamada Plaza Principal Central, de Armas, de la Reunión, de la Catedral y del Mercado. A partir del 7 de noviembre de 1876, con el fin de rendir homenaje al Libertador, recibió el nombre de Plaza Bolívar, como es conocida en la actualidad.



EL GRITO DE LOS COMUNEROS LA REBELIÓN ANDINA DE 1781

En 1781 estallarían en la región andina venezolana—actualmente estados Mérida y Táchira—el movimiento comunero en contra de la implementación de nuevos tributos y estancos por parte de las instituciones españolas. Revuelta regional interesante donde se evidencia, crucialmente, el malestar social existente en Venezuela a finales del siglo XVIII.

Uno de los episodios más determinantes del siglo XVIII, tanto para la metrópoli como para América, fue el cambio dinástico de la corona española. Carlos III, rey de España, proveniente de la Casa de los Borbón, aplicaría una serie de reformas en las colonias americanas con el fin de obtener mayores beneficios económicos y políticos, no solo para tener el control político de las mismas, sino también para frenar el gran azote de las alforjas: el contrabando. Frente a estas medidas, las clases oprimidas fueron revelándose muy pronto desde Lima hasta Quito, desde Trujillo a El Socorro: los esclavos, campesinos, pequeños comerciantes, inclusive los blancos criollos. Más allá de las divisiones político-territoriales entre los virreinos y las capitanías, los pueblos que hacían vida a lo largo de la cordillera de los Andes, demostrarían que formaban parte de

una región histórica: “una federación de revoluciones”, como diría Arciniegas.

El Socorro: “¡Arriba el Rey y muera el mal gobierno!”

Pero la rebelión comunera original tendría como epicentro central la ciudad de El Socorro (actual Departamento de Santander, Colombia). El 16 de marzo de 1781, sus habitantes protestarían contra las medidas implementadas por el régimen español. Allí tuvo importante papel Manuela Beltrán, que bajo el lema: “¡Arriba el Rey y muera el mal gobierno!”, rompería el edicto que obligaba a cancelar los nuevos tributos. Este hecho se propagaría en distintos rincones del Virreinato de la Nueva Granada convirtiéndose el movimiento en una verdadera fuerza popular, constituyéndose en un nuevo gobierno revolucionario integrado por los terratenientes Juan Francisco Berbeo y Salvador Plata, entre otros.

La traición inevitable

Tras el rápido avance de los comuneros, el gobierno de Santa Fe firma unas capitulaciones en la comunidad de Zipaquirá, en las cuales se aceptan casi todas las peticiones de los rebeldes. Pero estas eran letra muerta. Su aceptación solo era una estrategia para ganar tiempo y poder organizar la reacción contra los insurgentes.

Con ellas el pueblo tomaba el poder central, liderado por el mestizo de origen pobre José Antonio Galán.

Perotemerosos de que el movimiento se popularizara y sus metas se radicalizaran, los falsos capitanes Berbeo y Plata, comienzan a negociar con las autoridades coloniales para frenar la sublevación, traicionando y entregando a Galán, el más popular y aguerrido de los jefes del movimiento comunero neogranadino, a los funcionarios españoles. Sin embargo, las autoridades judiciales reaccionarían en contra de la sublevación, reduciendo pronto a todos los implicados. Con todo y esto, el movimiento cruzaría las fronteras hacia territorio venezolano.

El malestar llega a los Andes venezolanos

De igual forma que en El Socorro, el detonante del movimiento de los comuneros venezolanos fue económico: el cobro de nuevos impuestos y los estancos a los productos tales como el tabaco, el chimó y el aguardiente. Con esto, el Estado colonial se reservaba la comercialización y venta, prohibiendo su cultivo, de lo cual se exceptuaban los lugares avalados por el intendente.

Para ello, se adoptaron severas medidas de fiscalización, destrucción de siembras, decomisos,

embargos de bienes e incluso la prisión de algunos productores. Y aunque la acción de los comuneros fue integrada y apoyada por sectores de todas las clases sociales, los que emprendieron la lucha fueron los pequeños agricultores, labradores y artesanos, entre ellos gran cantidad de mujeres dedicadas a la producción de tabaco.

Los Andes rebelados

Para junio de 1781, por Mérida y La Grita circulan los primeros panfletos que instan a la insurrección, en los cuales se dan vivas al rey y se culpa a los funcionarios administrativos por los atropellos. Aunado a esto, desde Cúcuta y Pamplona llegarían a San Antonio del Táchira emisarios de los comuneros de El Socorro. Esta confluencia de intereses impulsaría con más fuerza el levantamiento. Se suman a la lucha las poblaciones de San Cristóbal y Lobaterra, y logran tomar La Grita el 11 de julio, teniendo como líder a Juan José García de Hevia, designado como capitán general del alzamiento. Entre el 15 y el 25 de julio tomarían Bailadores, Estanques, Lagunillas, El Morro, Acequias, Pueblo Nuevo y Ejido. El 28 de julio entran triunfantes a Mérida. Saben los rebeldes que es indispensable seguir llevando la insurrección a los pueblos vecinos. La meta era extender el movimiento hasta Trujillo, Barinas, e incluso Caracas. En este punto la alarma es tal que el

gobernador de Maracaibo, Manuel de Ayala, y el de la Provincia de Venezuela, Luis de Unzaga y Amézaga, ordenan la salida de una expedición en contra de los comuneros reunidos en aquella ciudad.

El cabildo de Trujillo se opone

Tras la adhesión de la mayoría de las ciudades andinas, el cabildo y gran parte del pueblo trujillano prefirieron no sumarse a la insurrección e incluso amenazaron con enfrentarla y se declararon fieles a la corona. Bien sabían los sublevados que el apoyo de Trujillo era clave para avanzar hasta Barinas y luego Caracas: sin ellos el movimiento perdería coherencia. Liquidado el cabecilla máximo del movimiento comunero en el continente, Túpac Amaru II (José Gabriel Condorcanqui Noguera), el 18 de mayo de 1871 en el Cuzco, la rebelión que asumía fortaleza regional en la Nueva Granada había sido derrotada y desde Maracaibo y Caracas se aproximaban contingentes militares para aplastar el levantamiento. En efecto, el miedo a la represión mermó el apoyo popular de la revuelta: desertiones y traiciones dieron fin al levantamiento.

Capitulación de un malestar

El gobernador de Maracaibo había prometido perdonar a los rebeldes si se rendían. Pero dudando de su palabra, los comuneros, tras su rendición en el mes de

octubre, resolvieron huir a otras regiones de Venezuela e incluso a la Nueva Granada. Para junio de 1782, se comenzaron a abrir expedientes a los líderes implicados en el movimiento. No obstante, el 6 de agosto de 1782, el virrey Caballero y Góngora concede el indulto a todos los comuneros, siendo ratificado por otro del propio rey Carlos III el 31 de enero de 1783. Así concluían las jornadas heroicas de los comuneros venezolanos; sin el terreno abonado por ellos, difícilmente se comprenda la rápida incorporación de los pueblos andinos a la lucha independentista del siglo XIX.

◆ Una vez que toman una ciudad o una comunidad, el procedimiento es el mismo: quitan de su cargo al administrador de la Real Hacienda, se apoderan del dinero recabado, eliminan los impuestos y liberan los productos del estanco, y por ingenuidad o por estrategia política (tanto en la Nueva Granada como en Venezuela) escogen como capitanes a personajes de las clases dominantes.

▲ LA REBELIÓN DE TÚPAC AMARU (NOVIEMBRE, 1780)

La rebelión indígena de Túpac Amaru fue uno de los episodios más importantes y dolorosos del siglo XVIII nuestroamericano, que estuvo a punto de romper el orden colonial en Perú y logró adhesiones en el continente, influyendo de forma abrumadora en el movimiento de los comuneros. En palabras de Arciniegas: “A los pueblos más distantes llegan los bandos de Túpac Amaru y no hay en la Nueva Granada ni en la capitanía de Venezuela quien no sepa de sus victorias y arrestos. En Neiva, cuando el gobernador manda a los alzados que depongan las armas, el que hace de cabeza en el motín le contesta que tiene orden de su rey de arriba —es decir, de Túpac— para levantar los pechos”.

Los comuneros. Germán Arciniegas. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1992, t. 2, p. 77.

● VOLANTE 5 DE JULIO DE 1781

“Los principales lugares de este reino, cansados de sufrir las continuas pensiones con que el mal gobierno de España nos oprime, con la esperanza de ir a peor, según noticias, hemos resuelto sacudir tan pesado yugo y seguir otro partido para vivir con alivio. Sabemos que esta provincia toda desea lo mismo, y así emprenden sus mejores resoluciones, que las fuerzas unidas son invencibles. Del Perú tenemos ayuda para tomar los puertos. En todo, Dios nos ayude.”

Joseph Pérez. “Los comuneros de Mérida”, en *Los comuneros de Mérida*. Caracas, ANH, 1981, v. 1, p. 163.

● PALABRAS DE LOS MERIDEÑOS

“Hermanos —dicen los de Mérida—, hasta aquí habíamos venido engañados con los mandatos de aquellos crueles ministros, que mostrándonos la piel de oveja tenían para nosotros el corazón de lobo: bien habréis conocido que así los mismos de Santa Fe como los de Caracas nos han dado el veneno en taza de oro, esto es: que paliendo sus robos en cédulas reales, nos han hecho reventar con el tosigo de alcabalas duplicadas, donativos desarreglados, etc. Y así, basta ya de martirios y ver morir de hambre a nuestros padres, mujeres, hijos y familias.”

Germán Arciniegas. *Los comuneros*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1992, t. 2, p. 64.



DE CÓMO LOS AZTECAS RELATARON LA INVASIÓN. TESTIMONIOS DE LA MATANZA EN LA FIESTA DE TÓXCATL

Alrededor de 1518 el gobernador de la Isla de Cuba, Diego Velázquez de Cuéllar, recibió las primeras noticias sobre las riquezas del territorio dominado por los aztecas. Los informes despertaron la codicia de Hernán Cortés, quien se dirigió hacia el continente. Al mando de una expedición compuesta por 11 embarcaciones, armas, cerca de 600 hombres y 16 caballos, Cortés inició uno de los mayores actos de destrucción, aniquilamiento y saqueo perpetrados durante el proceso de invasión a Nuestramérica.

El camino hacia la conquista

Para marzo de 1519, los invasores españoles arribaron a la región actualmente conocida como Tabasco y, luego de varios enfrentamientos con los guerreros mayas del lugar, fundaron el 25 de ese mes la Villa de Santa María de la Victoria, la primera población española en territorio mexicano.

Al poco tiempo Cortés se encontró por primera vez con los emisarios enviados por el máximo gobernante de la confederación azteca, el huey tlatoani Moctezuma II pero, después de un intercambio cordial, fue

advertido de que regresase a su tierra. Sin embargo, la posibilidad de hacerse con riquezas hasta el momento incalculables, fue motivo suficiente para que Cortés planease una estrategia de incursión al centro del territorio mexicano y establecer su dominio sobre la ciudad de Tenochtitlan: centro del poder del imperio azteca que, para el momento, comprendía gran parte de la geografía actual de México y el norte de Guatemala.

A través de engaños y distintas maniobras de persuasión, Cortés logró aliarse con los pueblos tonacas y tlaxcaltecas y reunir un ejército que atacó la ciudad de Cholula (fiel a los aztecas) el 18 de octubre de 1519, dando muerte a más de 5 mil personas y asegurando un camino despejado hacia Tenochtitlan, donde finalmente llegó el 8 de noviembre de ese año. En esta ocasión Cortés y sus hombres fueron recibidos pacíficamente por Moctezuma II y las principales autoridades de la ciudad, alojados en el palacio de Axayácatl y tratados como invitados de honor. No obstante, tales atenciones no fueron suficientes para saciar las ansias de los invasores europeos; hombres ávidos de riquezas que no estaban dispuestos a marcharse ni a quedarse como simples invitados.

De la celebración a la masacre

A principios del mes de mayo de 1519, Cortés fue informado que en las costas de la actual Veracruz había desembarcado una expedición que, comandada por Pánfilo de Narváez, tenía la misión de apresarle y devolverlo a la isla de Cuba desde donde había partido sin el consentimiento del gobernador Velázquez. De inmediato organizó un ejército para enfrentar a sus enemigos y partió de la ciudad dejando como responsable de mantener el orden a Pedro de Alvarado. La ausencia de Cortés coincidió con los preparativos de la fiesta de Tóxcatl en honor a Huitzilopochtli (dios guerrero y guía de los aztecas) que finalmente tuvo lugar el 20 de mayo de 1520. Ese día se reunieron en el Templo Mayor de Tenochtitlan unos cuatrocientos bailarines y cantantes que dieron inicio a una celebración que era observada por más de 2 mil personas.

Aún así, Alvarado y sus hombres, temiendo una supuesta rebelión en su contra, decidieron arremeter contra los aztecas desarmados y dar inicio a lo que hoy se conoce como la Matanza de Tóxcatl; un sangriento episodio de la invasión de México, cuyos testimonios fueron recogidos por el fraile franciscano Bernardino de Sahagún a mediados del siglo XVI en el llamado Códice Florentino (también conocido como Historia general de las cosas de Nueva España)

La caída de Tenochtitlán

Tras la Matanza de Tóxcatl los aztecas se organizaron para enfrentar al invasor español. Sin embargo, los principales líderes militares habían sido asesinados durante la celebración y Moctezuma II se encontraba detenido por Cortés quien había regresado luego de haber derrotado a Narváez en Veracruz. Viéndose superado en número, el peninsular obligó al máximo líder azteca a dirigirse a su pueblo y llamar a la calma; una estrategia que no llegó a funcionar porque los habitantes de Tenochtitlan rechazaron al tlatoani y, según los testimonios, lo apedrearon hasta la muerte.

Posteriormente, los pocos guerreros mexicas que aún quedaban lograron cercar a los españoles en el palacio de Axayácatl, obligándolos a retirarse de la ciudad el 30 de junio de 1520. Aunque este episodio—conocido en las crónicas como la Noche Triste—fue una victoria azteca, las fuerzas de Cortés no fueron superadas del todo. Este logró escapar, reorganizar sus tropas en la ciudad aliada de Tlaxcala y regresar, en mayo de 1521, para sitiar a Tenochtitlan y obligar la rendición del nuevo tlatoani Cuauhtémoc.

El asedio que se prolongó durante tres meses mermó cualquier resistencia levantada por los mexicas y la desesperante situación que vivieron los aztecas

durante este tiempo fue recogida en un manuscrito anónimo de Tlatelolco fechado en 1528 que, entre otros testimonios, contiene el siguiente canto: “Y todo esto pasó con nosotros. Nosotros lo vimos, Nosotros lo admiramos. Con esta lamentosa y triste suerte Nos vimos angustiados. En los caminos yacen dardos rotos, los cabellos estaban esparcidos. Destechadas están las casas, enrojecidos tienen sus muros. Gusanos pululan por calles y plazas, y en las paredes están salpicados los sesos. Rojas están las aguas, están como teñidas, y cuando bebimos, es como si bebiéramos agua de salitre.”

Finalmente las fuerzas españolas lograron apresar a Cuauhtémoc, y Cortés entró victorioso a Tenochtitlan el 13 de agosto de 1521. A partir de entonces una de las culturas más complejas y diversas de la América originaria quedó bajo el dominio del Imperio español como el virreinato de la Nueva España. Aquella Matanza de Tóxcatl quedaría en la memoria de los mexicanos como una evidencia de la crueldad del invasor y un testimonio del sufrimiento de un pueblo que nunca dejó de luchar.

● SAHAGÚN Y LA CRÓNICA SANGRIENTA DE TÓXCATL

“Pues así las cosas mientras se está gozando de la fiesta, ya es el baile, ya es el canto, ya se enlaza un canto con otro, y los cantos son como un estruendo de olas, en ese preciso momento los españoles toman la determinación de matar

a la gente. Luego vienen hacia acá, todos vienen en armas de guerra. Vienen a cerrar las salidas, los pasos, las entradas: la Entrada del Águila, en el palacio menor; la de Acaltlyacapan, la de Tezcacoac. Y luego que hubieron cerrado, en todas ellas se apostaron: ya nadie pudo salir. Dispuestas así las cosas, inmediatamente entran al Patio Sagrado para matar a la gente. Van a pie, llevan sus escudos de madera, y algunos los llevan de metal y sus espadas. Inmediatamente cercan a los que bailan, se lanzan al lugar de los atabales: dieron un tajo al que estaba tañendo: le cortaron ambos brazos. Luego lo decapitaron: lejos fue a caer su cabeza cercenada. Al momento todos acuchillan, alancean a la gente y les dan tajos, con las espadas los hieren. A algunos les acometieron por detrás; inmediatamente cayeron por tierras dispersas sus entrañas. A otros les desgarraron la cabeza: les rebanaron la cabeza, enteramente trizas quedó su cabeza. Pero a otros les dieron tajos en los hombros: hechos grietas, desgarrados quedaron sus cuerpos. A aquéllos hieren en los muslos, a éstos en las pantorrillas, a los de más allá en pleno abdomen. Todas las entrañas cayeron por tierra. Y había algunos que aún en vano corrían: iban arrastrando los intestinos y parecían enredarse los pies en ellos. Anhelosos de ponerse a salvo, no hallaban a dónde dirigirse". Miguel León Portilla. Visión de los vencidos. Caracas, Fundación Editorial el perro y la rana, 2007.





LA REGIÓN HISTÓRICA MARGARITEÑA SIGLOS XVI-XVIII

Explicar la existencia de la región histórica margariteña requiere el análisis de su proceso histórico en la larga duración, desde los espacios originarios del período aborigen hasta su posterior articulación a la nueva estructura impuesta por España, generando consecuencias significativas en la economía, la política y, por ende, en la organización social de la región insular y su entorno entre los siglos XVI al XVIII.

Es fundamental la comprensión de las bases históricas primigenias de la región histórica margariteña, pues aquellas plantearon la plataforma socioeconómica, política y cultural en la que posteriormente se sustentó su desarrollo del siglo XVI al XVIII.

Mario Sanoja e Iraida Vargas hacen referencia a la formación económico-social y a los modos de producción para explicar el proceso ocurrido durante el período aborigen. Se entiende que los sistemas de subsistencia estuvieron ligados a los modos de producción que dieron origen a condiciones de vida, resultado de su relación con el medio natural, con su

propio colectivo y en algunos casos, llevado a cabo por la contribución de otras culturas aborígenes.

Por su parte, Francisco Castañeda en su estudio realizado sobre el período prehispánico de Nueva Esparta, planteó las características geográficas y humanas de la época aborígen. Su aporte permite el conocimiento de elementos antropológicos que proporcionan una visión más amplia del proceso histórico aborígen margariteño.

Los componentes más reveladores de tres matices culturales (amerindio, europeo y africano) son destacados por Castañeda como procesos de interrelación ocurridos en forma progresiva y a través del tiempo. Estos componentes son los protagonistas del “ethos margariteño”.

El poblamiento aborígen

El proceso de poblamiento aborígen en la isla puede entenderse como el resultado de contactos que se realizaron entre grupos emigrantes del Orinoco y los recolectores marinos. En este sentido, conocer la dinámica generada en el oriente de Venezuela a partir del estudio puntual de la región histórica margariteña permite entender las relaciones con otros grupos en un contexto delimitado.

El período que abarca desde el siglo XVI al XVII constituye una etapa fundamental para la comprensión de la formación de la región histórica margariteña como región estratégica del Caribe.

Es importante destacar el hecho de que al llegar los españoles por el oriente de la actual Venezuela, se produjeron repercusiones económicas en el siglo XVI, pues el hallazgo de perlas en las islas de Cubagua, Coche y Margarita impulsó el nacimiento temprano de una estructura provincial con el propósito de asegurar el nuevo dominio para los intereses exclusivos de la corona, estableciéndose en Margarita redes y circuitos comerciales con otros espacios ajenos a la Península a través del comercio ilícito generador de intensas rivalidades entre grandes potencias europeas.

Las consecuencias inmediatas de este nuevo proceso para la población autóctona fueron impactantes pues ocasionaron cambios radicales en sus modos de vida. Al mismo tiempo, afectaron a la población europea que debió adaptarse al reacomodo generado por la organización social emergente acompañada de nuevos intereses políticos y económicos en un ámbito cultural distinto y en ocasiones adverso.

La producción y el comercio

En este sentido, el estudio de los colectivos sociales en la larga duración permite entender la organización de la región histórica margariteña desde las bases originarias, porque explica el resultado de las formas de producción que sustentaron los modos de vida, las interrelaciones y conexiones entre grupos aborígenes de diferentes áreas vecinas de la isla de Margarita, lo cual ratificó las relaciones de complementariedad para la subsistencia.

Estas constituyeron los nuevos trayectos del comercio español con otros territorios de control hispano a la vez que con comerciantes de otras metrópolis, especialmente holandeses e ingleses, accediendo así al tráfico clandestino.

A partir del siglo XVI, se inició la implementación de instrumentos jurídicos con los cuales la corona establecía los mecanismos necesarios para controlar y supervisar a los nuevos territorios, entre ellos la isla de Margarita, adquiriendo un rol fundamental por su ubicación geoestratégica como base del intercambio comercial. En un primer momento la extracción de perlas y, más tarde, la producción agropecuaria. Esto la convirtió en primordial punto de conexión del centro y nororiente de la actual Venezuela con la economía europea.

Las políticas borbónicas del siglo XVIII

La estructuración jurídica de la Provincia de Margarita permite entender la importancia que adquirió la ciudad de La Asunción en el proceso de formación y consolidación de la región histórica margariteña.

El circuito comercial tanto interno como externo intitulado fue factor que, indudablemente, generó la configuración de la región histórica margariteña a partir de su centro nodal La Asunción-Pampatar. Estos ejes político y económico, en su carácter de ciudad-puerto, sirvieron como centros de acopio y redistribución de los ejes menores y de espacios externos, como resultado de las imposiciones legales exigidas por la corona.

Las políticas borbónicas aplicadas a finales del siglo XVIII produjeron posteriores alianzas que significaron la posibilidad de mantener activos y controlados los circuitos comerciales, además de fortalecer las redes económicas internas, de acopio y redistribución de los ejes menores como Santa Ana, Paraguachí, El Valle del Espíritu Santo y el Valle de San Juan, entre otros. Igualmente, afianzaron las relaciones comerciales con espacios de Tierra Firme tales como Cumaná, Barcelona y Guayana, lo cual propició el fortalecimiento de alianzas económicas y políticas que permitieron equilibrar las altas presiones ejercidas desde la corona

para obtener mayores beneficios en detrimento de los habitantes pobladores.

● LAS PERLAS DE CUBAGUA

“...aunque es estéril y pequeña sin recurso de río ni de fuente, sin árbol y sin rama para leña sino cardos y espinas solamente; Sus faltas enmendó naturaleza con una prosperísima riqueza. Pues sembró plazeles principales (...) riquísimos ostiales, dedo se sacan perlas escelentes.”

Juan de Castellanos. Elegías de los varones ilustres de Indias. Caracas, ANH, 1962.

▲ CASTILLO DE ARAYA

En 1625 es concluido el primer baluarte de la Real Fuerza de Santiago de Arroyo de Araya. Este fuerte es construido por la corona española ante la amenaza de los holandeses de apoderarse de la zona. Se deja de utilizar en 1761 debido a la existencia de una mejor flota defensiva. El 31 de octubre de 1960, el castillo fue declarado monumento histórico nacional.

■ FELIPE V, REY DE ESPAÑA (1683-1746)

Obtuvo el mando del Imperio luego de vencer en la Guerra de Sucesión (1700-1714), lo cual lo convertiría en el fundador de la dinastía Borbón. Durante su gobierno se llevaron a cabo importantes reformas político administrativas con el fin de potenciar el control de la corona en sus dominios.

● EXPLOTACIÓN DESPIADADA DE INDÍGENAS

Fray Bartolomé de las Casas, ante la despiadada explotación de los indígenas lucayos por parte de los invasores europeos, describió de esta manera la extracción periférica en Cubagua: “Acordaron los españoles de enviar a sacar perlas los indios lucayos, por ser grandes nadadores todos ellos en universal (...) por cuya causa se vendían cuasi publicamente, con ciertas cautelas, no a 4 pesos, como al principio se había ordenado, sino a 100 y 150 pesos de oro y más cada uno (...) Creció tanto el provecho que sacando con ellos perlas los nuestros hallaban (...) con gran riesgo y perdición de las vidas de los lucayos (...) que por maravilla se halló en breves días que en esta isla quedarse algún lucayo.”

Fray Bartolomé de las Casas. Historia de las Indias. México, FCE, 1951.





LA REBELIÓN DE TÚPAC AMARU II

Una de las rebeliones más importantes en contra del dominio español en América fue la encabezada por José Gabriel Condorcanqui conocido como Túpac Amaru II, por ser descendiente del último emperador inca. La misma es catalogada como una muestra indiscutible del descontento social de la clase indígena en la segunda mitad del siglo XVIII en el continente. Hablar de Túpac Amaru II es hacerlo de un símbolo de resistencia que aún flamea en la memoria histórica nustramericana, el cual ha sido tomado incluso como bandera combativa por movimientos políticos y sociales.

El 4 de noviembre de 1780 comenzaría lo que para entonces era inaudito: un movimiento rebelde apresaba al corregidor Juan Antonio Arriaga para ser ajusticiado en plena Plaza Mayor del pueblo de Tungasuca, en la jurisprudencia del Cuzco. Los ecos de la rebelión en contra de la administración colonial española o “el mal gobierno” se esparcirían por todos los territorios del Virreinato del Perú. El líder central, que para entonces era el curaca (especie de intermediario administrativo entre las autoridades virreinales y los indígenas) era José Gabriel Condorcanqui Noguera, descendiente directo de Túpac Amaru I.

La voz de Túpac Amaru II —acompañado de unos 20 mil indígenas, mestizos y, en un primer instante, por algunos miembros del criollaje— expresaba en aquel acto evidentemente traumático distintos reclamos sociales y económicos. En primer lugar, estaba el alza de los impuestos de alcabala; en segundo, las pésimas condiciones de explotación de la tierra; y tercero, la negativa de las autoridades en detener la esclavitud indígena en las minas del Potosí. Recordemos que la explotación indígena era atroz para entonces en el Virreinato del Perú —a manos del marqués Manuel Guirior (1776-1780)—, uno de los más apetecibles y lucrativos para las alforjas de la corona española.

El Inca estaba convencido de que sin el apoyo del criollaje limeño no tendría éxito la rebelión. De allí que trató de dejar en claro en su Edicto de Lampa (15 de noviembre de 1780) que la revuelta no estaba dirigida en contra del rey Carlos III de Borbón, sino contra la gerencia virreinal en tierras peruanas; al respecto afirma: “Por cuanto el Rey me tiene ordenado proceda extraordinariamente contra varios corregidores”.

Sumar adeptos a la causa

Pese a los intentos de Túpac Amaru II por captar el apoyo de los criollos al combate, realmente el sector que se unió fervientemente fue el indígena. El 16 de noviembre del

mismo año apuntaría en Bando de la libertad lo siguiente: “A los peruanos vecinos estantes y habitantes de la ciudad del Cuzco, Paisanaje de Españoles y Mestizos, religiosos de todos los que contiene dicha ciudad (...) concurren en la misma empresa que hago favorable al bien común de este Reino por constatare las hostilidades y vejámenes que se experimente de toda Gente Europea, quienes sin temor a la Majestad Divina (...) ha preparado sobrepasando los límites de la paz y quietud de nuestras tierras haciendo vejamen y agravios”.

El escrito, como vemos, refleja el panorama desalmado del coloniaje español, sus extralimitaciones y abusos con respecto al indígena sometido desde siglos al régimen implacable del oprobio. Frente a eso, el Inca trata de animar las conciencias acudiendo a la radicalización: “En esta virtud han de concurrir con excepción de personas a fortalecer la mía, desamparando totalmente a los chapetones y aun que sean esclavos, a sus amos, con aditamento de que quedaran libres de la servidumbre, y faltando a la ejecución de lo que aquí se promulga, experimentará los contraventores, el rigor más severo que en mí reservo a causa de la desidia, indefectiblemente sean Clérigos, frailes o de otra cualquiera calidad y carácter”.

Pese a que la revuelta obtendría la victoria militar el 17 de noviembre en la población de Sangarara, pronto las tropas virreinales enviadas desde Lima intentarán poner coto a los insurgentes antes de que tomara aún más fuerza.

El nacimiento de un mártir

La rebelión fue perdiendo poderío ante el temor de los criollos a perder sus privilegios. El ejército virreinal, conformado por más de 17 mil personas y conducido por el general José del Valle, asediaría rápidamente a los insurgentes. El 6 de agosto de 1781, luego de diecisiete meses de combate, serían detenidos Túpac Amaru II junto a su esposa Micaela Bastidas, sus hijos y varios de sus colaboradores inmediatos.

El visitador general José Antonio de Arreche será el que se encargue de su ejecución el 18 de mayo de 1781, sometiéndolo a terribles torturas y suplicios. La respuesta: la fortaleza de un hombre decidido a dar la vida por la libertad. El juez Benito de la Mata Linares lo condenó a morir bajo el descuartizamiento, pero antes debió presenciar la muerte de sus dos hijos Hipólito y Francisco, su esposa, dos colaboradores y su cuñado, a quienes se les cortó la lengua y luego fueron ahorcados. El Inca, según relatos, no se quejó luego de cortársele la lengua, fueron amarradas sus extremidades a cuatro

caballos, pero no lograron descuartizarlo, quedando con los brazos y piernas fracturados. Finalmente Arreche decidió cortarle la cabeza para acabar con el terrible suplicio del guerrero, quizás sabiendo que esa muerte brutal desencadenaría un malestar en la población indígena, lo cual explica las revueltas que estallaron en diferentes zonas del Virreinato del Perú, las cuales fueron también cruelmente reprimidas.

■ TÚPAC AMARU II

José Gabriel Condorcanqui nació en Surimana, provincia de Tinta (Perú), el 10 de marzo de 1738. Descendiente por línea materna del último de los incas (Túpac Amaru I), cuya hija Juana Pilcohuaco se casó con Diego Felipe Condorcanqui, cacique de Surimana, ellos fueron los tatarabuelos de José Gabriel. Cuando murió su padre Miguel Condorcanqui, heredó los cacicazgos de Pampamarca, Surimana y Tangusa y diversos medios materiales (casa, terrenos, entre otros). Estudió con los jesuitas en el Colegio San Francisco de Borja para caciques principales durante 1753 y 1759, inculcándosele la fe cristiana y la obediencia al orden colonial. En 1760 contrajo matrimonio con Micaela Bastidas (1744-1780), su fiel compañera y lugarteniente hasta la muerte. Además de instruido —conocedor del latín, el español y el quechua—, disponía de buena situación económica en negocios comerciales. Antes de alzarse en armas en 1780, probó su legitimidad y defendió por vías legales a su pueblo.

■ LAS MUJERES REBELDES

Micaela Bastidas, esposa de Túpac Amaru II, fue la aliada más firme que tuvo en su rebelión. Fue su principal asesora rompiendo con el papel de sumisión que en la sociedad colonial tenían las mujeres. El ejemplo de Micaela impuso la imagen de una mujer que superó la sumisión en los predios hogareños y cotidianos para convertirse en una agitadora política. Micaela encabezó muchas batallas y se convirtió en un personaje clave, pero no fue la única mujer ya que estuvo acompañada por muchas indígenas y mulatas anónimas. Ello explica la persecución brutal de las autoridades españolas en contra de esas mujeres y el terrible suplicio que sufrió Micaela, al ser condenada a morir bajo el garrote vil, una de las torturas más terribles de la época.

Cronología de Túpac Amaru II

10 de marzo de 1738

Nace José Gabriel Condorcanqui (Túpac Amaru II) en Surimana provincia de Tinta, Perú.

24 de junio de 1742

Contrae matrimonio con Micaela Bastidas.

1750

Tras la muerte de su padre, hereda los cacicazgos de los pueblos de Pampamarca, Surimana, Tanga-suca, bienes materiales y el derecho a ostentar su condición de único descendiente legítimo del Inca.

4 de noviembre de 1780

Le ordena a su esclavo que ahorque al corregidor Juan Antonio de Arriaga, en la Plaza de Tungasuca.

10 de noviembre de 1780

En la Plaza Mayor del pueblo de Tungasaca con el alistamiento de miles de campesinos se inicia la rebelión de Túpac Amaru II.

16 de noviembre de 1780

Publica el Bando de la libertad de los esclavos.

17 de noviembre de 1780

Triunfo en la batalla de Sangarara.

6 de abril de 1781

Son capturados por el inspector general, José del Valle, Túpac Amaru II, Micaela Bastidas y dos de sus hijos.

18 de mayo de 1781

Túpac Amaru II, Micaela Bastidas, sus hijos y varios colaboradores, son asesinados en el Cuzco. Las mujeres bajo el garrote vil, los hombres son ahorcados. Túpac Amaru II es descuartizado por caballos, pero al sobrevivir es decapitado.



EL COMERCIO DE LA MUERTE LA PESQUERÍA DE PERLAS EN CUBAGUA

A juzgar por los restos arqueológicos que, según los expertos, datan de unos 2.800 años antes de la invasión europea, la historia de la isla de Cubagua no solo está en la aridez de su paisaje, sino también en las profundidades del mar. Desde el año 1499 recibiría las primeras oleadas poblacionales provenientes de la Península Ibérica. Al saberse de la existencia de las perlas, expediciones de mercaderes provenientes de Sevilla no tardaron en fondear en sus costas. Así nace el negocio de la pesca o rescate perlífero en la Ciudad de Nueva Cádiz de Cubagua – llamada así a partir de 1528 – comercio que conllevaría al exterminio total de su paisaje y la brutal mortandad de indios y negros esclavos.

Una fiebre patológica

La perla era un recurso que el aborigen insular veía como mero adorno; la llamaban thenoca o cocixa, según relata el cronista Fernández de Oviedo. Tal concepción, como sabemos, no será la misma para el europeo de principios del siglo XVI. La fiebre por las pedrerías y los metales preciosos lo volcarán en pesquisas infaustas en América. En este contexto, Cubagua es solo uno de esos primeros peldaños del saqueo. En 1508, los españoles

trasladaron desde las Bahamas a indios lucayos para el rastreo de este “producto”; el resultado: la gran mayoría murieron; otros, más afortunados, pudieron escapar. De Guinea se exportaron, a partir de 1526, los primeros esclavos negros, a cargo de los mercaderes vizcaínos Sancho Ortiz de Urrutia y su sobrino Juan de Urrutia.

“Algunas veces se zambullen y no tornan jamás a salir...”

Allí no queda todo. El afán por obtener el material precioso suponía traspasar el límite entre la vida y la muerte. El talento acuático de los aborígenes, en efecto, era exigido hasta los confines insostenibles. Así lo describe el propio Bartolomé de Las Casas: “Algunas veces se zambullen y no tornan jamás a salir; o porque se ahogan cansados y sin fuerzas y por no poder resollar, o porque algunas bestias marinas los matan o tragan”. A través de las crónicas del siglo XVI se sabe que los buceadores tapaban sus narices con pinzas y, luego de esto, se zambullían atados de dos sogas: una fina que soportaba el peso del buzo y las jabas, especie de canasta donde introducía las ostras; y una gruesa para subirlos a la superficie.

Estos eran los dos cabos que los sujetaban a la vida. El propio Las Casas enfatiza la violencia a la que eran sometidos estos sujetos: “a las veces les dan de varazos para que se zambullan, y siempre todo este tiempo

nadando y sosteniéndose sobre sus brazos (...) desde que sale hasta que se pone el sol, y así todo el año si llegan allá”.

La cotidianidad en “las granjerías de perlas”

Inicialmente la extracción se realizaba en una canoa pequeña, con una marinería comprendida entre seis y ocho personas. Luego, en 1524, se introdujeron embarcaciones capaces de transportar 15 individuos; a mediados del mismo siglo se empleaban botes más grandes para 24. Una jornada de trabajo empezaba al amanecer. Los exploradores salían al mar en sus embarcaciones y fondeaban encima de los ostiales. El que llegaba primero a un banco perlífero era dueño de este; por las noches, los mismos protegían sus bajeles con ensenadas para refugiarse de los vientos marinos. Extraer la perla del nácar suponía un mecanismo sencillo. Primero se colocaban las conchas en la arena, expuestas al aire, y al calor solar estas se abrían. Luego se sacaba la ostra de su concha con cuchillos; la carne era usada como alimento para los esclavos. En algunos casos se dejaba podrir al sol; de esta forma se recuperaba el producto precioso entre los restos de comida.

Los castigos ejemplares

Tenemos referencia de la vida de los buzos gracias a las ordenanzas que buscaban regular este inhumano

negocio. Por ejemplo, si alguien robaba una perla corría el riesgo de ser azotado; y si persistía en el agravio, se le cortaban las orejas. Los que fallecían en la extenuante actividad, agravaban la suerte de los compañeros de faena, ya que los cuerpos sin vida atraían a los inclementes tiburones; esta situación terrible y cruel se prohibió en 1537. Se dispuso luego que los que fallecían en las inmersiones recibieran una sepultura que debía cubrirse con tunas para que los animales no pudieran desenterrarla. Las mismas ordenanzas estipulaban también que quienes desbullaran las ostras debían hacerlo completamente desnudos para evitar robos; además de que no se debía sacar más ostras de las que se pudieran desbullar por día, ya que los vapores que emanaban luego de su descomposición eran considerados perjudiciales para los involucrados.

Explotación desmedida

Según cifras establecidas por el historiador Enrique Otte, en toda su historia Cubagua tuvo una producción de 11.877,20 kilos, promediando alrededor de 410 kilos anuales. Esto nos da una idea de la gran cantidad de perlas que se extrajeron oficialmente; sin embargo, no podemos establecer cuántas se sacaron de manera ilegal. Esta sobreexplotación produjo el agotamiento definitivo de los ostrales. Ante el desvalijamiento indiscriminado de sus recursos naturales, Cubagua

fue abandonada en 1539. Aún en su aridez palpitan los quejidos de los buzos; en el mar centellean sus brazadas insurrectas.

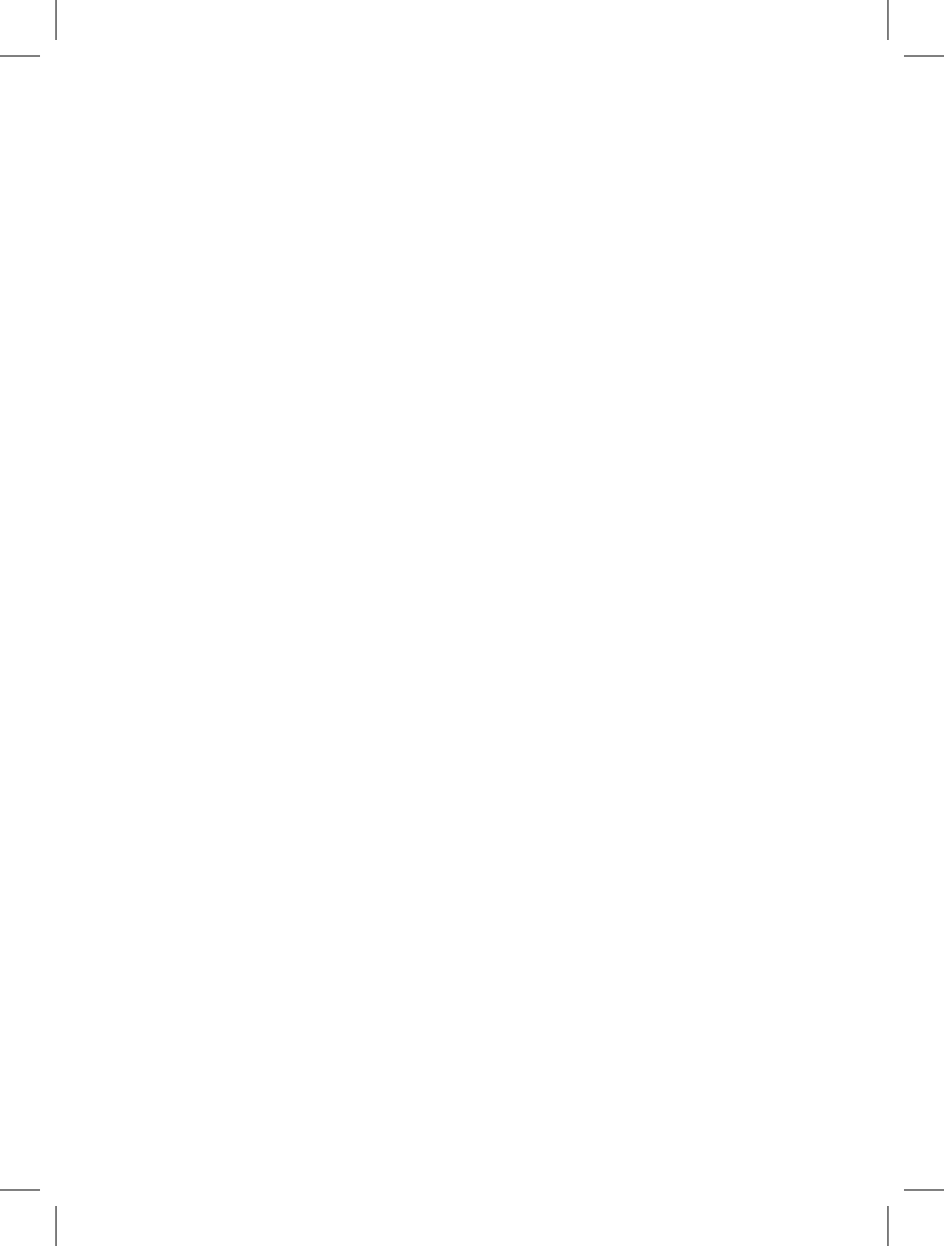
● SOBRE LOS “RIQUÍSIMOS OSTIALES”

Una de las primeras descripciones de Cubagua nos la legó el poeta Juan de Castellanos, en su obra *Elegías de varones ilustres de Indias*, quien vivió en este territorio insular durante algún tiempo: “aunque es estéril y pequeña, sin recurso de río ni de fuente, sin árbol y sin rama para leña sino cardos y espinas solamente; sus faltas enmendó naturaleza con una prosperísima riqueza. Pues sembró por placeles principales (...) riquísimos ostiales, de donde se sacan perlas excelentes”. Juan de Castellanos. *Elegías de varones ilustres de América*.

Caracas, Academia Nacional de la Historia, n° 57, 1962.

▲ LA OBSESIÓN POR LOS TESOROS ULTRAMARINOS

Los usufructuarios del comercio perlífero estaban, principalmente, en la corona de Castilla y Aragón. Un largo recorrido debían pasar las cargas preciadadas: primero de Cubagua a Santo Domingo, de Santo Domingo a Sevilla, donde finalmente se despachaban a la corte. El rey Carlos I (1516-1556) cobraba para sí el quinto de perlas del Cabo de la Vela y de Panamá, más de 150.000 marcos en todo su reinado. Son famosos los obsequios de este a sus más cercanos familiares y miembros de su séquito real a partir de 1519. Desde 1528, la emperatriz Isabel de Portugal (1526-1539) se encargaría personalmente del negocio proveniente de Cubagua; en 1533 solicita al tesorero de la isla “2.000 piezas de asientos de perlas que sean de todas suertes, e procurando de las sacar de entre piezas grandes de aljófara redondo grueso que se hallare, de suerte que la haz sea la más redonda que ser pueda y que tenga buen oriente”.









Invasión europea y resistencia ante el sistema colonial
se terminó de imprimir en noviembre de 2012
5.000 ejemplares

Invasión europea y resistencia ante el sistema colonial

presenta diversos artículos que dan muestra de las formas de penetración europea en nuestro territorio durante los siglos XVI, XVII y XVIII. En los diferentes textos aquí compilados, se abordarán aspectos relacionados con la imposición de una mentalidad tradicional así como las características de una sociedad regida por una normativa que legitimó la desigualdad, el maltrato y la exclusión como modelo de vida en la Provincia de Venezuela y el resto de América. De igual forma, se retratarán diversas rebeliones y movimientos insurgentes que se dieron a lo largo de los trescientos años de vida colonial. Los contenidos aquí reunidos emanan de los números 1, 2, 3, 5, 9, 10, 13, 15, 16, 19, 21, 22, 23, 24 y 26 de la revista *Memorias de Venezuela*, los cuales repasan, desde otras visiones, una parte de nuestra historia.



ISBN: 978-660-7248-69-3

